TARZAN

y la CIUDAD PROHIBIDA

EDGAR RICE BURROUGHS

John Coleman Burroughs



La suerte que pueda correr una expedición destinada a hallar la mítica ciudad de Ashair poco puede importarle a Tarzán. Aseguran los rumores que allí se encuentra una gema de valor incalculable, el Padre de los Diamantes, y estimulado por este leyenda, el aventurero Brian Gregory se ha perdido en la espesura sin dejar apenas rastro.

Sin embargo, cuando Paul d´Arnot, buen amigo de Tarzán, le pide que les guíe en una expedición encabezada por el padre y la hermana de Gregory, el hombre mono no puede negarse a conducirlos hasta la ciudad prohibida… sin saber que les conduce quizás hasta la muerte, y que el enigmático Atan Thome, que también ha oído hablar del mítico diamante, seguirá sus pasos.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán y la ciudad prohibida

Tarzán 20

ePUB r1.0
Zaucio Olmian 01.08.13

Título original: *Tarzan In the Forbidden City*
Edgar Rice Burroughs, 1938
Traducción: Carme Camps
Portada original 1.ª, edición EE.UU.: John Coleman Burroughs
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0



TARZÁN
y la ciudad prohibida

I

LA ESTACIÓN de las lluvias había terminado y la selva era una explosión de exuberante verdor punteado por multitud de flores tropicales, llena de vida con los espléndidos colores y las estridentes voces de las incontables aves que chillaban, amaban, cazaban, huían; con los monos que parloteaban y los insectos que zumbaban, todos aquéllos muy ocupados, según parecía, en hacer cosas en círculos y sin llegar a ninguna parte, de forma muy parecida a sus infelices primos que residían en feas junglas de ladrillo, mármol y cemento.

El Señor de la Jungla, al igual que los propios árboles, formaba parte de la escena primitiva y se balanceaba cómodamente sobre el lomo de Tantor, el elefante, mientras holgazaneaba a la luz moteada del sol de mediodía en la jungla. El hombre mono parecía ajeno a cuanto le rodeaba, sin embargo todos sus sentidos estaban atentos a lo que ocurría a su alrededor, y su oído y su olfato llegaban mucho más lejos de lo que parecía. A este último, Usha, el viento, le llevó un aviso: el rastro del olor de un gomangani que se acercaba. Tarzán se puso alerta al instante. No pretendía ocultarse ni escapar, pues sabía que se trataba de un único nativo. Si hubieran sido más, se habría subido a los árboles y habría observado, oculto entre el follaje de algún poderoso patriarca de la selva, cómo se acercaban ya que sólo con su eterna vigilancia sobrevive un habitante de la jungla a la constante amenaza del mayor de todos los asesinos: el hombre.

Tarzán raras veces se consideraba un hombre. Desde niño había sido criado por bestias entre bestias, y casi ya era adulto cuando vio a un hombre por primera vez. De forma subconsciente lo clasificaba con Numa, el león, y Sheeta, la pantera, con Bolgani, el gorila, y con Histah, la serpiente, y otros enemigos de sangre que su entorno le ofrecía.

Agazapado sobre el gran lomo de Tantor, listo para cualquier eventualidad, Tarzán observó el sendero por el que el hombre se acercaba. Tantor ya empezaba a dar muestras de inquietud, pues también él había

captado el rastro del olor del hombre; pero Tarzán le tranquilizó con una palabra, y el enorme animal, obediente, se quedó inmóvil. Después el hombre apareció en un recodo del camino, y Tarzán se relajó. El nativo descubrió al hombre mono casi al mismo tiempo y se detuvo; luego corrió hacia delante y se hincó de rodillas ante el Señor de la Jungla.

—¡Te saludo, Gran *Bwana*! —exclamó.

—¡Te saludo, Ogabi! —contestó el hombre mono—. ¿Por qué está Ogabi aquí? ¿Por qué no está en su propia región ocupándose de su ganado?

—Ogabi busca al Gran *Bwana* —respondió el negro.

—¿Por qué? —preguntó Tarzán.

—Ogabi se ha unido al safari del *bwana* blanco. Ogabi, askari. El *bwana* blanco Gregory envió a Ogabi a buscar a Tarzán.

—No conozco a ningún *bwana* blanco Gregory —objetó el hombre mono—. ¿Por qué te ha enviado a buscarme?

—El *bwana* blanco ha enviado a Ogabi a buscar a Tarzán. Debe ver a Tarzán.

—¿Dónde? —inquirió Tarzán.

—Gran aldea, Loango —explicó Ogabi.

Tarzán hizo gestos de negación con la cabeza.

—No —dijo—: Tarzán no irá.

—*Bwana* Gregory dice Tarzán debe —insistió Ogabi—. Algún *bwana* perdido; Tarzán encuentra.

—No —repitió el hombre mono—. A Tarzán no le gusta la gran aldea. Está llena de olores repugnantes y enfermedad y hombres y otros males. Tarzán no irá.

—*Bwana* d'Arnot dice que Tarzán vaya —añadió Ogabi, como si se le acabara de ocurrir.

—¿D'Arnot está en Loango? —preguntó el hombre mono—. ¿Por qué no me lo has dicho enseguida? Para el *bwana* d'Arnot, Tarzán irá.

Y así, con una palabra de despedida para Tantor, Tarzán giró en el sendero y se encaminó en dirección a Loango, mientras Ogabi caminaba a paso rápido pisándole los talones, tranquilo.

En Loango hacía calor, algo nada inusual, ya que siempre hacía calor en Loango. Sin embargo, el calor en los trópicos tiene sus recompensas, una de las cuales puede ser un vaso alto lleno de ron, azúcar y zumo de

lima con hielo picado. Un grupo que se hallaba en la terraza de un hotelito colonial de Loango disfrutaba de varias recompensas.

El capitán Paul d'Arnot, de la Armada francesa, tenía sus largas piernas estiradas bajo la mesa y dejaba que sus ojos disfrutaran del perfil de Helen Gregory mientras tomaba su bebida lentamente, a sorbos. El perfil de Helen merecía el escrutinio de cualquiera, y no sólo su perfil. Rubia, de diecinueve años, vivaz, con un porte y una figura encantadoras en elegante ropa deportiva, era tan fría y seductora como el vaso con hielo que tenía ante ella.

—¿Cree que ese Tarzán al que ha enviado a buscar podrá encontrar a Brian, capitán d'Arnot? —preguntó, volviendo el rostro hacia él tras una breve ensoñación.

«Su cara completa es aún más bella que su perfil —pensó d'Arnot—, pero me gusta más su perfil porque puedo mirarlo sin que se dé cuenta». En voz alta dijo:

—Nadie conoce mejor África que Tarzán, *mademoiselle*; pero debe recordar que su hermano hace dos años que desapareció. Tal vez …

—Sí, capitán —interrumpió el tercer miembro del grupo—, comprendo que mi hijo puede estar muerto; pero no abandonaremos las esperanzas hasta que lo sepamos.

—Brian no está muerto, papá —insistió Helen—. Lo sé. Hay explicación para cada uno de sus acompañantes. Mataron a cuatro de los miembros de la expedición; el resto se escapó. Brian simplemente desapareció. Los otros contaron historias al regresar; historias extrañas, casi increíbles. A Brian podría haberle sucedido cualquier cosa, pero no está muerto.

—Este retraso es sumamente desalentador —se lamentó Gregory—. Ogabi hace una semana que se ha ido, y Tarzán aún no ha llegado. Puede que jamás le encuentre. En realidad, creo que debería pensar en ponernos en marcha de inmediato. Tengo a Wolff, y es de confianza. Conoce su África como la palma de su mano.

—Tal vez tenga razón —coincidió d'Arnot—. No deseo influir en modo alguno en su opinión. Si fuera posible encontrar a Tarzán y que éste le acompañara, sería mucho mejor; pero, por supuesto, no hay forma de estar seguros de que Tarzán accediera a ir aunque Ogabi le encontrara.

—Oh, creo que en ese aspecto no tendría ninguna duda —observó Gregory—; le pagaría bien.

D'Arnot alzó una mano en gesto de desaprobación.

—¡*Non*! ¡*Non*, *mon ami*! —clamó—. Jamás, jamás se le ocurra ofrecer dinero a Tarzán. Le lanzaría una de esas miradas con sus ojos grises, una mirada que te hace sentir como un insecto, y luego desaparecería en la jungla y nunca volvería a verle. Él no es como los demás hombres, *monsieur* Gregory.

—Bien, entonces, ¿qué puedo ofrecerle? ¿Por qué irá si no es por la recompensa?

—Por mí, tal vez —apuntó d'Arnot—, por capricho, ¿quién sabe? Si por casualidad usted le cayera bien; si percibiera aventura… oh, hay muchas razones por las que Tarzán podría guiarle por sus selvas y junglas, pero el dinero no se encuentra entre ellas.

En otra mesa, en el otro extremo de la terraza, una muchacha morena se inclinó hacia su compañero, un delgado indio oriental con una corta barba negra.

—De alguna manera uno de nosotros ha de hacerse amigo de los Gregory, Lal Taask —dijo—. Atan Thome espera que hagamos algo aparte de estar sentados en la terraza y consumir ponches Planter.

—Para ti, Magra, debería ser fácil convertirte en amiga de la chica —sugirió Lal Taask. De pronto, sus ojos se abrieron como platos al mirar al otro lado del recinto del hotel, hacia la entrada. —¡Siva! —le alertó—. ¡Mira quién viene!

La muchacha ahogó un grito de asombro.

—¡No puede ser! —exclamó—. Y sin embargo es. ¡Qué suerte! ¡Qué magnífica suerte! —Los ojos le brillaban con algo más que la simple luz del entusiasmo.

El grupo de Gregory, absorto en la conversación, permanecía ajeno al hecho de que Tarzán y Ogabi se estaban acercando hasta que este último se detuvo junto a su mesa. Entonces d'Arnot levantó la mirada y se puso en pie de un salto.

—¡Se te saluda, *mon ami*! —exclamó.

Cuando Helen Gregory levantó la mirada hacia el rostro del hombre mono, sus ojos mostraron asombro e incredulidad. Helen parecía perpleja.

—¿Has enviado a buscarme, Paul? —preguntó Tarzán.

—Sí, pero antes déjame que te presente; bueno, *miss* Gregory, ¿qué ocurre?

—Es Brian —contestó la muchacha con un susurro tenso—, y sin

embargo no es Brian.

—No —le aseguró d'Arnot—, no es su hermano. Éste es Tarzán de los Monos.

—Un parecido de lo más notable —observó Gregory, al mismo tiempo que se levantaba y le tendía la mano al hombre mono.

—Lal Taask —comentaba a su vez Magra—, es él. Ése es Brian Gregory.

—Tienes razón —coincidió Lal Taask—. Después de tantos meses de hacer planes, ha venido directo a nuestros brazos. Debemos llevárselo a Atan Thome enseguida, pero ¿cómo?

—Déjamelo a mí —respondió la muchacha—. Tengo un plan. Por fortuna, él todavía no nos ha visto. Jamás vendría si lo hubiera hecho, pues no tiene motivos para confiar en nosotros. ¡Vamos! Entraremos, llamaremos a un botones y le enviaré una nota.

Poco después, mientras Tarzán, d'Arnot y los Gregory conversaban, un botones se acercó y entregó una nota al hombre mono. Éste le echó un vistazo.

—Debe de haber algún error —señaló;—. Esto debe de ser para otra persona.

—No, *bwana* —repuso el botones—. Ella me ha dicho que se lo diera al gran *bwana* con el taparrabos. No hay ningún otro *bwana* con taparrabos.

—Dice que quiere verme en un saloncito que hay junto a la entrada —informó Tarzán a d'Arnot—. Dice que es muy urgente. Firmado: «Una antigua amiga»; pero, por supuesto, debe de tratarse de un error. Iré y se lo explicaré.

—Ten cuidado, Tarzán —aconsejó d'Arnot riendo—, sólo estás acostumbrado a los salvajes de África, no a las perversidades de las mujeres.

—Que se supone que son mucho más peligrosas —añadió Helen, sonriendo.

Una lenta sonrisa iluminó el rostro del Señor de la Jungla cuando bajó la mirada a los hermosos ojos de la muchacha.

—Esto es fácil de creer —observó—. Creo que debería advertir a d'Arnot.

—Oh, ¿qué francés necesita aprender cómo son las mujeres? —preguntó Helen—. Son las mujeres las que deberían protegerse.

—Es muy agradable —comentó la muchacha a d'Arnot cuando Tarzán

se hubo ido—; pero creo que siempre se le ha de tener un poco de miedo. Hay algo extraño en él, incluso cuando sonríe.

—Cosa que no hace con frecuencia —añadió d'Arnot—, y nunca le he oído reír; pero nadie que sea honorable ha de tener jamás miedo de Tarzán.

Cuando Tarzán entró en el pequeño salón, vio, a un lado de la estación, a una alta y esbelta morenita de pie junto a una mesa. Lo que no vio fue el ojo de Lal Taask en la rendija de una puerta que había en la pared opuesta.

—Un botones me ha traído esta nota —dijo Tarzán—. Hay algún error. Yo no la conozco, y usted no me conoce.

—No se trata de ningún error, Brian Gregory —aseguró Magra—. No puedes engañar a una antigua amiga como yo.

Sin sonreír, la mirada penetrante del hombre mono repasó a la muchacha de arriba abajo; luego, dio media vuelta para salir de la habitación. Otro tal vez se habría quedado para discutir el asunto, pues Magra era hermosa, pero no Tarzán: él ya había dicho todo lo que había que decir.

—¡Espera, Brian Gregory! —exclamó Magra—. Eres demasiado impetuoso. No te vas a ir ahora.

Tarzán se volvió, percibiendo un tono de amenaza en su voz.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Porque sería peligroso. Lal Taask está directamente detrás de ti. Su pistola casi toca tu espalda. Vas a subir arriba conmigo como un buen amigo, cogidos del brazo; y Lal Taask te seguirá. Un movimiento en falso y… ¡pam!, eres hombre muerto.

Tarzán se encogió de hombros.

«¿Por qué no?», pensó. De alguna manera aquellos dos se estaban involucrando en los asuntos de los Gregory, y los Gregory eran amigos de d'Arnot. Las simpatías del hombre mono de inmediato se pusieron del lado de los Gregory. Cogió a Magra del brazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A ver a otro viejo amigo, Brian Gregory —sonrió Magra.

Tuvieron que cruzar la terraza para llegar a la escalinata que conducía al segundo piso de otra ala del hotel; Magra sonreía y charlaba alegremente, Lal Taask les seguía de cerca, pero ahora llevaba la pistola en el bolsillo.

D'Arnot levantó la mirada hacia ellos con sorpresa cuando los vio pasar.

—Ah, así que sí era una vieja amiga —observó Helen.

D'Arnot meneó la cabeza.

—No me gusta esto —advirtió.

—Has cambiado, Brian Gregory —comentó Magra sonriéndole, mientras subían la escalera— y creo que me gustas más.

—¿De qué va todo esto? —se interesó Tarzán.

—Pronto se te refrescará la memoria, amigo mío —contestó la muchacha—. Al final de este pasillo hay una puerta, y detrás de la puerta está un hombre.

Se pararon y Magra llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior de la habitación.

—Soy yo, Magra, con Lal Taask y un amigo —respondió la muchacha.

La voz les hizo entrar y, cuando la puerta se abrió, Tarzán vio a un euroasiático rollizo, de aspecto educado, sentado a una mesa en un lado de una habitación corriente de hotel. El hombre tenía los ojos como rendijas y los labios finos. Los ojos de Tarzán recorrieron toda la habitación de una sola mirada. Había una ventana en el extremo opuesto; a la izquierda, al otro lado de donde se encontraba el hombre, un tocador; a su lado, una puerta cerrada, que con probabilidad daba a una habitación contigua que formaba una suite.

—Por fin le he encontrado, Atan Thome —anunció Magra.

—¡Ah, Brian Gregory! —exclamó Thome—. Me alegro de volver a verte… ¿he de decir «amigo mío»?

—Yo no soy Brian Gregory —repuso Tarzán—, y desde luego no le conozco. Dígame lo que quiere.

—Tú eres Brian Gregory, y entiendo que quieras negármelo —manifestó Thome riendo con una mueca—, y como eres Brian Gregory, sabes lo que quiero. Quiero instrucciones para llegar a la ciudad de Ashair: la Ciudad Prohibida. Tú anotaste esas instrucciones; dibujaste un mapa; te vi. Eso vale diez mil libras para mí; ésta es mi oferta.

—No tengo ningún mapa. Jamás he oído hablar de Ashair —replicó Tarzán.

En el semblante de Atan Thome apareció una expresión de ira casi maníaca mientras hablaba con gran rapidez a Lal Taask en una lengua que ni Tarzán ni Magra comprendieron. El indio oriental, que permanecía de pie detrás de Tarzán, sacó un largo cuchillo de debajo de su chaqueta.

—¡Eso no, Atan Thome! —gritó Magra.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre—. La pistola sería demasiado ruidosa. El cuchillo de Lal Taask hará el trabajo en silencio. Si Gregory no quiere ayudarnos, no debe vivir para estorbarnos. ¡Adelante, Lal Taask!

II

NO ENTIENDO —explicó d'Arnot— por qué Tarzán se ha ido con esos dos. No es propio de él. Si hay un hombre cauto con los extraños es él.

—Quizá no eran extraños —sugirió Helen—. Parecía estar en buenas relaciones con la mujer. ¿No se ha fijado en la actitud amistosa y alegre de ella?

—Sí —respondió d'Arnot—, me he fijado; pero también me he fijado en Tarzán. Está pasando algo extraño. No me gusta.

Mientras d'Arnot hablaba, Tarzán, rápido como Ara, el rayo, se giró en redondo sobre Lal Taask antes de que le clavaran el cuchillo; y, agarrando al hombre, lo levantó por encima de su cabeza, mientras Atan Thome y Magra se arrimaban a la pared llenos de asombro. Ahogaron un grito de horror, en tanto Tarzán arrojaba a Lal Taask pesadamente al suelo.

Tarzán clavó su mirada en los ojos de Atan Thome.

—Tú eres el siguiente.

—Espera, Brian Gregory —suplicó Thome, apartándose del hombre mono y arrastrando a Magra con él—. Vamos a razonar.

—Yo no razono con asesinos —replicó Tarzán—. Yo mato.

—Yo sólo quería asustarte, no matarte —explicó Atan Thome, mientras seguía recorriendo la habitación pegado a la pared y cogiendo con fuerza la mano de Magra.

—¿Por qué? —preguntó Tarzán.

—Porque tienes algo que yo quiero: un mapa que me lleve a Ashair —respondió Thome.

—No tengo ningún mapa —repitió Tarzán—, y una vez más te digo que jamás he oído hablar de Ashair. ¿Qué es lo que quieres y está en Ashair?

—¿Por qué eres tan quisquilloso, Brian Gregory? —espetó Atan Thome—. Sabes tan bien como yo que lo que los dos queremos de Ashair es el Padre de los Diamantes. ¿Trabajarás conmigo o seguirás mintiendo?

Tarzán se encogió de hombros.

—No sé de qué me estás hablando —insistió.

—De acuerdo, necio —gruñó Thome—. Si no quieres trabajar conmigo, no vivirás para trabajar contra mí. —Desenfundó una pistola de una pistolera de hombro y apuntó al hombre mono—. ¡Toma!

—¡No lo hagas! —gritó Magra, apartándole el arma cuando Thome apretaba el gatillo—. ¡No matarás a Brian Gregory!

Tarzán no concebía qué era lo que impulsaba a aquella mujer extraña a interceder por él, tampoco Atan Thome, mientras la maldecía con amargura, la arrastraba hasta la puerta y entraban en la habitación contigua antes de que Tarzán pudiera impedírselo.

Al oír el disparo, d'Arnot, que estaba en la terraza de abajo, se puso en pie de un salto.

—Lo sabía —exclamó—. Sabía que pasaba algo.

Gregory y Helen se levantaron para seguirle.

—Quédate aquí, Helen —ordenó Gregory—; no sabemos qué está pasando ahí.

—No seas tonto, papá —replicó la muchacha—. Voy con vosotros.

La larga experiencia había enseñado a Gregory que la manera más fácil de controlar a su hija era dejarle hacer lo que quería, ya que de todos modos lo haría.

D'Arnot se hallaba en el pasillo superior llamando a Tarzán en voz alta cuando los Gregory le alcanzaron.

—No sé en qué habitación ha sido —les informó.

—Tendremos que mirar en todas —sugirió Helen.

De nuevo d'Arnot llamó a Tarzán, y esta vez el hombre mono respondió. Un instante después, los tres entraron en la habitación de la que había procedido la voz y le vieron intentando abrir una puerta en la pared de la izquierda.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó d'Arnot con excitación.

—Un tipo ha pretendido dispararme —explicó Tarzán—. La mujer que me ha enviado la nota le ha apartado el arma; luego él la ha arrastrado a esta habitación y ha cerrado con llave.

—¿Qué vas a hacer? —demandó Gregory.

—Voy a derribar la puerta e ir tras él-respondió el hombre mono.

—¿No es un poco peligroso? —cuestionó Gregory—. Dices que el tipo va armado.

Por toda respuesta, Tarzán arrojó por completo su peso contra la puerta y ésta quedó destrozada. El hombre mono cruzó el umbral de un salto. La estancia se hallaba vacía.

—Se han ido —constató.

—Las escaleras van de ese porche al patio de servicio de la parte trasera del hotel —explicó d'Arnot—. Si nos damos prisa, tal vez les alcancemos.

—No —propuso Tarzán—. Dejemos que se vayan. Tenemos a Lal Taask. Él puede hablarnos de los otros. —Se giraron para volver a entrar en la habitación que acababan de abandonar—. Le interrogaremos y nos responderá. —En su tono había una seriedad que, por alguna razón, hizo que Helen pensara en un león.

—Si no le has matado —especificó d'Arnot.

—Es evidente que no —replicó el hombre mono—; ¡se ha ido!

—¡Qué misterio! —exclamó Helen Gregory.

Los cuatro regresaron a su mesa de la terraza, todos menos Tarzán un poco nerviosos y excitados. Helen Gregory estaba emocionada. Allí se respiraba el misterio y la aventura. Esperaba encontrar ambas cosas en África, pero no tan lejos del interior. También había un romance, junto a ella, tomando un refresco; pero no lo sabía. Por encima del borde del vaso, d'Arnot examinaba su perfil por enésima vez.

—¿Qué aspecto tenía la mujer? —preguntó Helen a Tarzán.

—Era más alta que usted, con el cabello negro, delgada, bastante guapa —respondió el hombre mono.

Helen hizo gestos de asentimiento.

—Estaba sentada en aquella mesa del fondo de la terraza antes de que llegara —dijo ella—. La acompañaba un hombre de aspecto extranjero.

—Debía ser Lal Taask —indicó Tarzán.

—Tenía un aspecto asombroso —prosiguió Helen—. ¿Por qué supone que le hizo ir a esa habitación y después le salvó la vida?

Tarzán se encogió de hombros.

—Sé por qué me hizo ir a la habitación, pero no entiendo por qué apartó la mano de Atan Thome para salvarme.

—¿Qué querían de ti? —interrogó d'Arnot.

—Creen que soy Brian Gregory y quieren un mapa de la ruta que conduce a Ashair: la Ciudad Prohibida. Según ellos, el Padre de los Diamantes se encuentra allí. Dicen que tu hermano elaboró este mapa. ¿Sabéis algo de ello? ¿Este safari vuestro sólo es para encontrar el Padre de

los Diamantes? —esta última pregunta la dirigió a Gregory.

—No sé nada de ningún Padre de los Diamantes —respondió Gregory —. Mi único interés es encontrar a mi hijo.

—¿Y no tienen ningún mapa?

—Sí —reconoció Helen—, tenemos un mapa muy rudimentario que Brian dibujó e incluyó en la última carta que recibimos de él. Jamás sospechamos que nos sería útil, pensamos que era más para que nos hiciéramos una idea de dónde estaba que para otra cosa. Puede que ni siquiera sea exacto, y sin duda es sólo un esbozo. Sin embargo, lo conservé; y aún lo tengo en mi habitación.

—Cuando el botones te ha traído la nota —intervino d'Arnot—, acababas de preguntarme por qué te había hecho venir.

—Sí —admitió Tarzán.

—Me encontraba aquí en Loango, en una misión especial, y conocí a *monsieur* y *mademoiselle* Gregory —explicó d'Arnot—. Me interesó mucho su problema, y cuando me preguntaron si conocía a alguien que pudiera ayudarles a encontrar Ashair, enseguida pensé en ti. No me atrevería a pedirte que les acompañaras, pero sé que no hay nadie en África mejor preparado para que se ocupe de su safari.

Aquella semisonrisa que d'Arnot conocía tan bien, y que correspondía más a los ojos que a los labios, iluminó por un instante el rostro de Tarzán.

—Entiendo, Paul —asintió—. Me ocuparé de su safari.

—Pero eso es una imposición —exclamó Helen—. Jamás le pediríamos que lo hiciera.

—Creo que será interesante —confirmó Tarzán—, ya que he conocido a Magra, a Lal Taask y a Atan Thome. Me gustaría volver a verles. Creo que si voy con ustedes nuestros caminos se cruzarán.

—No me cabe ninguna duda —dijo Gregory.

—¿Han hecho algún preparativo? —preguntó Tarzán.

—Nuestro safari se está reuniendo en Bonga —informó Gregory—, y había contratado a modo de prueba a un cazador blanco llamado Wolff para que se ocupe de ello, pero desde luego ahora…

—Si viene como cazador, puede irnos bien —opinó Tarzán.

—Vendrá al hotel esta mañana. Podremos hablar con él entonces. No sé nada sobre su persona, aparte de que tiene buenas referencias.

Detrás de la tienda de Wong Feng hay una habitación con gruesas

cortinas. Un Buda lacado en rojo descansa en un pequeño santuario. Se ven algunos bronces excelentes, un par de biombos de incalculable valor, algunos jarrones buenos; el resto es una mezcolanza de *papier maché*, *cloisoné* barato y esteatita. Los muebles son de teca, desmontándose al estilo del mobiliario chino. Gruesas cortinas tapan la única ventana y en el aire flota un fuerte olor a incienso: sofocante, asfixiante. Atan Thome está aquí y también Magra. El hombre está fría y tranquilamente furioso.

—¿Por qué lo has hecho? —le reprochó—. ¿Por qué has apartado el arma?

—Porque… —empezó a decir Magra, pero se interrumpió.

—Porque… porque… —imitó él—. El eterno femenino. ¡Pero ya sabes lo que hago con los traidores! —Se giró hacia ella de pronto—. ¿Amas a Gregory?

—Tal vez —respondió ella—, pero eso es asunto mío. Lo que nos importa a nosotros ahora es llegar a Ashair y conseguir el Padre de los Diamantes. Los Gregory van allí. Eso significa que no tienen el diamante y que disponen de un mapa. Ya sabes que Brian dibujó un mapa. Le viste hacerlo. Hemos de conseguirlo, y yo tengo un plan. ¡Escucha! —Se acercó, se inclinó hacia Thome y le susurró algo con rapidez.

El hombre escuchó con atención, iluminándose su rostro en señal de aprobación.

—¡Magnífico, cariño! Lal Taask lo hará mañana, si se ha recuperado lo suficiente. Wong Feng se está ocupando de él. Pero si eso no sale bien, aún nos queda Wolff.

—Si consigue el trabajo —advirtió Magra—. Vamos a echar un vistazo a Lal Taask.

Entraron en un pequeño dormitorio contiguo a la habitación en la que habían estado hablando. Un chino hervía algo en un hervidor sobre una lámpara de aceite. Lal Taask yacía en un estrecho catre. Levantó la mirada cuando los dos entraron.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Atan Thome.

—Mejor, amo —respondió el hombre.

—Mañana «estalá» bien —aseguró Wong Feng.

—¿Cómo has escapado? —se interesó Magra.

—He fingido que estaba inconsciente —contestó Lal Taask—, y cuando han entrado en la habitación de al lado, me he arrastrado hasta un armario y me he escondido. Cuando se ha hecho de noche, he logrado salir

al patio posterior y venir hasta aquí pero creía que iba a morir. Casi creo a ese hombre cuando dice que no es Brian Gregory, a menos que haya desarrollado esa enorme cantidad de fuerza desde que le vi por última vez.

—Es Brian Gregory —aseguró Thome.

Wong sirvió una taza de la decocción que había preparado y se la ofreció a Lal Taask.

—¡Bebe! —le mandó.

Lal Taask tomó un sorbo, hizo una mueca y lo escupió.

—No puedo tomar esto tan asqueroso —protestó—. ¿Qué lleva?, ¿gato muerto?

—Sólamente una pizca de gato muerto —explicó Wong—. ¡Bebe!

—No —se negó Lal Taask—. Prefiero morir.

—Bébelo —ordenó Atan Thome.

Como un perro apaleado, Lal Taask se llevó la taza a los labios y, con arcadas y atragantándose, se la tomó.

III

A LA mañana siguiente, los Gregory, con Tarzán y d'Arnot, estaban desayunando en la terraza cuando llegó Wolff. Gregory le presentó a Tarzán.

—Uno de los hombres salvajes —observó Wolff, al ver el taparrabos y las armas primitivas de Tarzán—. Vi otro en una ocasión, pero corría a cuatro patas y ladraba como un perro. ¿Viene con nosotros, míster Gregory?

—Tarzán estará a cargo del safari —respondió Gregory.

—¿Qué? —exclamó Wolff—. Ése es mi trabajo.

—Lo era —intervino Tarzán—. Si quieres venir como cazador, hay un puesto para ti.

Wolff se lo pensó un momento.

—Iré —aceptó—. Míster Gregory me necesitará mucho.

—Vamos a partir hacia Bonga mañana en el barco —le informó Tarzán —. Preséntate allí. Hasta entonces no te necesitaremos.

Wolff se alejó mascullando para sí.

—Me temo que te has ganado un enemigo —observó Gregory.

Tarzán se encogió de hombros.

—Yo no he hecho nada más que darle trabajo —anotó—. Pero le vigilaré.

—No me gusta el aspecto de ese tipo —comentó d'Arnot.

—Tiene buenas recomendaciones —insistió Gregory.

—Pero es evidente que no es ningún caballero —añadió Helen.

Su padre se rió con cordialidad.

—Pero estamos contratando a un cazador —objetó—. ¿A quién querías que contratara, al duque de Windsor?

—Lo habría podido soportar —se rió Helen.

—Wolff sólo tiene que obedecer órdenes y disparar —dijo Tarzán.

—Viene hacia aquí —anunció d'Arnot, y los otros levantaron la mirada

y vieron acercarse a Wolff.

—He estado pensando —explicó a Gregory— que debería saber adónde vamos, para ayudar a trazar la ruta. Verá, tenemos que procurar no salirnos de una buena ruta de caza. ¿Tienen algún mapa?

—Sí —respondió Gregory—. Helen, tú lo tenías. ¿Dónde está?

—En el cajón de arriba de mi tocador.

—Vamos, Wolff, y le echaremos un vistazo —indicó Gregory.

Gregory se dirigió directamente a la habitación de su hija y Wolff le acompañó, mientras los otros se quedaban en la terraza, charlando. El anciano rebuscó en el cajón de arriba del tocador de Helen un momento, revolviendo varios papeles de entre los cuales, por fin, eligió uno.

—Aquí está —dijo, y lo extendió sobre una mesa ante Wolff.

El cazador lo examinó durante unos minutos; luego meneó la cabeza.

—Conozco esa parte de la zona —manifestó—, pero jamás he oído hablar de ninguno de estos sitios: Tuen-Baka, Ashair, —los señaló con el índice—. Déjeme llevarme el mapa —pidió— y lo estudiaré. Se lo devolveré mañana.

Gregory hizo gestos de negación con la cabeza.

—Tendrá mucho tiempo para estudiarlo con Tarzán y el resto en el barco que nos llevará a Bonga —aclaró—; y es demasiado valioso…, significa demasiado para mí… para desprenderme de él. Le podría ocurrir algo. —Regresó al tocador y guardó el mapa en el cajón superior.

—De acuerdo —admitió Wolff—. No importa, supongo. Sólo quería ayudar en todo lo posible.

—Gracias —contestó Gregory—; se lo agradezco.

—Bien, entonces —concluyó Wolff—, me iré. Nos veremos mañana en el barco.

El capitán Paul d’Arnot, que tenía una mente inventiva, descubrió diversas razones por las que debería permanecer cerca de Helen Gregory el resto de la mañana. El almuerzo fue fácil: simplemente invitó a los Gregory y a Tarzán; pero cuando la comida terminó, la perdió.

—Si mañana partimos hacia Bonga —comentó ella—, voy a ir a hacer algunas compras ahora.

—No irá sola, ¿verdad? —preguntó d’Arnot.

—Sola —respondió ella sonriendo.

—¿Cree que es seguro?, ¿una mujer blanca sola? —insistió él—. Me gustaría acompañarla.

Helen se echó a reír.

—No quiero a ningún hombre cerca cuando voy de compras, a menos que quiera pagar las facturas. ¡Adiós!

El bazar de Loango se hallaba en una calle estrecha y sinuosa, atestada de negros, chinos, indios orientales, y cubierta de polvo. Era un lugar desagradable, con muchos olores, todos ellos extraños al olfato occidental y en general repugnantes. Había muchos rincones que sobresalían y oscuros pasadizos; y mientras Helen se entregaba a la predilección femenina por las compras, Lal Taask, deslizándose de esquina a umbral, la seguía de cerca.

Cuando se aproximaba a la tienda de Wong Feng, se detuvo ante otro puesto para examinar algunas chucherías que le habían llamado la atención, y en tanto se hallaba así entretenida, Lal Taask se deslizó por detrás de ella y entró en la tienda de Wong Feng.

Helen se entretuvo unos momentos ante el puesto y luego, ajena al peligro inminente, se acercó a la tienda de Wong Feng; mientras, desde el interior, Lal Taask la observaba como un gato podría vigilar a un ratón. La muchacha estaba totalmente desprotegida, con la mente ocupada pensando en sus compras y anticipando la aventurera expedición en busca de su hermano desaparecido; de ahí su momentánea perplejidad y el que permaneciera inmóvil e indefensa cuando Lal Taask la agarró al pasar por delante de la tienda de Wong Feng y la arrastró al oscuro interior, pero sólo por unos instantes. Cuando se dio cuenta del peligro que corría, forcejeó y golpeó a su agresor. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero el hombre le tapó la boca con brusquedad con la mano, ahogando sus gritos, aunque no habrían servido de nada en aquel mal lugar.

Lal Taask era un hombre fuerte, y Helen pronto comprendió que era inútil luchar contra él mientras la empujaba hacia la parte trasera de la tienda.

—No grite —dijo él— y no le haré daño.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella, cuando él retiró la mano de su boca.

—Aquí hay alguien que quiere interrogarla —respondió Lal Taask—. No es tarea mía explicarlo; el amo lo hará. Lo que él le aconseje será por su propio bien; obedézcale en todo.

Al fondo de la tienda Lal Taask abrió una puerta e hizo entrar a Helen a la habitación apenas iluminada que hemos visto antes. Magra estaba de pie a un lado, y Helen la reconoció como la mujer que había hecho ir a Tarzán

a la habitación del hotel donde, de no ser por ella, le habrían matado. No conocía al rollizo euroasiático sentado ante el escritorio de cara a ella, y ahora, por primera vez, vio la cara del hombre que la había cogido y lo reconoció como el que acompañaba a la mujer en el hotel.

—¿Eres Helen Gregory? —preguntó el hombre del escritorio.

—Sí. ¿Quién es usted y qué quiere de mí?

—En primer lugar —contestó Atan Thome con voz suave—, permítame asegurarle que lamento de corazón la necesidad de esta aparente descortesía. Su hermano tiene algo que yo quiero. Él no ha querido atenerse a razones, por lo que no ha habido más alternativa que la fuerza.

—¿Mi hermano? Usted no ha hablado con él. Se halla perdido en algún lugar del interior.

—No me mienta —espetó Thome—. Conozco bien a su hermano. Iba con él en la primera expedición. Llegó a Ashair e hizo un mapa de la zona, pero no quiso darme una copia. Quería el Padre de los Diamantes para él solo. Es el mapa de la ruta que conduce a Ashair lo que quiero, y la retendré a usted hasta que lo consiga.

Helen se rió ante sus narices.

—Su intriga y melodrama han sido completamente innecesarios —observó—. Lo único que habría tenido que hacer era pedirle el mapa a mi padre. Le habría hecho una copia. Si este hombre vuelve al hotel conmigo, puede copiar el mapa ahora. —Señaló a Lal Taask con un gesto de la cabeza.

Atan Thome hizo una mueca.

—¿Cree que puede atraparme tan fácilmente? —preguntó.

Helen hizo un gesto de resignación.

—Siga con su actuación si debe hacerlo —se avino—, pero solo será una pérdida de tiempo y causará problemas a todo el mundo. ¿Qué desea que haga?

—Quiero que escriba y firme la nota que le dictaré para su padre —respondió Thome—. Si no me trae el mapa, jamás volverá a verla. Voy a partir hacia el interior de inmediato y me la llevaré conmigo. Hay sultanes que pagarán un buen precio por usted.

—Debe de estar bastante loco si piensa que puede asustarme con estas descabelladas amenazas. Hoy en día no se hacen estas cosas, sólo aparecen en los libros. Dese prisa y dicte la nota, y le prometo que tendrá el mapa en cuanto su mensajero pueda traerlo, pero ¿qué seguridad tengo yo de que

cumplirá su parte del trato y me soltará?

—Sólo tiene mi palabra —contestó Atan Thome—, pero le aseguro que no tengo ningún deseo de hacerle daño. Lo único que quiero es el mapa. Venga y siéntese aquí mientras le dicte.

A medida que el sol se hundía por el oeste detrás de los altos árboles y las sombras se alargaban para dar a Loango el aspecto de una suave belleza que la pequeña aldea no poseía por sí misma, los tres hombres que discutían los detalles del safari de pronto se dieron cuenta de lo tarde que era.

—Me pregunto qué es lo que puede retener a Helen —dijo Gregory—; casi es de noche. No me gusta que esté por la calle tan tarde en un lugar como éste. Debería haber regresado hace mucho rato.

—No debería haber ido sola —añadió d'Arnot—. No es un lugar seguro para una mujer.

—No lo es —coincidió Tarzán—. Ningún lugar donde hay civilización es seguro.

—Creo que deberíamos ir a buscarla —sugirió d'Arnot.

—Sí —confirmó Tarzán—; tú y yo. Míster Gregory deberá quedarse aquí por si ella regresa.

—No se preocupe, *monsieur* Gregory —observó d'Arnot cuando salía de la habitación con Tarzán—. Estoy seguro de que la encontraremos sana y salva en alguna tienda de curiosidades. —Pero lo dijo sólo para tranquilizar a Gregory. En su corazón sólo había temor.

Mientras esperaba, Gregory trató de convencerse de que no tenía que preocuparse. Intentó leer, pero no podía fijar su atención en el libro. Tras haber leído la misma frase media docena de veces sin comprender su sentido, lo dejó; entonces se puso a pasear por la habitación, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Estaba a punto de partir él mismo en busca de la muchacha cuando volvió d'Arnot. Gregory le miró con ansia.

D'Arnot hizo gestos de negación con la cabeza.

—No hemos tenido suerte —lamentó—. He encontrado un montón de vendedores que recordaban haberla visto, pero ninguno sabía cuándo se había ido del bazar.

—¿Dónde está Tarzán? —preguntó Gregory.

—Está investigando en la aldea. Si los nativos saben algo de ella, Tarzán se lo sacará. Habla su lengua en todo el sentido del término.

—Ahí está —exclamó Gregory cuando el hombre mono entró en la

habitación.

Ambos hombres le miraron con aire interrogador.

—¿Has encontrado algo? —preguntó d'Arnot.

Tarzán negó con la cabeza.

—Ni rastro. En la jungla habría podido encontrarla; pero aquí… en la civilización, un hombre ni siquiera puede encontrarse a sí mismo.

Cuando dejó de hablar, se rompió el cristal de una ventana detrás de ellos y cayó al suelo una piedra.

—¡*Mon Dieu*! —profirió d'Arnot—. ¿Qué es eso?

—¡Cuidado! —gritó Gregory—. Puede ser una bomba.

—No —le tranquilizó Tarzán—. Sólo es una nota atada a una piedra. Echémosle un vistazo.

—Debe de ser sobre Helen —aventuró Gregory cogiendo la nota de la mano de Tarzán—. Sí, es de ella. ¡Escuchen!: «Querido papá: la gente que me retiene quiere el mapa que hizo Brian para ir a Ashair. Me amenazan con llevarme al interior y venderme si no se lo damos. Me parece que hablan en serio. Ata el mapa a la piedra y arrójalo por la ventana. No sigas al mensajero o me matarán. Me han prometido devolverme sin hacerme daño en cuanto consigan el mapa» . Sí, es de Helen, es su letra. ¡Pero qué necios! Podían haber pedido el mapa sin más. Yo sólo quiero encontrar a Brian. Iré a por el mapa.

Se levantó y se dirigió a la habitación de Helen, contigua a la suya. Le oyeron encender la lámpara con una cerilla y luego proferir una exclamación de asombro que hizo que los otros dos hombres se precipitaran a la habitación. Gregory se hallaba de pie ante el tocador con el cajón superior abierto y el semblante pálido.

—Ha desaparecido —gritó—. ¡Alguien ha robado el mapa!

IV

EN UNA pequeña habitación, Wolff estaba sentado a una mesa manejando un lápiz a la luz de una lámpara de queroseno; era evidente que se trataba de una tarea desacostumbrada. Cada vez que hacía una señal, humedecía la punta del lápiz con la lengua, el cual, cuando no lo utilizaba, mordisqueaba. Al fin hubo completado su trabajo, y mientras lo contemplaba, no sin orgullo, exhaló un suspiro y se puso en pie.

—¡Me parece que he hecho un buen trabajo! —exclamó satisfecho para sí—. Ahora pagarán, ¡y cuánto!

Atan Thome estaba sentado solo en la habitación trasera de la tienda de Wong Feng. Si estaba nervioso, la única indicación externa de ello eran los innumerables cigarrillos que se fumaba. Magra vigilaba a Helen en el pequeño dormitorio contiguo. Los tres esperaban el regreso de Lal Taask con el mapa de la ruta a Ashair. Helen, sola, estaba segura de que no tardaría. Los otros sólo lo esperaban.

—¿Me dejará ir cuando llegue el mapa? —preguntó Helen.

—Puede que la retenga el tiempo necesario para marcharse y ponerse a salvo —respondió Magra—, pero estoy segura de que entonces la dejará libre.

—Pobre papá —exclamó la muchacha—. Estará terriblemente preocupado. Si mi liberación se retrasa, me gustaría escribirle otra nota.

—Intentaré que pueda hacerlo —se aseguró Magra—. Lamento todo esto, *miss* Gregory —añadió tras un breve silencio—. En realidad, en este asunto estoy tan indefensa como usted, por razones que no puedo explicarle; pero puedo decirle que Atan Thome está obsesionado con este deseo de poseer el Padre de Los Diamantes. En el fondo no es un mal hombre, pero sé que no se detendrá ante nada para conseguir este deseo; por eso espero que su padre envíe el mapa.

—¿Realmente cree que me vendería en la región interior si no lo consiguiera? —preguntó la muchacha americana.

—Absolutamente —contestó Magra—. Si estuviera bajo presión, podría matarla.

Helen se estremeció.

—Me alegro de que vaya a conseguir el mapa —consideró.

Lal Taask abrió la puerta de la habitación trasera de la tienda de Wong Feng y entró. Atan Thome levantó la mirada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me lo han entregado —repuso Taask—, aquí está. —Entregó el papel a Thome. Aún envolvía la piedra. Thome lo abrió y leyó. El rostro se le ensombreció.

—¿Esto es el mapa? —preguntó Lal Taask.

—No —gruñó Thome—. Dicen que el mapa ha sido robado. ¡Mienten! Pero no pueden engañar a Atan Thome. Jamás volverán a ver a la muchacha, y encontraré Ashair sin su mapa. ¡Escuchad! Hay alguien en la puerta. Ve a ver quién es.

Lal Taask entreabrió la puerta y miró fuera.

—Es Wolff —informó.

—Hazle entrar.

—Buenas noches —saludó Wolff cuando entró en la habitación.

—No has venido aquí para decirme eso —replicó Thome—. ¿De qué se trata?

—¿Qué darías por el mapa que conduce a Ashair? —preguntó Wolff.

—Quinientas libras —contestó Thome.

—No es suficiente. Que sean mil y la mitad de lo que saques del diamante, y te entregaré el mapa.

—¿Cómo?

—Yo lo tengo. Lo robé en la habitación de la chica.

—¿Lo tienes aquí? —inquirió Thome.

—Sí —respondió Wolff—, pero no intentes nada. He dejado una nota a la anciana con la que vivo. Si no he regresado dentro de una hora, irá a la policía.

—Enséñame el mapa —pidió Thome.

Wolff lo sacó de su bolsillo y lo sostuvo frente al otro hombre, pero no lo suficiente para que se lo arrebatara.

—Entrégame el dinero, y el mapa será tuyo —ofreció.

Atan Thome sacó una gruesa cartera de un bolsillo interior de la chaqueta y contó quinientas libras en billetes del Banco de Inglaterra.

—Si yo tuviera ese fajo que tienes tú, no arriesgaría mi vida por ningún Padre de los Diamantes observó Wolff cuando cogía los billetes y se los metía en el bolsillo.

—¿Vas a ir con el safari de los Gregory a pesar de todo? —preguntó Thome.

—Claro —respondió Wolff—; un hombre pobre tiene que trabajar, pero me pondré en contacto contigo cuando consigas el diamante. Obtendré mi mitad.

—Puedes hacer algo más para ayudarme —señaló Thome— con lo que también el diamante será para nosotros con más seguridad.

—¿De qué se trata? —preguntó Wolff, receloso.

—Voy a hacer que Magra intente ir con los Gregory. Tú puedes ayudar a conseguirlo. Quiero que se haga su amiga… y que se acueste con Brian Gregory; entonces, si algo va mal, tendrá cierta influencia sobre ellos. No quiero arriesgarme, y tú tampoco.

—¿Dónde intervengo yo? —preguntó Wolff.

—Tú los guías y los llevas por un camino equivocado. Cuando estén bien perdidos, dirígete con Magra hacia Ashair. Has visto el mapa, o sea, que sabrás cómo ir. Encontrarás uno de mis campamentos y me esperarás allí. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Y lo harás?

—Claro. ¿Por qué no?

—De acuerdo. Ahora, vete. Nos veremos cerca de Ashair dentro de un par de meses.

Cuando Wolff se hubo ido, Thome se volvió a Lal Taask.

—Tenemos que marcharnos de aquí esta noche —explicó—. Ve al río y soborna al capitán del barco para que lo prepare y zarpemos hacia Bonga esta noche.

—Eres listo, amo —se admiró Lal Taask—. ¿Soltarás a la joven dama, ahora que tienes el mapa?

—No. Ellos no me han dado el mapa. Podrían alcanzarnos, y si lo hicieran, será como tener un rehén.

—De nuevo, amo… qué listo eres.

Era más de medianoche cuando Atan Thome subió a bordo del vapor del río con Lal Taask y Helen. En la pasarela se despidió de Magra.

—Únete al safari de los Gregory empleando cualquier argucia —indicó—. Puede que lleguen a Ashair, y quiero que esté con ellos alguien de mi confianza. Debo estar preparado para cualquier eventualidad. Si me ganaran y consiguieran el diamante, has de encontrar alguna manera de comunicarte conmigo. Incluso es posible que tengas oportunidad de robar el diamante. Observa a Wolff. No me fío de él. Ha accedido a extraviarles y luego llevarte hacia Ashair para reuniros conmigo cuando yo llegue. Está bien que estés enamorada de Brian Gregory. Eso ayudará. Haz todo lo que puedas. Al principio no me gustaba la idea, pero cuando le di vueltas, vi que podíamos aprovecharla. Ahora, adiós; y recuerda todo lo que te he dicho.

Taask y Helen subieron a bordo del vapor, el hombre caminando muy cerca de la muchacha, con la pistola apretada contra el costado, para que no gritara.

—Me parece muy tonto no soltarla —opinó Magra.

—Ahora no puedo hacerlo —replicó Thome—. No puedo hasta que tú hayas dejado el grupo de los Gregory. ¿No lo entiendes?

—Bueno, procura que no le ocurra nada; recuerda que el brazo de la ley inglesa es largo.

Entonces Magra se volvió y regresó a la aldea.

Tras una noche sin dormir buscando a Helen, Gregory, Tarzán y d'Arnot se hallaban reunidos en la habitación de Gregory para trazar planes.

—Me temo que no queda nada por hacer más que notificarlo a las autoridades —anunció d'Arnot.

—Supongo que tiene razón —coincidió Gregory—. Tenía tanto miedo de que la mataran si lo contábamos a la policía…, pero ahora parece que no queda más remedio que hacerlo.

Llamaron a la puerta y los tres hombres alzaron la mirada.

—¡Adelante! —dijo Gregory.

La puerta se abrió lentamente y Magra entró en la estancia.

—¡Usted! —exclamó d'Arnot.

Ella no le prestó atención, sino que miró directamente a Tarzán.

—Brian Gregory —anunció—, he venido a ayudarte a encontrar a tu hermana.

—¿Dónde está? —preguntó Gregory.

—Atan Thome se la ha llevado al interior. Anoche zarpó hacia Bonga en el barco fluvial.

—Pero si el barco no zarpa hasta hoy —interrumpió d’Arnot.

—Atan Thome sobornó al capitán para que lo hiciera anoche —explicó Magra—. Yo tenía que haber ido, pero… bueno, por qué no lo hice no tiene importancia.

—No podemos confiar en esta mujer —comentó Tarzán.

—Puedes confiar en mí siempre, Brian Gregory. —Se volvió hacia Gregory—. Si dudan de mí, llévenme con ustedes… como rehén, tal vez. Es posible que pueda ayudarles.

Gregory dio la impresión de no oírla. Parecía perplejo.

—Mis dos hijos —gimió—. Primero Brian, ahora Helen, sacrificados… ¿y por qué?

—No se desespere, *monsieur* Gregory —le consoló d’Arnot—. Puede que haya algún modo de encontrarles.

—Pero ¿cómo? —preguntó el anciano—. Dentro de cuatro días Thome estará en Bonga. El barco permanecerá allí al menos un día. Al regresar con la corriente hará la travesía tal vez en dos días y medio. Aunque pudiera persuadir al capitán de que volviera a Bonga de inmediato, Thome nos llevará seis o siete días de ventaja. Se habrá adentrado mucho en el interior. Probablemente tiene el mapa que robaron de la habitación de Helen. Nosotros no tenemos ninguno. No sabemos dónde buscarle.

—No se preocupe por eso —observó d’Arnot—. Si Thome está en África, Tarzán de los Monos le encontrará.

—Sí —murmuró Gregory sin inflexión en la voz—, pero ¿qué le habrá ocurrido a mi pobre niña entretanto?

—¡Espere! —exclamó d’Arnot—. ¡Ya lo tengo! Aún hay una manera. Aquí tenemos un hidroavión naval. Estoy seguro de que las autoridades nos llevarán a Bonga. Estaremos allí cuando *monsieur* Thome llegue. ¡Qué sorpresa se llevará!

—¡Magnífico! —exclamó Gregory—. ¿Cómo podré agradecérselo, capitán?

Cualquiera que hubiera sido su reacción, el rostro de Magra no demostró emoción alguna.

V

A PETICIÓN de d'Arnot, las autoridades se alegraron de colaborar; y con un retraso de tan sólo un par de horas el grupo subía a bordo de un hidroavión anclado en el río. La expresión de Magra sugería casi satisfacción consigo misma cuando d'Arnot la ayudó a subir desde la canoa de los nativos que había llevado al grupo desde la orilla. Wolff, que nunca había volado, se tambaleaba un poco para disimular su inquietud. Los ojos de Ogabi se movían con temor.

—¿Han visto con qué facilidad se ha arreglado todo? —exclamó d'Arnot.

—Gracias a usted —replicó Gregory.

—¿Cuánto tardará en llegar a Bonga, teniente? —preguntó Tarzán al piloto.

—Entre dos y tres horas —respondió Lavac.

—El barco tardará cuatro días, pues va contra corriente —informó d'Arnot—. Atan Thome encontrará un comité de recepción esperándole en el muelle.

Cuando el aeroplano se puso en marcha a toda velocidad sobre el río para despegar, Ogabi cerró los ojos y se agarró al asiento con ambas manos. Cuando volvió a abrir los ojos, bajó la mirada y vio la parte superior de una selva. Su rostro ya no era oscuro: era de un color enfermizamente ceniciento.

—Éste no es lugar para un hombre, *bwana*, en el vientre de un ave —confesó a Tarzán.

—Pero tú eres un hombre, Ogabi —replicó el hombre mono—; por lo tanto, no tienes miedo. Recuerda esto cuando llegue la tormenta.

—¿Qué tormenta? —preguntó Gregory.

—Se aproxima una tormenta —respondió Tarzán.

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó Gregory—. No hay ni una nube en el cielo.

—Tarzán siempre lo sabe —sentenció d'Arnot.

Cómo sabía Tarzán que se avecinaba una tormenta ni siquiera él habría podido explicarlo. Quizá compartía con las criaturas salvajes, entre las que se había criado, una sensibilidad peculiar que trascendía la apreciación de los hombres. Fuera cual fuera el motivo, la cuestión es que media hora después de haberlo anunciado el aparato entró en el núcleo de una tormenta tropical.

Lavac, que estaba acostumbrado a las súbitas tormentas tropicales, supuso que se reduciría a una pequeña área y pronto la dejarían atrás. Piloto experimentado, con un aparato provisto de todos los instrumentos necesarios para volar a ciegas, se limitó a aumentar su elevación dispuesto a traspasarla. El aparato dio unas vueltas y descendió de golpe, y Ogabi palideció un poco más. Wolff apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Al cabo de una hora de estar así, Lavac se volvió e hizo señas a d'Arnot de que se acercara.

—Es peor de lo que había previsto, capitán —admitió—. ¿No sería mejor que regresáramos?

—¿Tenemos suficiente gasolina? —preguntó d'Arnot.

Lavac asintió.

—Sí, señor —respondió.

—¿Todo lo demás está bien?

—No estoy seguro de la brújula.

—Entonces da lo mismo volar hacia atrás que seguir adelante —concluyó d'Arnot—. Sigamos. Tarde o temprano saldremos de la tormenta.

Durante dos largas horas más, Lavac capeó el temporal; luego, el motor chisporroteó. D'Arnot se apresuró a ir a la parte delantera, pero antes de llegar al lado de Lavac, el motor volvió a ponerse en marcha y ronroneaba dulcemente. Había sido un momento tenso para los dos. D'Arnot respiró hondo con alivio, y entonces el motor volvió a fallar y se paró. Lavac accionaba con furia una bomba de mano. D'Arnot se volvió hacia la cabina.

—Abróchense los cinturones de seguridad —ordenó—. Puede que tengamos que descender.

—El conducto del combustible se ha atascado —dijo Lavac—. Y no puedo desatascarlo.

D'Arnot miró el altímetro.

—Estamos a unos tres mil metros —indicó—. La elevación media en los alrededores de Bonga es de unos doscientos. Descienda todo lo que pueda, en busca de un agujero.

—¿Y si no encuentro ninguno? —preguntó Lavac.

D'Arnot se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Usted es el piloto —repuso— y tengo entendido que bueno.

—Gracias —correspondió Lavac—. Se necesitaría un piloto muy bueno para pilotar este aparato a través de una selva. Y yo no soy tan bueno. ¿Se lo va a decir a los demás?

—¿De qué serviría? —preguntó d'Arnot.

—Tal vez quieran arreglar algún asunto con Dios; algo que hayan descuidado hablar con Él.

—¿Qué ocurre? —intervino Wolff—. ¿El motor no funciona?

—Usted mismo se ha respondido la pregunta —dijo d'Arnot, volviendo a su asiento.

—Estamos descendiendo —se alarmó Wolff—. No hay visibilidad para aterrizar. Nos estrellaremos.

—Tranquilícese —le aconsejó d'Arnot—, aún no nos hemos estrellado.

Los pasajeros permanecieron sentados en tensa espera mientras el aparato descendía atravesando densas nubes de tormenta.

—¿A qué altitud estamos ahora, Lavac? —preguntó d'Arnot.

—Trescientos metros.

—Eso significa que no podemos estar a más de noventa metros del suelo como mucho —anunció Gregory—. Recuerdo que el otro día estuve mirando un mapa. Casi toda esta zona se halla a unos ciento ochenta metros de altura.

De pronto Wolff se puso en pie de un salto.

—No puedo soportarlo. ¡Voy a saltar!

Tarzán le cogió con fuerza y le hizo sentarse de nuevo.

—Quédese quieto —ordenó.

—¡Sí, quédese quieto! —espetó d'Arnot—. No es tan grave.

Lavac profirió una exclamación de alivio.

—¡Hemos salido! —exclamé—. Y abajo hay agua.

Unos instantes mas tarde el aparato aterrizó con suavidad en el seno de un pequeño lago. Sólo la selva y la jungla le dieron la bienvenida. Si había ojos para ver, permanecieron ocultos; y las voces de la jungla quedaron momentáneamente acalladas. La lluvia golpeaba el agua y el viento gemía

en la selva. De estas cosas y de su milagrosa huida de la muerte Ogabi no se dio cuenta: se había desmayado.

—¿Sabe dónde nos encontramos, teniente? —interrogó d'Arnot.

—No tengo la más mínima idea —respondió Lavac—, nunca había visto este lago.

—Entonces, ¿nos hallamos perdidos? —preguntó Gregory.

Lavac asintió.

—Me temo que sí, señor. Mi brújula no funcionaba bien; y, naturalmente, el viento nos habrá desviado de nuestro rumbo.

—Qué solitario y deprimente parece —comentó Magra.

—Es la selva —dijo Tarzán casi como alguien dice: «¡Es mi casa!».

—Qué desalentador —se dolió Gregory—. Precisamente cuando parecía seguro que habíamos vencido todos los obstáculos y encontrado una manera de adelantarnos a Thome y rescatar a Helen, ha tenido que pasar esto. Ahora nos hallamos absolutamente indefensos. Jamás llegaremos hasta ella, pobre niña.

—¡*Non*!, ¡*Non*!, mi querido *monsieur* Gregory, no debe hundirse —le consoló d'Arnot—. Esto es sólo un retraso pasajero. El teniente Lavac desatascará el conducto del combustible enseguida y en cuanto escampe volveremos a despegar. Tenemos mucho tiempo. Thome no llegará a Bonga hasta dentro de tres días. En cuanto el cielo se despeje, el teniente encontrará Bonga incluso sin brújula.

Lavac pasó media hora trabajando en el conducto del combustible; luego llamó a d'Arnot.

—El conducto no estaba atascado, señor —explicó con aire de preocupación.

—Entonces, ¿cuál era el problema? —demandó d'Arnot.

—Nos hemos quedado sin combustible. El tanque debía de perder mucho, pues cuando hemos salido estaba medio lleno.

—Pero ¿y el tanque de reserva? —preguntó d'Arnot.

—El tanque de reserva es el que perdía, y hemos vaciado el otro.

D'Arnot meneó la cabeza.

—¡Pobrecita chica! —exclamó.

VI

OGABI cantaba mientras asaba metes de antílope sobre el fuego junto al que yacía la carcasa del animal. Durante cuatro días Ogabi se había ido animando, pues ahora se hallaba a cuatro marchas de distancia de aquel horrible pájaro, en cuyo vientre había estado a punto de morir. Había tenido mucho miedo de que los hombres blancos decidieran regresar a él y volar de nuevo. Sin embargo, si lo hubieran hecho, él habría huido hacia la selva y se habría escondido. Cinco hombres blancos estaban sentados alrededor del fuego observándole.

—¿Estás convencido de que sabes dónde estamos ahora, Tarzán? —preguntó d'Arnot.

—Sí. Estoy seguro de que estamos al este de Bonga y un poco al sur. Ese antílope que he cazado se encuentra en esa región.

—Probablemente Thome ha salido de Bonga hoy —sugirió Gregory—. Para cuando lleguemos a Bonga él puede que ya se nos haya adelantado. Jamás le alcanzaremos.

—No tenemos que ir a Bonga —replicó Tarzán—. Podemos ir directamente hacia el nordeste y adelantarle; después podemos seguir más deprisa de lo que él puede viajar; los muchachos con los fardos le harán ir despacio. Nosotros no tenemos ningún obstáculo.

—¿Quiere decir que podemos viajar sin porteadores ni provisiones? —se admiró Gregory.

—Hemos estado así los últimos cuatro días —le recordó Tarzán. Echó un rápido vistazo al campamento—. ¿Dónde está Magra? —preguntó—. Le dije que no abandonara el campamento; ésta es zona de leones; y, si no me equivoco en cuanto a la ubicación, también es zona de caníbales.

Magra no tenía intención de alejarse del campamento, pero la selva le intrigaba tanto, y parecía tan tranquila y pacífica… Caminó despacio, disfrutando de las flores, observando los pájaros. Se paró ante una orquídea encantadora que, como algunas mujeres bellas, chupaba la sangre del

gigante que la mantenía. Después recordó los consejos de Tarzán y giró para volver sobre sus pasos y regresar al campamento. No vio el gran león que tenía detrás y que había captado su olor y la seguía con paso silencioso.

Los hombres que estaban en el campamento vieron que Tarzán se ponía en pie, levantando la cabeza, temblándole las ventanas de la nariz; luego, para su asombro, le vieron correr unos pasos, subirse a un árbol y desaparecer. No sabían que Usha, el viento, había traído el acre rastro de olor de Numa, el león, al sensible olfato del hombre mono, y que mezclado con él se hallaba el delicado olor del perfume que le gustaba a Magra, lo que le reveló que se avecinaba una tragedia, por lo que se subió a los árboles con la esperanza de llegar al lugar a tiempo.

Mientras Magra se dirigía hacia el campamento, un rugido enojado del rey de las bestias le hizo ser consciente de pronto del peligro con que se enfrentaba. Al instante se dio cuenta de que su situación no tenía salida y de la inutilidad de pedir ayuda, que no podría llegar a ella a tiempo para impedir lo inevitable. Con su acostumbrado valor, se resignó a morir; pero aun con la muerte mirándola fijamente a la cara, no pudo reprimir una involuntaria exclamación de admiración por la magnificencia de la gran bestia que tenía ante ella. Su tamaño, su majestuoso porte, la pura ferocidad de su cara le produjeron una honda impresión. No quería morir, pero tenía la sensación de que no había muerte más noble que bajo los potentes colmillos y garras del rey de las fieras.

Ahora el león se acercaba con sigilo hacia ella, con el vientre pegado al suelo, meneando con nerviosismo el extremo de la cola. Se acercó sólo un metro más o menos; luego se levantó, pero seguía un poco agazapado mientras avanzaba. De pronto, con un fuerte rugido, atacó, yen ese mismo instante un hombre saltó de lo alto de un árbol y cayó sobre su lomo.

—¡Brian! ~clamó Magra ahogando un grito de asombro.

El hombre se aferró al lomo del carnívoro, mezclándose sus rugidos con los del gran felino, mientras clavaba su cuchillo de caza una y otra vez en el costado dorado de la bestia, que daba saltos y trataba de deshacerse del hombre. Magra observaba la escena, fascinada, hasta que el corazón herido dejó de latir para siempre y la gran bestia murió. Entonces Magra tuvo motivos para estremecerse de auténtico horror, cuando el Señor de la Jungla colocó un pie sobre el cuerpo de su presa y lanzó el grito de victoria del simio macho. Cada fibra del cuerpo de la muchacha vibró con una emoción desconocida mientras observaba al hombre que ahora sabía que no

era Brian Gregory.

Cuando el extraño grito quebró el silencio de la jungla, Wolff, Gregory y Lavac se pusieron en pie de un salto. Wolff cogió su rifle.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué ha sido eso?

—Tarzán ha matado algo —explicó d'Arnot.

—El Gran *Bwana* ha matado a Simba —especificó Ogabi—. ¿Los hombres blancos son sordos y no han oído rugir a Simba?

—Claro que lo hemos oído —replicó Wolff—; pero ese salvaje jamás podría matar un león; no llevaba nada más que un cuchillo. Será mejor que salga a buscarle.

Echó a andar con el rifle en la mano en la dirección de donde había procedido el ruido que les había sobresaltado; Gregory y Lavac le siguieron.

—Ese grito ha sido cuando el león le ha atacado —consideró Wolff—. Seguro que está muerto.

—A mí no me parece que esté muerto —señaló Lavac, cuando Tarzán y Magra aparecieron a la vista.

—Me temo que me he quedado sin aliento y no…, bueno, gracias es una palabra muy inadecuada dadas las circunstancias, pero no se me ocurre otra. Gracias por salvarme la vida. Qué tonto y absurdo parece, pero ya sabe lo que intento decir. Es usted maravilloso, y también da un poco de miedo; pero ahora sé que no es Brian Gregory. Él no habría podido matar al león como usted lo ha hecho. Ningún hombre en el mundo habría podido hacerlo. —Se interrumpió—. Hasta hace unos minutos, creía que amaba a Brian.

Lo que insinuaban las palabras y el tono de Magra era bastante evidente, pero Tarzán prefirió hacer caso omiso.

—Haremos todo lo posible para encontrarle —afirmó—, no sólo por míster Gregory sino por usted.

Magra sintió un escalofrío. La habían desairado, pero esperaría el momento oportuno.

—¿Y el diamante? —preguntó.

—No me interesa —respondió Tarzán.

Un safari bien equipado avanzaba hacia el nordeste a diez marchas de Bonga. Una muchacha y dos hombres eran los únicos blancos, pero los porteadores parecían llevar suficiente equipo y provisiones para el doble o

el triple de gente.

—Qué hábil por mi parte —se jactó uno de los hombres ante la muchacha— llevarme el safari de tu padre. Tardará una semana o más en reunir otro y equiparlo. Para entonces estaremos tan lejos que jamás nos alcanzará. Me gustaría ver su cara cuando llegue a Bonga y se entere de la verdad.

—Es casi tan hábil como el difunto míster Dillinger y *Baby Face* Nelson —replicó Helen— y acabará igual.

—¿Quiénes eran ésos? —preguntó Thome.

—Eran secuestradores y asesinos y también adictos al latrocinio a lo grande. Si no fuera un necio, me soltaría y me enviaría de nuevo a Bonga. Tiene el mapa. Yo ya no le serviré para nada. Hasta que me devuelva sana y salva a él, mi padre jamás dejará de buscarle. No entiendo por qué quiere seguir reteniéndome.

—Quizá me gustas, cariño —respondió Thome.

La muchacha se estremeció ante la insinuación de aquel hombre. El resto del día caminó en silencio, esperando siempre una oportunidad de escapar, pero o Atan Thome o Lal Taask estaban siempre a su lado. Se sentía agotada cuando por fin prepararon el campamento, pero gran parte de su cansancio era agotamiento nervioso; todo el día las palabras de Atan Thome la habían acosado.

Después de la comida de la noche, se fue a su tienda, que habían montado al otro lado del campamento que ocupaba Thome, pues el hombre sabía que mientras pudiera tratar de escapar de día, no se atrevería a arriesgarse a los peligros de la selva por la noche.

Thome y Taask se quedaron hablando ante la tienda del primero, Thome con los ojos fijos en la muchacha cuando ésta entraba en la suya. Los dos hombres habían estado hablando y Lal Taask miraba al otro atentamente.

—Tú eres mi amo, Atan Thome —dijo—, pero por lealtad, tu sirviente debe advertirte. La muchacha es blanca y el brazo del poder del hombre blanco es largo. Hasta las profundidades de la jungla o en las heladas extensiones de los polos llegaría y te arrastraría para que le dieras explicaciones.

—Ocúpate de tus asuntos —espetó Thome—. No tengo intención de hacer ningún daño a la chica.

—Me alegro de oírte decir eso. No quiero que el hombre blanco se

enfade conmigo. Sí eres sensato, harás lo que la chica ha sugerido. Envíala de regreso a Bonga mañana.

Atan Thome se quedó pensativo unos instantes; luego asintió.

—Tal vez tengas razón —reconoció—. Mañana regresará a Bonga, si lo desea.

Los dos hombres se separaron, yendo cada uno a su tienda; y el silencio reinó en el campamento dormido, un solo askari, dando cabezadas al lado del fuego para ahuyentar a las fieras, era la única indicación de que había vida en el interior del tosco cercado que habían construido para protegerse de las bestias depredadoras.

Después Atan Thome salió de su tienda. Recorrió el campamento con los ojos. Sólo vio al askari, que al ver a Thome fingió un estado de alerta que, dadas la hora y su inclinación, resultaba incongruente; no obstante, estaba lo bastante despierto para ver al hombre blanco cruzar en silencio el campamento; y cuando comprendió la meta evidente de Thome, sonrió. A lo lejos rugió un león. Esto y el canto de la cigarra eran lo único que quebraba el silencio de la noche.

La mente de Helen, insomne y nerviosa por el miedo, estaba llena de temor y recelo. El cambio de actitud de Atan Thome la preocupaba. Incluso el más mínimo sonido transmitía una amenaza a su oído expectante. Por fin se levantó del catre y miró fuera de la tienda de campaña. Se le cayó el alma a los pies cuando vio a Atan Thome que se encaminaba con sigilo hacia ella.

De nuevo rugió un león en el misterioso vacío de negrura que era la noche en la jungla, pero el hipócrita hombre que apartó las cortinas de la entrada de la tienda de la chica era una amenaza mucho mayor. Un aura de repulsión rodeaba a Thome. La muchacha siempre la había percibido y en su presencia se sentía como uno se podría sentir en presencia de una cobra.

Atan Thome apartó las cortinas y entró en la tienda. La hipócrita sonrisa halagadora que exhibían sus labios desapareció cuando descubrió que ésta estaba vacía. No sabía que la muchacha se había arrastrado por debajo de la pared trasera un instante antes de que él entrara. Que él supiera, podía hacer una hora o más que se había marchado; pero estaba seguro de que debía de estar en algún lugar del campamento, pues no podía imaginar que se hubiera atrevido a afrontar los peligros de la noche en la jungla para huir de él. Sin embargo, esto era lo que ella había hecho.

Asustada, se abrió paso a tientas en una oscuridad que sólo era mitigada

parcialmente por la luna que acababa de aparecer. De nuevo el rugido de un león que iba de caza resonó en la selva, ahora más cerca, y el corazón de la muchacha se llenó de desaliento. A pesar de ello, cobró fuerzas y siguió adelante, más aterrada por la idea del hombre que tenía detrás que por el león que tenía ante sí. Esperaba que la bestia siguiera rugiendo, pues de este modo siempre podría localizarla. Si dejaba de rugir, ello podría significar que había captado su olor y la estaba acechando.

Tropezó por casualidad con un sendero de caza y lo siguió. Pensó que era el sendero que regresaba a Bonga, pero no lo era. Iba en una dirección más hacia el sur, que quizá para ella era mejor, ya que el león se hallaba en el camino de Bonga, y el sonido de sus rugidos retrocedían a medida que ella avanzaba por la selva.

Tras una noche de terror, a primera hora de la mañana la muchacha llegó a una llanura abierta, y cuando la vio supo que se había extraviado del camino que la llevaría a Bonga, pues el safari no había cruzado ninguna llanura como aquélla en el trayecto desde la ciudad del río. Comprendió que se hallaba perdida, y ahora no tenía ningún plan más que escapar de Thome. Su futuro, su vida, se encontraban en manos de un Destino caprichoso. Cómo, en esa tierra salvaje, podía haber otra cosa más que un cruel Destino no lo podía imaginar; sin embargo, debía seguir adelante… y esperar.

Se alegraba tanto de haber salido de la selva, que cruzó la llanura hacia una cadena de montañas bajas, ajena al hecho de que, si bien la selva podía ser oscura y deprimente, le ofrecía un escondrijo y las ramas de sus árboles la podían salvar de muchos peligros. Detrás de ella quedaban Thome y el recuerdo del león que cazaba. Era mejor para su paz mental que no supiera lo que le esperaba más adelante.

VII

CHEMUNGO, hijo de Mpingu, jefe de los buiroos, se hallaba cazando con otros tres guerreros una fiera devoradora de hombres que había estado aterrorizando las aldeas de su pueblo. La habían perseguido por las colinas hasta la linde de una llanura más allá de la cual se encontraba la selva; pero cuando llegaron a una elevación baja desde la que podían examinar la llanura, descubrieron otra presa mejor que la que perseguían.

—Una mujer blanca —exclamó Chemungo—; se la llevaremos a mi padre.

—Espera —aconsejó un compañero—; habrá hombres blancos con armas.

—Podemos esperar a ver —accedió Chemungo—, por si viene hacia aquí. Tal vez no haya hombres blancos.

—Las mujeres blancas no vienen aquí sin hombres blancos —insistió el otro guerrero.

—Puede que se haya alejado del campamento y se haya perdido —arguyó Chemungo—; estas mujeres blancas son muy indefensas y muy estúpidas. A ver: no lleva armas, o sea que no está de caza, por lo tanto debe de haberse perdido.

—Tal vez Chemungo tenga razón —admitió el otro.

Esperaron a que Helen se hallara en medio de la llanura; entonces, Chemungo, poniéndose en pie de un salto, indicó a los otros que le siguieran, y los tres corrieron hacia la muchacha blanca, gritando y agitando sus lanzas.

La aparición de esta nueva amenaza fue tan repentina e inesperada que, por un momento, Helen se quedó paralizada por el terror, casi lamentando haber dejado a Thome o al león; entonces se volvió y huyó de nuevo hacia la selva.

Ágil, atlética, la muchacha parecía hallarse a buena distancia de sus perseguidores. Creía que si llegaba a la jungla antes de que ellos la

alcanzaran podría esquivarles por completo. Detrás de ella, los gritos de Chemungo y sus compañeros ahora eran gritos enojados, gritos amenazadores, mientras redoblaban sus esfuerzos por alcanzar su presa. El terror dio alas a los pies de la muchacha, y los guerreros, cargados con sus lanzas y escudos, se iban quedando atrás. Helen, mirando por encima del hombro, tuvo la sensación de que era casi seguro que escaparía de ellos cuando su retirada de pronto se vio interrumpida por la aparición de un gran león que salía de la selva directamente delante de ella. Era el devorador de hombres.

Los guerreros que la perseguían redoblaron sus gritos, y el león, confundido, se paró momentáneamente. Ahora la muchacha en verdad se enfrentaba a un dilema importante, y cualquiera de las dos posibilidades resultaría fatal. En un intento por escapar de ambas, se volvió hacia la derecha, un gesto valiente pero inútil de autoconservación. La presa que se movía atrajo al león, que inició su persecución, mientras los guerreros, que en apariencia no tenían miedo, echaron a correr para interceptarlo. Lo habrían logrado de no ser porque Helen tropezó y se cayó.

Entonces el león inició su ataque y saltó sobre la figura que yacía en el suelo, pero los gritos de los guerreros y su proximidad atrajeron su atención antes de que la atacara; y cuando los cuatro lo rodearon, Chemungo arrojó su lanza. Parecía un acto de temeridad más que de valor, pero éstos eran guerreros de un famoso clan cazador de leones, muy versados en la técnica de su peligrosa actividad.

La lanza de Chemungo se clavó profundamente en el cuerpo del león, y, simultáneamente, otras dos de sus compañeros; el cuarto guerrero sostenía su arma ensimismado. Rugiendo de un modo horrible, el león abandonó a la muchacha y se precipitó hacia Chemungo, quien se arrojó al suelo de espaldas, cubierto todo su cuerpo por su gran escudo, en tanto los otros guerreros danzaban a su alrededor, gritando a pleno pulmón, irritando y confundiendo al león; y el cuarto guerrero esperaba la oportunidad de efectuar el lanzamiento letal. Por fin se presentó y el león cayó con el corazón salvaje atravesado por la lanza.

Luego Chemungo se puso en pie de un salto y ayudó a la muchacha a levantarse. Ella estaba demasiado aturdida por la horrible prueba por la que acababa de pasar para sentir miedo o alivio. ¡Estaba viva! Más tarde se preguntaría si no habría sido mejor haber muerto.

Después la arrastraron con brusquedad por la llanura y las colinas hasta

otro valle y una aldea de chozas con techo de paja cercada por una empalizada; y mientras la arrastraban por las calles de la aldea, la rodeaban mujeres enojadas, que golpeaban a la muchacha y le escupían. Ella no demostraba miedo, sino que medio sonrió al compararlas con una habitación llena de mujeres mayores de alguna ciudad civilizada, que habrían podido hacer lo mismo de no ser por sus inhibiciones.

Chemungo la llevó ante su padre, Mpingu, el jefe.

—Estaba sola —explicó Chemungo—. Ningún hombre blanco podrá saber jamás lo que le hagamos. Las mujeres quieren verla muerta enseguida.

—Soy el jefe —espetó Mpingu—. La mataremos esta noche —se apresuró a añadir cuando vio que una de sus esposas le miraba—. Esta noche bailaremos… y haremos un festín.

El safari de los Gregory salió de un bosque y llegó al linde de una llanura que se extendía ante ellos punteada de árboles, al pie de una colina en forma de cono.

—Ahora sé dónde estamos —afirmó Tarzán señalando la colina—. Tendremos que viajar hacia el norte y el oeste para llegar a Bonga.

—Si tuviéramos comida y porteadores no tendríamos que regresar —comentó Wolff.

—Hemos de regresar a Bonga para seguir el rastro de Thome y encontrar a Helen —recordó Gregory—. Si tuviéramos el mapa nos iría mejor.

—No necesitamos ningún mapa —manifestó Wolff—. Conozco el camino para ir a Ashair.

—Qué extraño —comentó Tarzán—. En Loango dijiste que no lo conocías.

—Bueno, ahora lo sé —gruñó Wolff—, y si Gregory quiere pagarme mil libras y darme una parte del diamante, el cincuenta por ciento, le llevaré a Ashair.

—Creo que eres un rufián —replicó el hombre mono—, pero si Gregory quiere pagarte, yo le llevaré sin porteadores.

Cogiendo a Tarzán completamente desprevenido, Wolff derribó al hombre mono.

—Ningún hombre mono me llama rufián —exclamó sacando la pistola de su pistolera; pero antes de poder disparar, Magra le cogió el brazo.

—Yo de usted, *monsieur* Wolff —advirtió d'Arnot— echaría a correr. Correría muy deprisa, antes de que Tarzán se pusiera en pie.

Pero Tarzán ya estaba en pie, y antes de que Wolff pudiera escapar, le cogió por la garganta y el cinturón y lo levantó por encima de la cabeza, como para arrojarle al suelo.

—¡No le mate, Tarzán! —gritó Gregory, dando un paso al frente—. Es el único que puede llevarnos a Ashair. Le pagaré lo que pide. Puede quedarse con el diamante, si es que existe alguno. Lo único que quiero es encontrar a mi hija ya mi hijo. Thome va camino de Ashair. Si Helen está con él, Wolff es nuestra única esperanza de rescatarla.

—Como quiera —aceptó el hombre mono, soltando a Wolff, que cayó al suelo.

El safari cruzó la llanura y, tras bordear el pie de la colina en forma de cono, penetró en la jungla, donde prepararon un campamento junto a un arroyo. Era un campamento de lo más primitivo, ya que no tenía equipamiento alguno; sólo toscos refugios, un cercado improvisado y una fogata. Magra, que era la única mujer, fue la que se llevó la mejor parte. Su refugio era el más grande y el mejor construido, y los de los hombres lo rodeaban para protegerla. Mientras estaba de pie delante del refugio, Wolff pasó por su lado y ella le detuvo. Era la primera oportunidad que tenían de hablar a solas desde su altercado con Tarzán.

—Wolff, eres un sinvergüenza —le reconvino—. Le prometiste a Atan Thome que llevarías a Gregory por un camino equivocado. Ahora te has vendido a él y le has prometido llevarle a Ashair. Cuando le cuente a Atan Thome que… —Se encogió de hombros—. Pero no conoces a Atan Thome tan bien como yo.

—Tal vez no le dirás nada a Atan Thome —replicó Wolff con segundas.

—No me amenaces —le advirtió la muchacha—. No me das miedo. Hay dos hombres que te matarían si dijera una palabra. Tarzán te retorcería el cuello directamente. Thome haría que alguien te clavara un cuchillo por la espalda.

—Podría hacerte lo mismo a ti, si yo le dijera que estás enamorada del hombre mono —replicó Wolff, y Magra enrojeció.

—No seas necio —se defendió ella—. Tengo que estar en buenas relaciones con esta gente; y si tú tuvieras un mínimo de sentido común harías lo mismo.

—No quiero tener nada que ver con el hombre mono —gruñó Wolff—. Él y yo no somos de la misma clase.

—Eso es evidente —dijo Magra.

—Pero entre tú y yo es diferente —prosiguió Wolff, pasando por alto la insinuación—. Deberíamos ser más amigos. ¿No sabes que podríamos pasárnoslo muy bien si tú te soltaras un poco? No soy tan mal tipo cuando se me conoce.

—Me alegro de saberlo. Temía que lo fueras.

Wolff frunció el entrecejo. Estaba tratando de digerir esto cuando Tarzán le llamó la atención.

—Ahí va el hombre mono —se burló—. Mírale saltando de árbol en árbol. Dime si no es medio mono.

Magra, cansada de Wolff, se dirigió hacia d'Arnot precisamente cuando Gregory apareció.

—¿Adónde va Tarzán? —preguntó.

—A explorar para ver si encuentra una aldea de nativos —respondió el francés—, por si podemos conseguir suministros y algunos «muchachos»: askaris y porteadores y, tal vez, un cocinero. Eso permitiría a Tarzán adelantarse para ir en busca de su hija.

Mientras el Señor de la Jungla iba de árbol en árbol en busca de algo que le indicara la presencia de habitantes nativos, su activa mente repasó los acontecimientos de las últimas semanas. Sabía que aquellos tres sinvergüenzas estaban compinchados contra él: Thome, Taask y Wolff. Podía hacerles frente, pero ¿podría hacer frente a Magra? No comprendía a la muchacha. Dos veces le había salvado de las balas asesinas, y sin embargo sabía que estaba con Thome, quizás incluso era cómplice. La primera vez podía haber sido porque le había confundido con Brian Gregory, pero ahora sabía que no era así. No lo entendía. Encogiéndose de hombros, dejó correr el asunto, satisfecho de saber que estaba sobre aviso y, en consecuencia, en guardia.

El día llegaba a su fin cuando Tarzán abandonó la búsqueda de una aldea de nativos y decidió regresar al campamento. De pronto se quedó de pie sobre una rama de un gran árbol, con la cabeza alta, como una estatua, alerta, aguzando el oído. Una leve brisa había transportado hasta su olfato el olor de Wappi, el antílope, lo que sugería que llevaría carne al campamento; pero cuando se preparaba para acechar a su presa, llegó débilmente a sus oídos el distante resonar de tambores nativos.

VIII

AL CAER la noche, Helen, que yacía atada en una asquerosa choza, oyó el resonar de tambores en la calle de la aldea. Sonaban amenazadores y misteriosos. Sintió que retumbaban por ella; un cántico salvaje, insistente, que anunciaba muerte. Se preguntó qué forma adoptaría cuando le llegara. Tuvo la sensación de que casi la recibiría con agrado como huida del terror que la embargaba. Después se presentaron unos guerreros y la pusieron en pie con brusquedad tras quitarle las ataduras de los tobillos; luego la sacaron a rastras a la calle de la aldea y ante la choza de Mpingu, el jefe, la ataron a una estaca, mientras a su alrededor se arremolinaban mujeres que chillaban y guerreros que lanzaban gritos. Al resplandor de las hogueras para cocinar, la escena en conjunto le pareció a la muchacha condenada la horrible fantasmagoría de alguna espantosa pesadilla de la que debía despertar. Todo era demasiado fantástico para ser real, pero cuando una punta de lanza le pinchó la carne y brotó sangre caliente, supo que no se trataba de un sueño.

En un ordenado campamento se encontraba un safari bien equipado. Había porteadores y askaris acuclillados en torno a pequeñas fogatas para cocinar, y delante de la fogata central para las fieras, dos hombres que no eran nativos hablaban con Mbuli, el jefe, mientras de lejos, débilmente, llegaba el sonido monótono de tambores nativos.

—Es cierto —aseguró Atan Thome—. Mbuli me ha dicho que ésta es una zona de caníbales y que será mejor que salgamos de aquí pronto. Mañana haremos una larga caminata hacia Ashair. La muchacha se ha perdido. Puede que los tambores suenen por ella.

—Su sangre está sobre tu cabeza, mi amo —sentenció Lal Taask.

—Cierra el pico —espetó Thome—. Es una necia. Podía haber vivido feliz y disfrutado de los frutos del Padre de los Diamantes.

Lal Taask meneó la cabeza.

—La manera de actuar de las mujeres es incomprensible, hasta para ti,

mi amo. Era muy joven y muy hermosa, le gustaba la vida, y tú se la quitaste. Te lo advertí, pero no me hiciste caso. Su sangre está sobre tu cabeza.

Atan Thome se alejó, irritado, pero los tambores le siguieron hasta su tienda y no le dejarían en paz.

—¡Los tambores! —exclamó d'Arnot—. No me gustan; demasiado a menudo anuncian la muerte de algún pobre diablo. La primera vez que los oí estaba atado a una estaca y un montón de demonios pintados danzaban a mi alrededor pinchándome con lanzas. No te matan enseguida, sólo te torturan y te dejan vivir todo lo posible para que sufras más, porque tu sufrimiento les produce placer.

—¿Cómo escapó? —preguntó Lavac.

—Llegó Tarzán —respondió d'Arnot.

—No ha regresado —observó Magra—. Tengo miedo por él. Quizá los tambores suenan por él.

—¿Crees que podrían cogerle? —le interpeló Gregory.

—No habrá tanta suerte —gruñó Wolff—. Ese maldito mono tiene tantas vidas como un gato.

D'Arnot se alejó enojado, y Gregory, Lavac y Magra le siguieron y dejaron solo a Wolff, que se quedó escuchando el retumbar de los distantes tambores.

Los tambores habían transmitido su mensaje a Tarzán. Le hablaban de inminente tortura, sacrificio y muerte. La vida de los extraños no significaba nada para el hombre mono, que toda su vida había vivido con la muerte. Era algo que sucedía a todas las criaturas. No la temía, no temía a nada. Evitarla era un juego que añadía entusiasmo a la vida. Poner a prueba su valor, su fuerza, su agilidad, su astucia contra la Muerte y ganar, ésa era la satisfacción. Algún día la Muerte vencería, pero Tarzán no pensaba en ese día. Podía pelear o podía huir, yen cualquiera de los dos casos conservar el respeto por sí mismo, pues sólo un necio se deja matar inútilmente; y Tarzán no sentía ningún respeto por los necios, pero si la apuesta valía la pena, podía aceptar con facilidad el más grave de los riesgos.

Cuando oyó los tambores en la noche que empezaba, pensó menos en su siniestro augurio que en el hecho de que le guiarían hacia una aldea de

nativos donde, tal vez, podría obtener porteadores más tarde. Sin embargo, primero tenía que explorar e investigar para conocer la manera de ser de los nativos. Si eran fieros y guerreros, debía evitar su región y conducir a su pequeño grupo por un camino que les esquivara; y el mensaje de los tambores sugería que éste sería el caso.

Igual que la radio guía al piloto de un avión, los tambores de los buiroos guiaron a Tarzán mientras saltaba de árbol en árbol hacia su aldea. Se movía con agilidad, previendo una diversión de la que había disfrutado muchas veces en el curso de su salvaje existencia: la de frustrar a los gomangani en el ejercicio de extraños ritos de tortura y muerte. Los tambores le indicaban que una víctima iba a morir, pero esa muerte aún no se había producido. Quién era la víctima carecía de importancia para el hombre mono. Lo único que importaba era la diversión de estafar a los torturadores la culminación de sus objetivos. Quizá llegaría a tiempo, quizá no. Asimismo, si llegaba a tiempo, podía fracasar en su empeño. Estos factores eran los que prestaban interés al juego salvaje que a Tarzán tanto le gustaba jugar.

Cuando Tarzán se aproximaba a la aldea de Mpingu, el jefe Atan Thome y Lal Taask estaban sentados fumando junto al fuego que ardía vivamente en su campamento para ahuyentar a los felinos.

—¡Malditos tambores! —imprecó Lal Taask—. Me ponen la piel de gallina y los nervios de punta.

—Mañana por la noche no los oiremos —le consoló Atan Thome— porque entonces estaremos muy lejos camino de Ashair; Ashair y el Padre de los Diamantes.

—A Wolff le costará alcanzarnos —añadió Lal Taask— y si volvemos de Ashair por otra ruta, jamás nos alcanzará.

—Te olvidas de Magra —advirtió Thome.

—No —replicó Taask—; no me olvido de Magra. Ella se irá a París cuando la paloma mensajera encuentre su palomar. La veremos allí.

—Subestimas la codicia de Wolff —indicó Thome—. Vendrá a por su mitad del diamante. No temas.

—¡Y encontrará esto! —Lal Taask se tocó el cuchillo.

—Eres adivino —asintió Thome riendo.

—¡Esos tambores! —se quejó Lal Taask.

—¡Esos tambores! —exclamó Magra—. ¿Habíais oído alguna vez algo tan horriblemente insistente?

—La pesadilla de un aficionado a la radio —bromeó Gregory—; un programa de radio aburrido que no se puede cambiar.

—Estoy muy preocupada por Tarzán —reconoció Magra—, ahí fuera, solo, en esa espantosa jungla.

—Yo no me preocuparía demasiado por él —la tranquilizó d'Arnot—; se ha pasado la vida en junglas espantosas, y sabe cuidar de sí mismo.

Wolff gruñó:

—De todos modos no le necesitamos. Yo puedo llevarles a Ashair. Haríamos bien en deshacernos del hombre mono.

—Ya he oído bastante, Wolff —dijo d'Arnot—. Tarzán es nuestra única esperanza o de llegar a Ashair o de salir vivos de esta región. Tú limítate a tu tarea de caza. Ni siquiera eso lo has hecho bien. Tarzán ha traído toda la carne que hemos comido hasta ahora.

—¡Escuchen! —exclamó Lavac—. ¡Los tambores! Han parado.

El grupo que no cesaba de aullar rodeaba a la indefensa muchacha. De vez en cuando una punta de lanza la tocaba levemente, y de forma involuntaria su carne se retraía. Más tarde la tortura podría ser más fuerte, o algún salvaje enloquecido, empujado al frenesí por la excitación de la danza, podía clavarle la lanza en el corazón y con clemencia no intencionada eximirla de más sufrimiento.

Cuando Tarzán llegó al linde del claro donde se encontraba la aldea de Mpingu, el jefe, saltó al suelo y corrió veloz hacia la empalizada. Este lado de la aldea se encontraba en la oscuridad, y sabía que todos los hombres de la tribu estarían reunidos en torno a la gran hoguera que iluminaba el follaje de los árboles que crecían en el interior de la aldea. No le verían, y el más leve ruido que pudiera hacer quedaría ahogado por el retumbar de los tambores.

Con la agilidad de Sheeta, la pantera, trepó por la empalizada y se dejó caer en la sombra de las chozas; luego se arrastró en silencio hacia un gran árbol cuyas ramas cubrían la choza del jefe y permitían ver la calle principal de la aldea, donde la hoguera ardía y los que bailaban daban saltos y aullidos. Avanzó entre las ramas, fue hasta el otro lado del árbol y contempló la escena de salvajismo que se desarrollaba abajo. Casi con una sensación de consternación reconoció a la víctima que estaba en la estaca.

Vio la horda de guerreros armados incitados al frenesí por los tambores, la danza, la avidez de carne humana. Puso una flecha en su arco.

Cuando uno de los salvajes que danzaba, transportado por la excitación del momento, se detuvo delante de la muchacha y levantó su lanza corta por encima de su cabeza para atravesarle el corazón, se hizo un repentino silencio en la multitud expectante y Helen cerró los ojos. ¡Había llegado el fin! Respiró y rezó en silencio. La siniestra quietud era quebrada sólo por la mayor intensidad del retumbar de los tambores; entonces se oyó un grito de agonía mortal.

La tranquilidad de los salvajes desapareció cuando una flecha, lanzada de forma misteriosa, atravesó el corazón del verdugo. En ese momento los tambores pararon.

Al oír el grito del guerrero, Helen abrió los ojos. A sus pies yacía un hombre muerto, y el rostro de los salvajes buiroos reflejaba consternación. Vio a uno, más valiente que el resto, que se acercaba con sigilo hacia ella con un cuchillo largo en la mano; entonces se oyó, procedente de alguna parte en lo alto, un extraño y horripilante grito cuando Tarzán de los Monos se irguió en toda su altura y, alzando su rostro a Goro, la Luna, lanzó el espantoso grito de victoria del simio macho que ha matado una presa. Fue más fuerte que los tambores que antes habían resonado y llegó hasta muy lejos en la noche.

—Sí —confirmó d'Arnot—, los tambores han parado; probablemente ya han matado a la Víctima. Alguna pobre criatura ha hallado alivio a la tortura.

—¡Ah! ¿Y si fuera Tarzán? —Suspiró Magra, y al decirlo se oyó un horripilante grito que venía de muy lejos en la noche africana.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó Lavac.

—Es Tarzán quien ha matado —señaló d'Arnot.

—¡Por las barbas del profeta! —exclamó Lal Taask—. ¡Qué grito tan espantoso!

—Esto es África, Lal Taask —le recordó Atan Thome—, y eso ha sido el grito de victoria de un simio macho. Lo he oído en otras ocasiones en el Congo.

—Ha sonado muy lejos —dijo Lal Taask.

—Aun así, ha sido demasiado cerca para estar tranquilos —replicó

Atan Thome—. Levantaremos el campamento por la mañana temprano.

—Pero ¿por qué hemos de temer a los simios? —preguntó Lal Taask.

—No es a los simios a quien temo —explicó Atan Thome—. He dicho que ese ruido era el grito de victoria de un simio macho, pero no estoy tan seguro. He estado hablando con Mbuli. Quizás el hombre que creíamos que era Brian Gregory no era Brian Gregory. He preguntado a Mbuli si alguna vez ha oído hablar de un hombre blanco llamado Tarzán. Me ha dicho que sí, que algunos creían que era un demonio, y que todos los que cometían algún daño le temían. Cuando mata, dice Mbuli, lanza el grito del simio macho cuando ha matado una presa. Si lo que hemos oído no era un simio macho, era Tarzán, y eso significa que nos está buscando y está demasiado cerca para estar tranquilos.

Cuando el grito que helaba la sangre quebró el silencio de la noche, el guerrero que se había estado acercando a Helen se irguió y dio un paso atrás, asustado. Los otros, presa del terror, estaban intimidados por la amenaza que transmitía aquel terrible sonido; entonces Tarzán habló.

—El demonio de la jungla viene a buscar a la *memsahib* blanca —anunció—. ¡Cuidado! —y mientras hablaba saltó al suelo cerca de la estaca, confiando que el atrevimiento de su acción sobrecogería a los salvajes los pocos instantes que tardaría en liberar a Helen y escapar; pero había calculado esto sin conocer el valor de Chemungo, hijo de Mpingu, que tenía el cuchillo preparado.

—Chemungo, hijo de Mpingu, no tiene miedo del demonio de la jungla —gritó, dando un salto hacia delante con el cuchillo alzado, y cuando las últimas ataduras de Helen cayeron al suelo, Tarzán metió su cuchillo en la funda y se volvió para hacer frente al hijo del jefe, con el grito de desafío «¡Kreegah!» en sus labios. Con las manos desnudas se enfrentó al furioso guerrero.

Cuando Chemungo se acercó con el cuchillo alzado en la mano dispuesto a clavárselo, Tarzán le cogió por la muñeca derecha y por el vientre y lo levantó por encima de su cabeza como si pesara como un niño. El cuchillo cayó de la mano de Chemungo cuando las garras de acero del hombre mono se cerraron con fuerza en su muñeca.

Helen Gregory, casi incapaz de creer en sus propios sentidos, miró con asombro a aquel asombroso hombre que se atrevía a hacer frente él solo a toda una aldea caníbal; y no veía más esperanza que la de que ahora

sacrificarían dos vidas en lugar de una. Era un gesto valiente y glorioso el que Tarzán había hecho, pero patéticamente inútil.

—¡Abrid las puertas! —ordenó a la atónita multitud—, o Chemungo, el hijo de Mpingu, morirá.

Los aldeanos vacilaron. Algunos guerreros gruñeron por lo bajo. ¿Debían obedecer o debían atacar?

IX

¡VAMOS! —dijo Tarzán a Helen, y sin esperar respuesta de los salvajes se encaminó hacia la puerta de la aldea, llevando a Chemungo aún sobre su cabeza mientras Helen caminaba a su lado.

Algunos guerreros hicieron ademán de rodearles. Fue un momento tenso, cargado de peligro. Entonces habló Mpingu.

—¡Esperad! —ordenó a sus guerreros, y luego se dirigió a Tarzán—. Si abro las puertas, ¿dejarás libre a Chemungo sin hacerle daño?

—Cuando me haya alejado la distancia que recorre una lanza tras ser lanzada, le dejaré libre —respondió el hombre mono.

—¿Cómo sé que lo harás? —preguntó Mpingu—. ¿Cómo sé que no te lo llevarás a la jungla y le matarás?

—Tú sólo sabes lo que yo te digo, gomangani —respondió Tarzán—. Te digo que si abres las puertas y nos dejas salir sanos y salvos le dejaré libre. Si no abres las puertas, le mataré ahora.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Mpingu.

Y así Tarzán y Helen salieron sanos y salvos de la aldea de los caníbales y penetraron en la negra noche de África; y al dejar atrás las puertas Tarzán liberó a Chemungo.

—¿Cómo es que caíste en manos de esa gente? —preguntó Tarzán a Helen mientras se encaminaban hacia la acampada de los Gregory.

—Anoche escapé del campamento de Atan Thome para regresar a Bonga; pero me perdí y entonces me atraparon. También tropecé con un león. Me derribó, pero ellos lo mataron. Lo pasé fatal. No podía dar crédito a mis ojos cuando te he visto. ¿Cómo es que estás aquí?

Él le contó los acontecimientos que le habían conducido a descubrir que se encontraba en la aldea de caníbales.

—Qué bien, volver a ver a papá —se alegró ella—. Apenas puedo creerlo. ¿Y el capitán d'Arnot también ha venido? ¡Qué maravilla!

—Sí —respondió Tarzán—, está con los demás, y Lavac, el piloto que

nos sacó de Loango en aeroplano, y Wolff, y Magra.

Ella meneó la cabeza.

—No sé qué pensar de Magra —observó—. No la entiendo. En Loango parecía lamentar mucho que me hubieran secuestrado, pero no hizo nada por mí. Creo que tenía miedo de Atan Thome. Sin embargo, está liada con él de alguna manera. Es una mujer muy misteriosa.

—Ahora estará en guardia —concluyó Tarzán—; ella y Wolff.

El sol hacía una hora que había salido cuando Magra abandonó su refugio y se reunió con los otros alrededor de la fogata donde Ogabi estaba asando lo que quedaba del antílope. La muchacha tenía aspecto de haber descansado poco. Les saludó con un «buenos días», pero el rostro de sus compañeros sugería todo menos un buen día. Echó un rápido vistazo alrededor, como si buscara a alguien.

—¿Tarzán no ha vuelto? —preguntó.

—No —respondió Gregory.

—Este suspense es insoportable —gruñó ella—. Apenas he pegado ojo en toda la noche, preocupada por él.

—Y piense en *monsieur* Gregory y yo, *mademoiselle* —le recordó d'Arnot—. No sólo estamos preocupados por Tarzán, sino también por Helen…, por *miss* Gregory …

Gregory lanzó una rápida mirada al francés.

Unos minutos después los otros se alejaron, dejando solos a Magra y a d'Arnot.

—Aprecia mucho a *miss* Gregory, ¿verdad? —preguntó Magra.

—*Oui* —admitió d'Arnot—. ¿Y quién no?

—Es muy agradable —coincidió Magra—. Ojalá hubiera podido ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿A qué se refiere?

—No puedo explicarlo; pero créame, a pesar de las apariencias o de lo que todos puedan pensar de mí, no he podido hacer nada. Estoy atada por el juramento de otro, un juramento que debo respetar. No soy libre. No puedo hacer siempre lo que deseo.

—Intentaré creerla —dijo d'Arnot—, aunque no lo entiendo.

—¡Mire! —gritó de pronto Magra—. ¡Ahí están los dos! ¿Cómo es posible?

D'Arnot levantó la mirada y vio a Tarzán y a Helen que se

aproximaban al campamento, y, con Gregory, corrió hacia ellos. Los ojos de Gregory se llenaron de lágrimas cuando estrechó a Helen entre sus brazos, y d'Arnot se quedó sin palabras. Lavac se reunió con ellos y le presentaron a Helen, tras lo cual sus ojos no dejaron de contemplarla cuando podía mirarla sin que nadie le viera. Sólo Wolff se mantuvo atrás. Hosco y con el entrecejo fruncido, permaneció sentado tal como estaba.

Después de los saludos, Tarzán y Helen acabaron con lo que quedaba del antílope, y mientras comían Helen contó sus aventuras.

—Thome pagará por esto —amenazó Gregory.

—Debería morir por ello —exclamó d'Arnot.

—Me gustaría ser yo quien le matara —masculló Lavac.

Día tras día, el pequeño grupo avanzaba con lentitud por la jungla, cruzaba llanuras, franqueaba colinas; pero en ningún momento encontraron ni rastro de Atan Thome. Lavac y d'Arnot estaban constantemente, uno u otro, junto a Helen Gregory, en una creciente rivalidad de la que sólo Helen parecía no ser consciente, aunque claro, no siempre se puede saber hasta qué punto una mujer no se da cuenta de las cosas. Ella reía y bromeaba o hablaba en serio con los dos de forma imparcial. D'Arnot siempre se mostraba afable y animoso, pero Lavac a menudo estaba malhumorado. Tarzán cazaba para el grupo, ya que Wolff nunca capturaba nada. Este último de vez en cuando se iba solo y examinaba el mapa que conducía a Ashair. Él era el guía.

Una mañana temprano Tarzán le comentó a Gregory que tal vez dejara el safari todo aquel día y posiblemente el siguiente.

—Pero ¿por qué? —le preguntó el otro hombre.

—Se lo diré cuando regrese —respondió el hombre mono.

—¿Le esperamos aquí?

—Como quieran. Les encontraré estén donde estén.

Entonces se fue con el trotecillo con el que recorría largas distancias a pie.

—¿Adónde ha ido Tarzán? —se extrañó d'Arnot cuando se reunió con Gregory.

El anciano se encogió de hombros.

—No lo sé. No me lo ha querido decir. Ha dicho que tal vez esté fuera un par de días. No se me ocurre adónde puede haber ido.

Wolff se reunió con ellos entonces.

—¿Adónde ha ido ahora el hombre mono? —protestó—. Tenemos

carne suficiente para dos días; nos la podemos llevar.

Gregory le informó de cuanto sabía y Wolff hizo una mueca.

—Les está engañando —aseguró—. Cualquiera se daría cuenta. No hay más que una razón para que se marche. Jamás volverán a verle.

D'Arnot, al que solía costarle enojarse, propinó un puñetazo a Wolff en la mejilla.

—Ya he oído de usted todo lo que quería —advirtió.

Wolff hizo ademán de coger su pistola, pero d'Arnot le tenía amenazado antes de que pudiera sacarla. Gregory se interpuso entre ellos.

—No podemos permitirnos esto —les amonestó—. Ya tenemos suficientes problemas sin que nos peleemos entre nosotros.

—Lo siento, *monsieur* Gregory —se disculpó d'Arnot, guardando su arma.

Wolff se volvió y se alejó, mascullando para sí.

—¿Qué es mejor que hagamos, capitán? —preguntó Gregory—. ¿Esperar aquí a Tarzán o irnos?

—Podríamos seguir —opinó d'Arnot—. Si nos quedamos aquí, perderíamos uno o dos días.

—Pero si nos vamos, tal vez Tarzán no pueda encontrarnos —objetó Gregory.

D'Arnot se echó a reír.

—Aún no conoce a Tarzán —bromeó—. Antes se perdería usted en la calle principal de su ciudad natal que nos perdería Tarzán a nosotros en dos días en cualquier lugar de África.

—Muy bien —asintió Gregory—, entonces, vayámonos.

Cuando se fueron detrás de Wolff, Lavac caminaba al lado de Helen.

—Qué experiencia tan terrible sería todo esto —dijo—, de no ser por… —vaciló.

—¿De no ser por qué? —preguntó ella.

—Por usted —contestó él.

—¿Yo? No entiendo a qué se refiere.

—Eso es porque nunca ha estado enamorada —respondió él con voz ronca.

Helen se echó a reír.

—Oh, ¿intenta decirme que está enamorado de mí? Debe de ser la altitud.

—¿Se burla de mi amor? —le reprochó él.

—No —respondió ella—, de usted. Magra y yo somos las únicas mujeres que ha visto en semanas. Estaba escrito que tenía que enamorarse de una de nosotras, siendo francés como es; y Magra es tan evidente que está enamorada de Tarzán que habría sido perder el tiempo enamorarse de ella. Por favor, olvídelo.

—Jamás lo olvidaré —protestó Lavac—, y no abandonaré. Estoy loco por usted, Helen. Le ruego que me dé alguna esperanza. Le aseguro que estoy desesperado. No seré responsable de mis actos si no me dice que tengo alguna esperanza.

—Lo siento —afirmó ella muy seria—, pero yo no le amo. Si va a actuar así, lo hará todo aún más desagradable de lo que ya es.

—Es usted cruel —se quejó Lavac, y durante el resto del día caminó a solas con aire malhumorado, alimentando sus celos hacia d'Arnot.

Sin embargo, existía otra persona imbuida de pensamientos amorosos que clamaban por ser expresados. Era Wolff, y sólo por ser caritativos vamos a llamar amor al sentimiento que experimentaba. Había estado dirigiendo el safari, pero el camino de caza que seguían era demasiado sencillo para extraviarse, así que retrocedió para acercarse a Magra.

—Oye, guapa —comenzó—, lamento lo que dije el otro día. No quería herirte. Sé que no siempre nos hemos llevado bien, pero me gustas. Haría cualquier cosa por ti. ¿Por qué no podemos ser amigos? Podríamos llegar muy lejos si trabajáramos juntos.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a lo que hace feliz a una mujer…, dos partes de ese gran diamante y dos mil libras en dinero efectivo. ¡Piensa lo que tú y yo podríamos hacer en tierra de Dios con todo eso!

—¿Contigo? —se sorprendió ella con una mueca.

—Sí, conmigo. ¿Acaso no soy lo bastante bueno para ti? —preguntó él.

Magra le miró y se echó a reír.

Wolff se sonrojó.

—Mira —dijo enojado—, si crees que puedes tratarme como si fuera una porquería y quedarte tan tranquila, te equivocas. Acabo de pedirte que te cases conmigo, pero si no soy lo suficientemente bueno para ti, entonces te diré una cosa: siempre consigo lo que quiero. Te conseguiré; y no tendré que casarme contigo para ello. Estás loca por ese hombre mono, pero él ni siquiera te mira, y de todos modos no tiene un céntimo.

—Un guía ha de ir a la cabeza del safari —replicó Magra—; adiós.

Más tarde, aquel día Tarzán se dejó caer de las ramas de un árbol en medio del safari que caminaba, si es que a los seis blancos y a Ogabi se les podía llamar un safari. Los siete se pararon y le rodearon.

—Me alegro de que esté aquí de nuevo —saludó Gregory—. Siempre estoy preocupado cuando no está con nosotros.

—Fui a buscar el rastro de Thome —explicó Tarzán—, y lo encontré.

—¡Bien! —exclamó Gregory.

—Nos lleva mucha delantera —prosiguió el hombre mono—, gracias a ti, Wolff.

—Cualquiera puede cometer un error —gruñó Wolff.

—No cometiste ningún error —espetó Tarzán—. Has estado intentando, deliberadamente, alejarnos del camino. Estaríamos mejor sin este hombre, Gregory. Debería despedirle.

—No pueden dejarme solo en esta región —se quejó Wolff.

—Le sorprendería de lo que es capaz Tarzán —observó d'Arnot.

—Creo que sería un poquito demasiado drástico —señaló Gregory.

Tarzán se encogió de hombros.

—Muy bien —concluyó—, como quieran, pero a partir de ahora prescindiremos de sus servicios como guía.

X

ATAN THOME y Lal Taask iban a la cabeza de su safari, que acababa de salir de un espeso bosque. A su derecha discurría un río tranquilo y ante ellos se extendía campo abierto. A lo lejos, visible por encima de unas colinas bajas, se elevaba la cima de lo que parecía ser un gran volcán extinguido.

—¡Mira, Lal Taask! —exclamó Thome—. Es Tuen-Baka. En el interior de su cráter se encuentra Ashair, la Ciudad Prohibida.

—Y el Padre de los Diamantes. Ojalá Magra estuviera aquí para verlo. Me pregunto dónde están. Wolff ya debe de estar de camino hacia aquí. Quizá les encontraremos cuando salgamos, no pueden habernos adelantado… hemos ido demasiado deprisa.

—Si no les encontramos, seremos menos a repartir —sugirió Lal Taask.

—Se lo prometí a su madre —reconvino Thome.

—De eso hace mucho tiempo, su madre está muerta y Magra jamás ha sabido nada de esa promesa.

—El recuerdo de su madre jamás morirá —insistió Thome—. Has sido un fiel servidor, Lal Taask. Quizá debería contarte la historia; entonces lo entenderás.

—Tu servidor te escucha.

—La madre de Magra fue la única mujer a la que he amado. Las leyes inexorables de las castas hacían que me fuera imposible conseguirla. Yo soy mestizo; ella, hija de un maharajá. Yo estaba al servicio de su padre, y cuando la princesa se casó con un inglés, me enviaron a Inglaterra con ella en su séquito. Mientras su esposo estaba de caza en África, tropezó con Ashair. Durante tres años estuvo prisionero allí, y soportó crueldades y torturas. Al fin logró escapar, y regresó a casa sólo para morir como consecuencia de sus experiencias. Pero se trajo consigo la historia del Padre de los Diamantes, e hizo prometer a su esposa que organizaría una expedición para volver a Ashair y castigar a los que le habían tratado con

tanta crueldad. El Padre de los Diamantes tenía que ser el incentivo para conseguir voluntarios, pero el mapa que dibujó se perdió y nunca se hizo nada. Luego la princesa murió, y dejó a mi cargo a Magra, que entonces tenía diez años, porque el sucesor del viejo maharajá no quería saber nada de la hija del inglés. Siempre he tenido en la cabeza buscar Ashair, y durante dos años hice el primer intento. Entonces me enteré de que Brian Gregory buscaba lo mismo. Él llegó a Ashair y trazó un mapa, aunque en realidad nunca llegó a entrar en la ciudad. En su segunda aventura le seguí; pero me perdí en la selva. Encontré lo que quedaba de su safari cuando salían. Él había desaparecido. Se negaron a entregarme el mapa, así que juré obtenerlo, y aquí estoy con él.

—¿Cómo sabías que había hecho un mapa? —preguntó Lal Taask.

—Nuestros safaris se encontraron una noche, después de su primer viaje. Por casualidad le vi dibujar el mapa. Es el que tengo, o más bien, una copia que envió a su casa en una carta.

»Como el padre de Magra murió debido al Padre de los Diamantes, a ella le corresponde una parte; y existe otra razón. Todavía no soy un viejo. Veo en Magra la reencarnación de la mujer a la que amé. ¿Entiendes, Lal Taask?

—Sí, mi amo.

Atan Thome suspiró.

—Quizá mis sueños son una locura. Ya lo veremos, pero ahora debemos avanzar. Vamos, Mbuli, ¡pon en marcha a los chicos!

Los nativos habían estado hablando en susurros mientras Thome contaba su historia a Taask, y Mbuli se acercó ahora a Atan Thome.

—Mi gente no seguirá, *bwana* —balbució.

—¿Qué? —exclamó Thome—. Debes de estar loco. Os contraté para ir hasta Ashair.

—En Bonga, Ashair estaba muy lejos; y mis hombres eran muy valientes. Ahora Bonga está muy lejos y Ashair está cerca. Ahora recuerdan que Tuen-Baka es tabú, y tienen miedo.

—Tú eres el jefe —le reprendió Thome—. Hazles seguir.

—No puedo hacerlo —insistió Mbuli.

—Esta noche acamparemos aquí, junto al río —decidió Thome—. Hablaré con ellos. Puede que mañana se sientan más valientes. No pueden abandonarme ahora.

—Muy bien, *bwana*; mañana es posible que se sientan más valientes.

Estaría bien acampar aquí para descansar.

Atan Thome y Lal Taask durmieron bien aquella noche, arrullados por el suave murmullo del río; y Atan Thome soñó con el Padre de los Diamantes y con Magra. Lal Taask pensó que soñaba cuando el silencio de la noche fue quebrado por una voz sepulcral que hablaba en una lengua extraña, pero no era ningún sueño.

El sol estaba alto cuando Atan Thome despertó. Llamó a su criado, pero no obtuvo respuesta; después volvió a llamarle, con voz fuerte, autoritaria. Escuchó. En el campamento reinaba un extraño silencio. Se levantó y salió de la tienda. Salvo por su tienda y la de Lal Taask, el campamento estaba desierto. Se encaminó hacia la de Taask y le despertó.

—¿Qué ocurre, mi amo? —preguntó Lal Taask.

—Esos perros nos han abandonado —exclamó Thome.

Taask se puso en pie de un salto y salió de su tienda.

—¡Por Alá! Se han llevado todas nuestras provisiones y equipo. Nos han dejado para que muramos. Debemos darnos prisa para alcanzarles. No pueden estar muy lejos.

—No haremos nada de eso —opuso Thome—. ¡Nos vamos! —Había un extraño brillo en sus ojos que Lal Taask jamás había visto hasta entonces—. ¿Crees que he soportado todo lo que he tenido que soportar para regresar ahora sólo porque unos cuantos nativos cobardes tienen miedo?

—Pero, mi amo, no podemos ir solos los dos —suplicó Lal Taask.

—¡Silencio! —ordenó Thome—. Vamos a ir a Ashair, a la Ciudad Prohibida, hasta el Padre de los Diamantes. ¡El Padre de los Diamantes! —Estalló en fuertes carcajadas—. Magra llevará los mejores diamantes del mundo. Seremos ricos, más ricos de lo que el más avaro ha soñado jamás, ella y yo… ¡los más ricos del mundo! Yo, Atan Thome, el mestizo, avergonzaré a los maharajás de la India. Sembraré de oro las calles de París… —Se interrumpió de pronto y se apretó la palma de la mano contra la frente—. ¡Vamos! —dijo entonces en su tono normal—. Seguiremos el río hasta Ashair.

En silencio, Lal Taask siguió a su amo por un estrecho sendero que discurría paralelo al río. El terreno era accidentado y quebrado por barrancos y torrenteras, el caminillo apenas era visible en aquel terreno rocoso y árido. Casi a mediodía llegaron a la boca de una estrecha garganta con grandes riscos a ambos lados, riscos que se elevaban tanto que les

hacían parecer dos hombres de proporciones liliputienses. A través de la garganta fluía el río, plácidamente.

—¡Vaya lugar! —exclamó Lal Taask—. No podemos seguir.

—Es el camino que va a Ashair —dijo Thome, señalando—. ¿Lo ves serpenteando la cara del risco?

—¿Aquello es un sendero? —protestó Taask—. Sólo es un arañado que ni una cabra montés podría seguir.

—No obstante, es el camino que seguiremos —insistió Thome.

—¡Mi amo, es una locura! —gritó Lal Taask—. Regresemos. Ni todos los diamantes del mundo valen el riesgo que correremos. Antes de haber recorrido cien metros, habremos caído al río y nos habremos ahogado.

—¡Cierra el pico! —reprendió Thome—. Y sígueme.

Pegados con precariedad a un estrechísimo sendero tallado en la cara del elevado risco, los dos hombres avanzaron centímetro a centímetro por la rocosa pared. Abajo fluía el silencioso río que llegaba hasta algún lugar que se encontraba más adelante. Un solo paso mal dado les arrojaría a él. Lal Taask no se atrevía a mirar abajo. De cara a la pared, con los brazos extendidos en busca de puntos donde agarrarse que no existían, temblando tanto que temía que las rodillas le fallaran y le arrojaran a la muerte, seguía a su amo, exudando sudor por todos los poros.

—Jamás lo conseguiremos —dijo entre jadeos.

—¡Calla la boca y sigue adelante! —espetó Thome—. Si me caigo, puedes volver atrás.

—Oh, mi amo, no podría hacerlo. Nadie podría dar la vuelta en este espantoso sendero.

—Entonces sigue adelante y deja de dar la lata. Me pones nervioso.

—¡Y pensar que corremos tantos riesgos por un diamante! Si fuera grande como una casa y lo tuviera ahora, lo daría por estar de nuevo en Lahore.

—Eres un necio cobarde, Lal Taask —le insultó Thome.

—Lo soy, mi amo; pero es mejor ser un cobarde vivo que un valiente muerto.

Los dos hombres avanzaron despacio durante dos horas por el senderuelo hasta que se hallaron al borde del agotamiento, e incluso Thome empezaba a lamentar su temeridad; entonces, cuando dio la vuelta a un saliente del acantilado, vio un pequeño cañón boscoso que interrumpía la cara del imponente risco y discurría suavemente hacia el río. El sendero

conducía a este cañón. Cuando llegaron a él, se arrojaron al suelo exhaustos por completo, y yacieron allí casi hasta que se hizo de noche.

Por fin se despertaron y prendieron una fogata' pues con la llegada de la noche refrescó en el cañón. No habían comido en todo el día y tuvieron que contentarse con llenar su estómago con agua del río. Para entrar en calor, se acurrucaron cerca de su pequeña fogata.

—Mi amo, este lugar es malo —gimoteó Lal Taask—. Tengo la sensación de que nos están observando.

—Es el mal que llevas en ti lo que habla, necio —gruñó Thome.

—¡Por Alá, mi amo! —farfulló Taask—. ¿Qué es eso?

Señaló en la negrura entre los árboles, y una voz sepulcral habló en una extraña lengua y Lal Taask se desmayó.

XI

UNGO, el rey simio, estaba cazando con su tribu. Estaban nerviosos e irritables, pues era el período del *Dum-Dum*, y aún no habían encontrado ninguna víctima para la danza del sacrificio. De pronto, el peludo rey levantó la cabeza y oliscó el aire. Gruñó para expresar su desaprobación de la prueba que Usha, el viento, hacía llegar a su olfato. Los otros simios le miraron extrañados.

—Gomangani, tarmangani —avisó—. Vienen. —Luego llevó a los suyos a la maleza y se escondieron cerca del sendero.

El pequeño grupo de hombres y mujeres que formaban el safari de los Gregory seguía el rastro que había dejado el safari de Atan Thome, mientras Tarzán cazaba lejos de ellos.

—Tarzán debe de tener problemas para encontrar algún animal que cazar —observó d'Arnot—. Aún no he oído su grito.

—Es maravilloso —añadió Magra—. Nos habríamos muerto de hambre de no haber sido por él… aunque llevamos a un «cazador».

—Bueno, no se puede cazar a ningún animal cuando no lo hay —protestó Wolff.

—Tarzán nunca vuelve con las manos vacías —prosiguió Magra—, y no lleva armas.

—Los otros monos también encuentran comida —se burló Wolff—, pero ¿quién quiere a un mono?

Ungo ahora los observó, cuando aparecieron a la vista en el sendero. Sus ojos bizcos, inyectados en sangre, despedían fuego; y de pronto y sin previo aviso atacó, y toda su tribu le siguió. El pequeño grupo retrocedió presa del espanto. D'Arnot sacó la pistola, disparó y un simio cayó, gritando; luego, los otros monos se mezclaron con ellos y no pudo volver a disparar sin poner en peligro a sus compañeros. Wolff huyó corriendo. Lavac y Gregory fueron abatidos y mordidos. Por unos momentos todo fue confusión, de modo que después nadie podía recordar exactamente qué

había ocurrido. Los simios llegaron y se marcharon, y cuando lo hicieron Ungo se llevó a Magra bajo uno de sus grandes brazos peludos.

Magra forcejeó para escapar hasta que quedó exhausta, pero la poderosa bestia que la llevaba prestaba poca atención a sus forcejeos. Una vez, irritado, la golpeó hasta casi dejarla sin sentido; entonces ella se quedó quieta, esperando la oportunidad de escapar. Se preguntó a qué horrible destino la arrastraban. La enorme criatura era tan parecida al hombre que la muchacha se estremeció cuando se imaginó lo que podría ocurrirle.

Medio acarreándola y medio arrastrándola por el bosque, con sus enormes compañeros caminando pesadamente detrás, Ungo, el rey simio, llevó a la muchacha a un pequeño claro natural, una primitiva pista donde, desde tiempos inmemoriales, los grandes simios habían efectuado su danza del sacrificio. La arrojó con brusquedad al suelo y dos hembras se acuclillaron a su lado para ocuparse de que no escapara.

De nuevo en el sendero, el pequeño grupo, abrumado por la tragedia de esta desgracia, se quedó debatiendo qué era mejor hacer.

—Podríamos seguirles —propuso d'Arnot—, pero no tenemos ni una posibilidad de alcanzarles, y si lo hiciéramos, ¿qué podríamos contra ellos, aunque estuviéramos armados?

—Pero no podemos quedarnos aquí sin hacer nada —protestó Helen.

—Haré una cosa —dijo d'Arnot—. Cogeré el rifle de Wolff y les seguiré. Es posible que si les alcanzo cuando se detengan, pueda acertar a suficientes simios como para que se asusten los otros y huyan; después, cuando Tarzán regrese, le envían a por mí.

—Ahí está Tarzán —advirtió Helen cuando el hombre mono llegó trotando por el sendero con el animal que había matado colgado al hombro.

Tarzán encontró un grupo muy desorganizado cuando se reunió con ellos. Todos estaban muy nerviosos y querían hablar al mismo tiempo.

—No les hemos visto hasta que han saltado sobre nosotros —exclamó Lavac.

—Eran grandes como gorilas —añadió Helen.

—Eran gorilas —terció Wolff.

—No eran gorilas —le contradijo d'Arnot—, y de todos modos, no has esperado a ver lo que eran.

—El más grande se ha llevado a Magra bajo el brazo —anunció Gregory.

—¿Se han llevado a Magra? —Tarzán parecía preocupado—. ¿Por qué

no me lo habéis dicho enseguida? ¿Adónde fueron?

D'Arnot señaló en la dirección en la que los simios habían partido.

—Seguid este sendero hasta que encontréis un buen lugar para acampar —ordenó Tarzán, y desapareció.

Mientras la luna se elevaba lentamente sobre la pista donde Magra yacía junto a un primitivo tambor de barro que tres simios hacían sonar con palos, otros peludos monos empezaron a bailar a su alrededor. Amenazándola con pesados palos, los simios saltaban y giraban mientras daban vueltas alrededor de la asustada muchacha. Magra no conocía el significado de estos ritos. Sólo adivinaba que iba a morir.

El Señor de la Jungla siguió el rastro de los enormes simios a través de la oscuridad del bosque tan infaliblemente como si estuviera siguiendo un rastro bien marcado a la luz del día, lo seguía por el olor de los antropoides que se aferraba a las hierbas y al follaje de la maleza, llenando el aire de efluvios de los grandes cuerpos. Sabía que al final los encontraría, pero ¿llegaría a tiempo?

Cuando la luna estuvo alta, el redoblar del tambor de barro le dirigió hacia la pista del *Dum-Dum*, de modo que pudo subirse a los árboles y avanzar más rápidamente en línea recta. También le indicó la naturaleza del peligro que amenazaba a Magra. Sabía que aún estaba viva, pues los tambores no callarían hasta después de su muerte, cuando los simios se pelearan por su cuerpo y lo despedazaran. Sabía, porque había saltado y bailado a la luz de la luna en muchos *Dum-Dum* cuando Sheeta, la pantera, O Wappi, el antílope, era la víctima del sacrificio.

La luna casi se hallaba en el cenit cuando se aproximó a la pista. Cuando lo alcanzara, se produciría la matanza. En la pista, los peludos animales danzaban simulando la caza. Magra yacía en la posición en que había caído cuando la habían arrojado allí, exhausta, sin esperanzas, resignada a morir, intuyendo que ya nada podía salvarla.

Goro, la luna, se hallaba al borde del fatídico momento cuando un tarmangani, desnudo salvo por un taparrabos, saltó de un árbol a la pista. Lanzando gruñidos de rabia, los simios se volvieron hacia el intruso que osaba invadir de modo tan sacrílego la santidad del lugar más sagrado. El rey simio, agazapado, les dirigía.

—Soy Ungo —anunció—. ¡Y mato!

Tarzán, también agazapado y rugiendo mientras avanzaba para reunirse con el rey simio, dijo:

—Soy Tarzán de los Monos —habló en el lenguaje de los primeros hombres, el único lenguaje que había conocido durante los primeros veinte años de su vida—. Soy Tarzán de los Monos, poderoso cazador, poderoso luchador. ¡Y mato!

Una palabra del reto lanzado por el hombre mono comprendió Magra: «Tarzán». Atónita, abrió los ojos y vio al rey simio y a Tarzán formando círculos el uno al otro, buscando cada uno la oportunidad de atacar. ¡Qué gesto tan valiente pero vano estaba teniendo aquel hombre en su defensa! Estaba dando su vida por ella, y de forma inútil. ¿Qué posibilidades tenía contra aquella enorme y primitiva bestia?

Magra temblaba por el hombre, y palideció cuando le vio afrontar el ataque con rugidos tan bestiales como los del simio. ¿Podía aquella bestia que rugía y gruñía ser el hombre tranquilo y lleno de recursos al que había amado? ¿No era, después de todo, un primitivo Dr. Jekyll y Mr. Hyde? Hechizada y horrorizada, siguió observando.

Veloz como Ara, el rayo, es Tarzán, y ágil como Sheeta, la pantera. Arriesgándose, esquivó por debajo los grandes brazos de Ungo, saltó sobre la peluda espalda y aplicó una llave al furioso simio. Mientras ejercía la presión con sus fuertes músculos, el simio gritaba con un tono agónico.

—¡Kreegah! —gritó Tarzán, apretando un poco más—. ¡Ríndete!

Los miembros del grupo de Gregory estaban sentados en torno a la fogata de su campamento, oían a lo lejos el tambor y aguardaban con nerviosismo, pues no sabían lo que ocurría.

—Es el *Dum-Dum* de los grandes simios, creo —explicó d'Arnot—. Tarzán me ha hablado de ellos. Cuando la luna llena se halla en el cenit, los simios matan a una víctima. Tal vez se trata de un rito más antiguo que la raza humana, el diminuto germen del que han surgido todas las observancias religiosas.

—¿Y Tarzán ha visto realizar este rito? —preguntó Helen.

—Fue criado por los grandes simios —contestó d'Arnot—, y ha bailado la danza de la muerte en muchos *Dum-Dum*.

—¿Ha ayudado a matar a hombres y mujeres y a despedazarlos? —se escandalizó Helen.

—¡No, no! —se apresuró a responder d'Arnot—. Los simios raras veces consiguen una víctima humana. Sólo lo hicieron una vez cuando Tarzán vivía con ellos, y él la salvó. La víctima que prefieren es su mayor enemigo: la pantera.

—¿Y cree que los tambores son por Magra? —preguntó Lavac.

—Sí —reconoció d'Arnot—. Eso temo.

—Ojalá hubiera ido yo mismo tras ella —dijo Wolff—. Ese tipo no llevaba arma alguna.

—Puede que no llevara ninguna arma —repuso d'Arnot—, pero al menos ha ido en la dirección correcta.

Wolff se sumió en un silencio malhumorado.

—Todos hemos tenido oportunidad de hacer algo cuando el simio se la ha llevado —prosiguió d'Arnot—, pero, francamente, yo me he quedado demasiado atónito para pensar.

—Ha ocurrido tan deprisa… —se lamentó Gregory—. Todo había terminado antes de saber qué había ocurrido en realidad.

—¡Escuchad! —exclamó d'Arnot—. Los tambores han parado. —Levantó la mirada hacia la luna—. La luna está en el cenit —añadió—. Tarzán debe de haber llegado tarde.

—Los gorilas lo habrán despedazado —sugirió Wolff—. De no ser por Magra, yo diría adiós y me iría con viento fresco.

—¡Cierra el pico! —ordenó Gregory—. Sin Tarzán estamos perdidos.

Mientras ellos hablaban, Tarzán y Ungo luchaban en la pista, y Magra contemplaba la pelea asustada y atónita. No podía dar crédito a sus ojos cuando vio que el gran simio se hallaba indefenso en manos de aquel hombre. Ungo gritaba de dolor. Lentamente, de modo implacable, le estaba rompiendo el cuello. Por fin no pudo aguantar más y bramó: «¡Kreegah!», que significa 'me rindo', y Tarzán lo soltó y bajó al suelo.

—¡Tarzán es el rey! —gritó de cara a los demás simios.

Se quedó de pie, esperando, pero ningún simio joven se acercó para disputarle el derecho de reinado. Habían visto lo que había hecho a Ungo y tenían miedo. Así, por la gracia de una costumbre ancestral, Tarzán se convirtió en rey de la tribu.

Magra no entendía nada. Seguía aterrorizada. Se puso en pie de un salto, corrió hacia Tarzán y se arrojó a sus brazos, apretándose contra él.

—Tengo miedo —confesó—. Ahora nos matarán a los dos.

Tarzán hizo gestos de negación con la cabeza.

—No —explicó—, no nos matarán. Harán lo que nosotros les digamos que hagan, porque ahora yo soy su rey.

XII

A LA luz de primera hora de la mañana, tras una noche de terror, Atan Thome y Lal Taask empezaron a deshacer lo andado por el precario sendero que con tanta fatiga se habían arriesgado a tomar el día anterior.

—Me alegro, mi amo, de que hayas decidido dar media vuelta —afirmó Lal Taask.

—Sin porteadores ni askaris, sería una locura intentar entrar en la Ciudad Prohibida —gruñó Thome—. Regresaremos a Bonga y reuniremos un grupo de hombres fuertes que no tengan miedo de los tabúes.

—Si vivimos para llegar a Bonga —observó Lal Taask.

—Los cobardes invitan a la muerte —repuso Thome.

—Después de anoche, ¿quién sería un cobarde en esta maldita región? —preguntó Taask—. Ya lo viste, ¿no? ¿Oíste la voz?

—Sí —admitió Thome.

—¿Qué era?

—No lo sé.

—Era malo —aseguró Taask—. Su aliento procedía del Infierno. Los hombres no pueden prevalecer contra las fuerzas de otro mundo.

—¡Tonterías! —exclamó Thome—. Tiene alguna explicación racional y mundana. Si la conociéramos…

—Pero no la conocemos. Y no quiero conocerla. Jamás volveré aquí, si Alá me permite escapar vivo.

—Entonces no tendrás ninguna participación en el diamante —amenazó Atan Thome.

—Me contentaré con mi vida —replicó Lal Taask.

Los dos hombres lograron realizar el trayecto de regreso sanos y salvos, y se hallaron de nuevo por fin a nivel del suelo, cerca de la boca de la garganta. Lal Taask exhaló un suspiro de alivio y se animó; pero Atan Thome estaba malhumorado e irritable. Se había hecho tantas esperanzas, que tener que dar media vuelta en lo que él creía era el umbral del éxito le

sumió en el abatimiento. Con la cabeza baja, se dirigió por el accidentado terreno hacia su último campamento en el linde del bosque.

Cuando pasaban por uno de los numerosos barrancos, de pronto se vieron ante una docena de guerreros blancos que saltaron de detrás de grandes rocas de lava y les impidieron el paso. Eran hombres robustos, que lucían penachos blancos y túnicas blancas en cuya parte delantera y trasera estaba tejido un pájaro convencional. Iban armados con lanzas y cuchillos que llevaban colgados a la cintura.

El cabecilla habló a Thome en una lengua extranjera; pero cuando descubrió que no le comprendían, ordenó a sus hombres que acompañaran a Thome y a Taask por el barranco hasta el río, donde se encontraba una embarcación como tantas a buen seguro flotaron en el Nilo en la época de los faraones. Era una galera abierta, maniobrada por veinte esclavos encadenados a las bancadas.

A punta de lanza. Thome y Taask fueron conducidos a bordo, y cuando el último de los guerreros hubo cruzado la pasarela, el barco zarpó e inició la travesía río arriba.

Atan Thome prorrumpió en carcajadas, y Lal Taask le miró sorprendido, como hicieron los guerreros que estaban cerca de él.

—¿De qué te ríes, mi amo? —preguntó Lal Taask, temeroso.

—Me río —dijo Thome— porque después de todo llegaré a la Ciudad Prohibida.

Cuando Helen salió de su refugio a primera hora de la mañana, vio a d’Arnot sentado junto a las brasas casi extinguidas de la fogata encendida para ahuyentar a las bestias y se reunió con él.

—¿Turno de centinela? —preguntó ella.

Él asintió.

—Sí —dijo—. He estado haciendo de centinela y pensando mucho.

—¿Sobre qué, por ejemplo? —preguntó ella.

—Sobre usted…, sobre nosotros; y sobre qué vamos a hacer —respondió.

—Anoche hablé con mi padre, antes de acostarme —comentó ella— y ha decidido regresar a Bonga y organizar un safari. No se atreve a seguir sin Tarzán.

—Es un hombre sensato —reconoció d’Arnot—. Tu vida es demasiado valiosa para ponerla en peligro. —Vaciló, turbado—. No sabes lo que

significas para mí. Helen. Sé que no es momento de hablar de amor, pero debes de haberte dado cuenta… ¿verdad?

—*Et tu, Brute*! —exclamó la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió él.

—El teniente Lavac también cree estar enamorado de mí. ¿No ves, Paul, que sólo es porque prácticamente soy la única chica disponible? La pobre Magra estaba tan enamorada de Tarzán…

—Ése no es mi caso —aclaró él—. Y no creo que sea la explicación en lo que se refiere a Lavac. Es un buen tipo. No le puedo reprochar que se enamore de ti. No, Helen, estoy seguro de mí mismo. Verás, he perdido el apetito y me he acostumbrado a contemplar la luna. —Se echó a reír—. Ya sabes que son síntomas seguros. Pronto empezaré a escribir poesía.

—Eres un encanto —se sonrió ella—. Me alegro de que tengas sentido del humor. Me temo que el pobre teniente carece de él, pero puede que no tenga tanta experiencia como tú.

—Debería haber una S. P. C. L. —dijo él.

—¿Qué es eso?

—Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Amantes.

—Idiota. Espera a regresar a donde hay montones de chicas; entonces… —Se interrumpió mirando por encima del hombro de él. De pronto sus ojos se abrieron de par en par llenos de terror.

—¡Helen! ¿Qué ocurre? —pregunto él.

—¡Oh, Paul… los simios han vuelto!

D’Arnot se volvió para ver a las grandes bestias avanzando pesadamente por el sendero; luego llamó a Gregory y a Lavac.

—¡Por todos los dioses! —exclamó un instante más tarde—. ¡Tarzán y Magra van con ellos!

—¡Son prisioneros! —exclamó Helen.

—*Non* —repuso d’Arnot—; ¡Tarzán dirige a los simios! Este hombre es único.

—Voy a desmayarme de alivio —suspiró Helen—. No esperaba volver a verle nunca más. Les daba por perdidos, en especial a Magra. Es como ver un fantasma. ¡Bueno, si incluso anoche sabíamos el momento en que murió, cuando cesaron los tambores!

Tarzán y Magra fueron saludados con entusiasmo, y Magra tuvo que contar su aventura y el rescate.

—Sé que parece increíble —añadió—, pero estábamos nosotros allí y

ahora aquí están los simios. Si no me creéis, preguntádselo a ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Wolff—. Deberíamos matarles. Se lo merecen por llevarse a Magra.

—Son mi gente —contestó Tarzán—; obedecen mis órdenes. No les haremos ningún daño.

—Puede que sean tu gente —murmuró Wolff—, pero no la mía, yo no soy ningún mono.

—Van a venir con nosotros —informó Tarzán a Gregory—. Si os mantenéis alejados de ellos y no los tocáis, no os harán ningún daño; y pueden sernas útiles en muchos aspectos. Esta especie de simio antropoide es muy inteligente. Ha desarrollado al menos los rudimentos de la cooperación, cuya falta entre las órdenes inferiores ha permitido que el hombre reine como ser supremo sobre otros animales que fácilmente habrían podido exterminarle. Son feroces luchadores cuando se les excita, y lo más importante de todo es que me obedecerán. Nos protegerán contra las fieras y contra los hombres. Los enviaré a cazar en las proximidades, pero cuando los llame vendrán.

—¡Vaya, habla con ellos! —exclamó Helen cuando Tarzán se acercó a Ungo y habló con él.

—Claro —explicó d'Arnot—. La primera lengua que aprendió fue la suya.

—Deberíais haberle visto pelear con ese gran simio —añadió Magra—. Después casi me daba miedo a mí.

Aquella noche, después de preparar el campamento, Lavac fue a sentarse en un tronco al lado de Helen.

—Hay luna llena —observó.

—Sí —dijo ella—; la he visto. Jamás volveré a ver una luna llena sin oír el retumbar de aquel horrible tambor y pensar en lo que Magra sufrió.

—Debería traerte pensamientos más alegres —replicó él—, como me pasa a mí; pensamientos de amor… La luna llena es para el amor.

—También es para la locura —sugirió ella.

—Ojalá me amaras —se lamentó él—. ¿Por qué no es así? ¿Es por d'Arnot? Ten cuidado con él. Es famoso por sus conquistas.

Esto disgustó a la muchacha. Qué diferente del modo en que d'Arnot había alabado a su rival.

—Por favor, no vuelvas a hablar de él —le reprobó—. No te amo, eso es todo. —Entonces se levantó y se alejó, reuniéndose con d'Arnot cerca

del fuego. Lavac permaneció donde estaba, furioso.

Lavac no era el único miembro del grupo al que la luna llena sugería amor. También le ocurría a Wolff. Su colosal egoísmo no le permitía dudar de que al final quebraría la resistencia de Magra y ella caería rendida en sus brazos. Como era tan vanidoso, siempre le decía lo que no debía, como cuando la pilló a solas aquella noche.

—¿Qué ves en ese maldito hombre mono? —fue su forma de abordar el juego del amor—. No tiene más que un taparrabos. ¡Mírame a mí! Recibí dos mil libras y la mitad de lo que se saque del diamante más grande del mundo.

—Te estoy mirando —replicó Magra—. Quizás ésa es una de las razones por la que no me gustas. ¿Sabes, Wolff?, debe de haber muchísimas palabras diferentes para describir a una persona como tú, pero yo no conozco ninguna que sea lo bastante mala para aplicártela. No te querría ni aunque poseyeras el padre y la madre de los diamantes y fueras además el último hombre en la Tierra. Ahora, no vuelvas a mencionarme siquiera este tema otra vez o le hablaré de ti al «hombre mono», que con toda probabilidad te partirá en dos y se olvidará de volver a juntarte. Él tampoco está enamorado de ti.

—Te crees demasiado buena para mí, ¿verdad? —gruñó Wolff—. Bueno, te demostraré una cosa. Te conseguiré, y también me ocuparé de tu sucio hombre mono.

—No permitas que él te vea hacerlo —se rió Magra.

—No le tengo miedo —se jactó Wolff.

—Ya lo creo, no te atreverías ni a clavarle un cuchillo por la espalda. ¿Sabes?, te vi huir corriendo cuando aquel simio me agarró. No, Wolff, no me asustas en lo más mínimo. Todos en este campamento te han calado, y sabemos qué clase de farsante eres.

XIII

MIENTRAS la barcaza en la que Thome y Taask se hallaban prisioneros avanzaba río arriba empujada por los remeros, el primero oyó a uno de los guerreros hablar en suajili a un esclavo negro de la galera.

—¿Por qué nos habéis hecho prisioneros —preguntó al guerrero que estaba al mando, hablando también en suajili— y qué vais a hacer con nosotros?

—Os hemos hecho prisioneros porque estabais demasiado cerca de la Ciudad Prohibida —respondió el guerrero—. Nadie puede acercarse a Ashair y regresar al mundo exterior. Ahora os llevo allí. Lo que será de vosotros está en manos de la reina Atka, pero podéis estar seguros de que jamás saldréis de Ashair.

Justo delante de la galera. Thome vio el grueso muro del Tuen-Baka elevándose en el azul cielo africano, y el río atravesaba una gran abertura negra que había en la pared. La galera fue dirigida a este túnel natural. Encendieron una antorcha y la colocaron en la proa, mientras remaban para entrar en la oscuridad estigia que se extendía al frente; pero al fin emergieron a la luz del sol y a un lago que había en el lecho del gran cráter del Tuen-Baka.

Thome vio delante y a la izquierda las cúpulas de una pequeña ciudad amurallada. A derecha e izquierda, más allá del lago, estaban la jungla y la llanura, y muy a lo lejos, en la orilla superior del lago, se divisaba apenas otra ciudad.

—¿Cuál es Ashair? —preguntó a un guerrero.

El hombre señaló con un pulgar en dirección a la ciudad más próxima a la izquierda.

—Ahí esta Ashair —le indicó—. Mírala bien, porque a menos que Atka te condene a las galeras, Jamás volverás a salir de ella.

—¿Y la otra ciudad? —preguntó Thome—. ¿Qué es?

—Es Thobos —respondió el hombre—. Si por casualidad te condenan a

una guerra de galeras, puede que veas más de Thobos, cuando vayamos allí a pelear.

Mientras la galera se acercaba a Ashair, Atan Thome se volvió a Lal Taask, que estaba sentado a su lado en la popa. Thome había estado mirando la ciudad, pero Lal Taask había clavado la mirada en las transparentes profundidades del lago.

—¡Mira! —exclamó Thome—. ¡Mi sueño hecho realidad! Ahí está la Ciudad Prohibida; allí, en algún lugar, se encuentra el Padre de los Diamantes. Cada vez estoy más cerca. ¡Es el Destino! Ahora sé que está escrito que lo poseeré.

Lal Taask meneó la cabeza.

—Estos guerreros tienen lanzas afiladas —manifestó—. Probablemente hay más guerreros en Ashair. No creo que te dejen llevarte el Padre de los Diamantes. Incluso he oído a uno decir que jamás saldríamos. No te hagas demasiadas ilusiones. Mira en cambio el agua del lago. El agua es tan transparente que se ve el fondo. He descubierto muchos peces y extrañas criaturas que jamás había visto. Es mucho más interesante que la ciudad, y puede que sea la única oportunidad que tenga de verlo. ¡Por las barbas del profeta, Atan Thome! ¡Mira! Esto es una maravilla, mi amo.

Thome miró por la borda de la galera y lo que vieron sus ojos le hizo soltar una exclamación de sorpresa e incredulidad, pues, claramente visible en el fondo del lago, se erguía un espléndido templo. Vio luces encendidas en sus ventanas, y mientras lo contemplaba, hechizado, apareció una extraña figura parecida a un hombre salir de él y caminar por el fondo del lago. La criatura llevaba un tridente, pero lo que hacía y adónde iba Atan Thome no iba a descubrirlo, ya que la galera propulsada con rapidez pasó por encima de la criatura y el templo y los perdieron de vista cuando la embarcación se aproximó al muelle de la Ciudad Prohibida.

—¡Vamos! —ordenó el guerrero encargado del grupo, e hicieron salir de la galera a Thome y Taask para ir al muelle. Entraron en la ciudad a través de una pequeña puerta y fueron conducidos por estrechas y sinuosas calles hasta un edificio grande cerca del centro de la ciudad. Ante la puerta estaban apostados guerreros armados que, tras un breve parlamento, dejaron pasar a los cautivos y a su guardia; entonces Atan Thome y Lal Taask fueron escoltados al edificio y llevados a presencia de un oficial, que escuchó el informe de sus capturadores y luego les habló en suajili.

El hombre escuchó la explicación que dio Thome de su presencia cerca

de Ashair; luego se encogió de hombros.

—Puede que digas la verdad o puede que mientas —concluyó—. Probablemente mientes, pero no importa. Ashair es una ciudad prohibida. Ningún extraño que entre en el Tuen-Baka puede salir vivo. Lo que se haga de él aquí, si es destruido de inmediato o si se le permite vivir por algún fin útil para el que pueda servir, depende por completo del criterio de la reina. Se le informará de vuestra captura; cuando ella lo crea conveniente, se decidirá vuestro destino.

—Si pudiera tener una audiencia con ella —solicitó Thome—, estoy seguro de que puedo convencerla de que mis motivos son honorables y de que puedo prestar un valioso servicio a Ashair. Tengo información de la mayor importancia para ella y Ashair.

—Puedes dármela a mí —sugirió el oficial—. Yo le comunicaré a ella la información.

—Debo dársela personalmente a la reina —replicó Atan Thome.

—La reina de Ashair no tiene costumbre de conceder audiencias a los prisioneros —le amonestó el hombre con altivez—. Será mejor que me des a mí esa información… si es que la tienes.

Atan Thome se mostró indiferente.

—La tengo —insistió—, pero no se la daré más que a la reina. Si el desastre se abate sobre Ashair, la responsabilidad será tuya. No digas que no te lo advertí.

—¡Basta de impertinencia! —exclamó el oficial—. Lleváoslos y encerradlos, y no les deis demasiada comida.

—Mi amo, no deberías haberte enfrentado —se quejó Lal Taask cuando los dos hombres yacían sobre la fría piedra, encadenados a la pared de una lóbrega mazmorra—. Si tenías alguna información para compartir con la reina, y sólo Alá sabe cuál puede ser, ¿por qué no se la has dado al hombre? Así le habría llegado a la reina.

—Eres un buen servidor, Lal Taask —le explicó Thome—, y manejas el cuchillo con rara finura. Éstas son habilidades que merecen el mayor encomio, pero careces de versatilidad. Es evidente que Alá creía que te había dado suficientes dotes cuando te dio estos poderes, por eso no te dio nada con lo que pensar.

—Mi amo es muy sabio —admitió Lal Taask—. Ruego para que pueda pensar la forma de sacarme de esta mazmorra.

—Es lo que intento hacer. ¿No te das cuenta de que sería inútil apelar a

los inferiores? Esta reina es todopoderosa. Si podemos llegar a ella en persona y plantear el caso de forma directa ante el tribunal más alto, puedo defenderlo mucho mejor que de segunda mano por alguien que no tiene el más mínimo interés por nosotros.

—De nuevo me inclino ante tu sabiduría superior —reconoció Lal Taask—, pero sigo preguntándome qué importante información tienes para dar a la reina de Ashair.

—Lal Taask, eres imposible —observó Thome con un suspiro—. La información que tengo que proporcionar a la reina debería ser tan evidente para ti como una asquerosa mosca en la punta de tu nariz.

Durante días Atan Thome y Lal Taask yacieron en la fría piedra de la mazmorra, recibieron la comida mínima necesaria para mantenerles con vida y vieron que todas las súplicas que hacía Atan Thome de una audiencia con la reina eran desoídas por el callado guerrero que les llevaba la comida.

—Nos están matando de hambre —se quejaba Lal Taask.

—Al contrario —observó Atan Thome—, al parecer tienen un extraño sentido de las propiedades caloríficas de la comida. Saben exactamente cuánto deben darnos para evitar que nos muramos de hambre. Y mira mi cintura, Lal Taask. A menudo se me ha ocurrido iniciar una rígida dieta para reducirla. Los amables asharianos se han anticipado a ello. Después de esto, estaré hecho una sílfide.

—Tal vez para ti sea excelente, mi amo; pero para mí, que nunca me ha sobrado una onza de grasa bajo la piel, será un desastre. La espalda ya me toca el ombligo.

—Ah —exclamó Atan Thome cuando un ruido de pasos anunció que se acercaba alguien por el corredor en dirección a su celda—, ahí viene de nuevo el Viejo Gárrulo.

—No sabía que conocías su nombre, mi amo —observó Taask—, pero esta vez le acompaña alguien… oigo voces.

—Quizá trae una caloría de más y necesita ayuda —sugirió Thome—. Si es así, es para ti. Espero que sea apio.

—¿Te gusta el apio, mi amo?

—No. Te lo comerás tú. El apio tiene fama de ser buen alimento para el cerebro.

La puerta de la celda se abrió y entraron tres guerreros. Uno de ellos quitó las cadenas de los tobillos de los prisioneros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Atan Thome.

—La reina ha enviado a buscaros —respondió el guerrero.

Los dos hombres fueron conducidos a través del palacio a una gran sala, en cuyo extremo del fondo, sobre una tarima, había una mujer sentada en un trono tallado en un único bloque de lava. La flanqueaban varios guerreros y detrás de ella había esclavos, listos a hacer todo lo que ella pidiera.

Les hicieron avanzar y detenerse ante la tarima y entonces vieron a una bella mujer, que aparentaba unos treinta años. El pelo, que le salía recto de la cabeza en todas direcciones y tenía unos veinte o veinticinco centímetros de longitud, se entrelazaba en un complicado tocado de plumas blancas. Su porte era altivo y arrogante y miró a los prisioneros con frialdad; Atan Thome vio crueldad en las líneas de su boca y los fuegos latentes de un fuerte temperamento en el destello de sus ojos. Era una mujer a la que temer, que mataba sin piedad, una tigresa humana. La tranquilidad del engreído euroasiático vaciló por primera vez ante una mujer.

—¿Por qué habéis venido a Ashair? —preguntó la reina.

—Por equivocación, majestad; nos perdimos. Cuando hemos encontrado el camino bloqueado hemos dado la vuelta. Nos íbamos de la región cuando tus guerreros nos han hecho prisioneros.

—Has dicho que tenías información valiosa que darme. ¿De qué se trata? Si pretendes abusar de mí, pierdes el tiempo, no te favorecerá.

—Tengo enemigos poderosos —explicó Atan Thome—. Me perdí cuando intentaba escapar de ellos. Vienen hacia Ashair con intención de robar un gran diamante que ellos creen que posees. Yo sólo quería ayudarte a atraparles.

—¿Vienen con fuerza? —preguntó Atka.

—Eso no lo sé —respondió Thome—; pero supongo que sí. Disponen de numerosos medios.

La reina Atka se volvió a uno de sus nobles.

—Si este hombre dice la verdad, no nos hará ningún daño tenerle en nuestro poder. Akamen, dejo los prisioneros a tu cargo. Permíteles algunas libertades razonables. Llévatelos. —Luego se dirigió a otro—. Ocúpate de que se vigilen los accesos a Ashair.

Akamen, el noble, condujo a Atan Thome y Lal Taask a unos alojamientos agradables situados en un ala alejada del palacio.

—Sois libres de ir adonde queráis dentro del recinto del palacio, salvo

el ala real. Tampoco podéis ir bajo el palacio. Allí se encuentran los secretos de Ashair y la muerte para los extranjeros.

—La reina ha sido sumamente magnánima —agradeció Thome—. No haremos nada que perjudique a su buena voluntad. Ashair es muy interesante. Lo único que lamento es que no podamos ir a la ciudad o por el lago.

—No estaríais a salvo —advirtió Akamen—. Podríais ser capturados por una galera de Thobos. Ellos no os tratarían tan bien como os ha tratado Atka.

—Me gustaría volver a contemplar el hermoso edificio que hay en el fondo del lago —justificó Thome—. Ésa era la razón por la que me gustaría ir al lago. ¿Qué es ese edificio?, ¿y la extraña criatura que vi salir de él?

—La curiosidad a menudo es un veneno fatal —observó Akamen.

XIV

EL CAMINO que seguía el safari de Atan Thome no era difícil, y el grupo de los Gregory iba a buen ritmo sin tropezar con ningún obstáculo que los retrasara. La desconfianza general de Wolff, las dudas respecto a la situación de Magra entre ellos y los malhumorados celos de Lavac se sumaban a la tensión nerviosa de su peligrosa existencia, y las penalidades sufridas habían hecho mella en sus nervios, por lo que no siempre era una compañía feliz la que avanzaba de día por los senderos. Sólo Tarzán permanecía sereno y tranquilo.

Era mediodía y se habían detenido para efectuar un breve descanso cuando de pronto Tarzán se puso alerta:

—Vienen nativos —anunció—. Son numerosos y están muy cerca. El viento ha cambiado de dirección y me ha traído su olor.

—Ahí están —señaló Gregory—. Vaya, es otro safari. Hay porteadores con fardos, pero no veo a ningún hombre blanco.

—Es tu safari, *bwana* —dijo Ogabi—. Es el safari que tenía que reunirse con vosotros en Bonga.

—Debe de ser el que Thome robó —añadió d'Arnot—, pero no veo a Thome.

—Otro misterio del África más profunda —sugirió Helen.

Mbuli, que dirigía a su gente de nuevo hacia Bonga, se paró, sorprendido, cuando vio el pequeño grupo de blancos, y luego, al ver que sus hombres eran mucho más numerosos que ellos, se adelantó, tambaleándose un poco.

—¿Quién eres? —preguntó Tarzán.

—Soy Mbuli —respondió el jefe.

—¿Dónde están tus *bwanas*? Les has abandonado.

—¿Quién eres tú, hombre blanco, para interrogar a Mbuli? —exigió el nativo con arrogancia, envalentonado por la ventaja que le daba el mayor número de hombres que le acompañaba.

—Soy Tarzán —contestó el hombre mono.

Mbuli palideció. Toda la arrogancia desapareció de él.

—Perdona, *bwana* —rogó—. No te conocía, pues no te había visto nunca.

—Ya conoces la ley del safari —juzgó Tarzán—. Los que abandonan a sus amos blancos son castigados.

—Pero mis hombres no querían seguir —se excusó Mbuli—. Cuando llegamos al Tuen-Baka, no quisieron seguir. Tenían miedo, porque el Tuen-Baka es tabú.

—Os llevasteis todo su equipo —prosiguió el hombre mono, mirando las cargas que los porteadores habían arrojado al suelo—. Si hasta os habéis llevado su comida.

—Sí, *bwana*; pero ellos no necesitaban comida: estaban a punto de morir. Tuen-Baka es tabú. Además, *bwana* Thome nos mintió. Habíamos acordado servir al *bwana* Gregory pero nos dijo que el *bwana* Gregory deseaba que le acompañáramos a él en su lugar.

—No obstante, hicisteis mal abandonándole. Para escapar al castigo, nos acompañaréis a Tuen-Baka; necesitamos porteadores y askaris.

—Pero mi gente tiene miedo —se quejó Mbuli.

—Tu gente irá a donde vaya Tarzán —replicó el hombre mono—. No la conduciré al peligro si no es necesario.

—Pero, *bwana*…

—Pero nada —interrumpió Tarzán; luego se volvió a los porteadores —: ¡Fardos arriba! Volvéis al Tuen-Baka.

Los porteadores protestaron; pero recogieron sus fardos y regresaron al camino por el que acababan de venir, pues la voluntad del hombre blanco era suprema; y, además, se había difundido el rumor entre ellos de que se trataba del fabuloso Tarzán, que era mitad hombre y mitad demonio.

Durante tres días siguieron el camino que se dirigía a Ashair y a mediodía de la séptima jornada el safari se apartó de la jungla junto a un tranquilo río. El terreno que se extendía al frente era rocoso y árido. Sobre colinas bajas se elevaba el cono truncado de un volcán extinguido, una masa negra, imponente.

—Así que ése es el Tuen-Baka —dijo d'Arnot—. Después de todo, no es más que un viejo volcán.

—No obstante, los muchachos tienen miedo —recordó Tarzán—. Tendremos que vigilarlos por la noche o volverán a marcharse. Ahora voy

a explorar qué hay más adelante.

—Ten cuidado —previno d’Arnot—. Ese lugar tiene mala fama, ya lo sabes.

—Siempre tengo cuidado —replicó Tarzán.

D’Arnot sonrió.

—A veces tienes tanto cuidado contigo mismo como un taxista de París con los peatones.

Tarzán se encaminó por un confuso sendero que discurría más o menos paralelo al río, el mismo sendero que Lal Taask y Atan Thome habían seguido. Como tenía por costumbre, se movía en silencio, con todos los sentidos alerta. Descubrió señales de extraños animales y se dio cuenta de que se encontraba en una región que podía estar llena de peligros desconocidos. En un pequeño trecho de tierra entre las rocas y la áspera lava, distinguió la huella de un gran pie y captó el leve olor de un reptil que había pasado por allí recientemente. Por el tamaño de la huella supo que la criatura era grande, y cuando oyó delante de él un siniestro siseo y rugido, dedujo que el que había dejado la huella no se hallaba lejos. Aumentando la rapidez, pero sin disminuir la cautela, avanzó en la dirección del ruido, y acercándose al borde de un barranco miró abajo y vio a un guerrero blanco extrañamente ataviado que se enfrentaba a una criatura como Tarzán jamás había visto ninguna en la tierra. Tal vez no lo sabía, pero estaba contemplando una pequeña reproducción del terrible *Tyrannosaurus Rex*, aquel poderoso rey de los reptiles carnívoros que gobernó en la tierra eones atrás. Quizás el que estaba debajo era diminuto en comparación con su gigantesco progenitor, pero aun así se trataba de una criatura formidable, tan grande como un toro adulto.

Tarzán vio en el guerrero a un rehén o un medio de obtener información referente a aquella extraña región y sus•habitantes. Si el dinosaurio mataba al hombre, no serviría de nada; por tanto, actuando con la rapidez de su pensamiento, saltó de lo alto del precipicio justo en el instante en que el bruto atacaba. Sólo un hombre que no conociera el significado del miedo habría corrido semejante riesgo.

El guerrero que se enfrentaba al gran reptil con su afilada lanza se quedó perplejo y momentáneamente quieto cuando vio que un gigante moderno, casi desnudo, caía en apariencia de la nada sobre el lomo del monstruo con el que se había estado enfrentando sin esperanza alguna. Advirtió que el cuchillo del extraño se clavaba en vano en el acorazado

lomo, mientras el hombre se aferraba con un brazo al cuello de la criatura. Podía haber escapado, pero no lo hizo, y cuando Tarzán encontró un punto vulnerable en la garganta del dinosaurio y hundió su cuchillo una y otra vez, se precipitó a acudir en ayuda del hombre mono.

El enorme reptil, herido de gravedad, lanzaba gritos y siseaba, mientras giraba sobre sí mismo en un inútil esfuerzo por deshacerse del hombre-cosa que tenía sobre el espinazo; pero, aunque estaba herido, como reptil que era luchaba por su vida y estaba lejos de ser vencido.

En tanto el cuchillo de Tarzán encontraba y cortaba la yugular de la criatura, el guerrero clavó su lanza en el corazón del salvaje, que con un último espasmo se estremeció y se desplomó en el suelo, muerto; entonces los dos hombres, con el gran animal entre ambos, se miraron.

Ninguno de ellos conocía el temperamento o las intenciones del otro, y estaban en guardia mientras buscaban un medio de comunicarse más satisfactorio que un improvisado lenguaje de signos. Al fin, el guerrero dio con la lengua que ambos comprendían y hablaban, una lengua que él y su gente habían aprendido de los negros que habían capturado y hecho esclavos: el suajili.

—Soy Thetan de Thobos —anunció—. Te debo la vida, pero ¿por qué has acudido en mi ayuda? ¿Hemos de ser amigos o enemigos?

—Soy Tarzán —se presentó a su vez el hombre mono—. Seamos amigos.

—Seamos amigos —accedió Thetan—. Ahora dime. ¿Cómo puedo pagarte por lo que has hecho por mí?

—Deseo ir a Ashair —respondió Tarzán.

El guerrero meneó la cabeza.

—Me has pedido lo único que no puedo hacer por ti —lamentó—. Los asharianos son nuestros enemigos. Si te llevara allí, nos harían prisioneros a los dos y nos matarían; sin embargo, quizá pueda persuadir a mi rey de que te deje ir a Thobos. Después, cuando llegue el día en que conquistemos Ashair, tal vez puedas entrar en la ciudad con nosotros. Pero ¿por qué deseas ir a Ashair?

—No voy solo —explicó Tarzán—, y en mi grupo viajan el padre y la hermana de un hombre que creemos que es prisionero en Ashair. Estamos aquí para obtener su liberación.

—Acaso mi rey os deje ir a todos a Thobos —dijo Thetan, un poco dubitativo—. Sería algo sin precedentes, pero como has salvado la vida de

su sobrino y sois enemigos de Ashair, puede que os dé permiso. Al menos preguntárselo no causará ningún daño.

—¿Cómo puedo conocer su respuesta? —inquirió Tarzán.

—Yo puedo traértela, pero pasará algún tiempo —respondió Thetan—. Estoy aquí en una misión para el rey. Vine por el único camino por tierra que hay fuera del Tuen-Baka, un sendero que sólo sabe mi gente. Esta noche dormiré en una cueva que conozco, y mañana volveré a Thobos. Dentro de tres días regresaré si Herat te ha de permitir entrar en Thobos. Si no vuelvo, sabrás que se ha negado. No esperes entonces más de un día; márchate de la región lo antes posible. Quedarse en las proximidades del Tuen-Baka significa la muerte para los extraños.

—Acompáñame a mi campamento —ofreció Tarzán-y pasa allí la noche. Podemos hablar del asunto con mis compañeros.

Thetan vaciló.

—Son extraños para mí —adujo—, y todos los extraños son enemigos.

—Mis amigos no lo serán —le aseguró el hombre mono—. Te doy mi palabra de que no desearán hacerte ningún daño. En el mundo del que proceden, a los extraños no se les considera enemigos hasta que demuestran que lo son.

—Qué mundo tan raro debe de ser —observó Thetan—. Pero aceptaré tu palabra e iré contigo.

Mientras los dos hombres se dirigían hacia el campamento de los Gregory, un grupo de guerreros embarcaba en una galera en el muelle de Ashair, enviados por la reina Atka para interceptar y acosar a la expedición de los Gregory, contra la cual Atan Thome le había advertido con el fin de ganarse el favor de la reina e impedir que Tarzán y los Gregory llegaran a Ashair. El astuto euroasiático tenía esperanzas de congraciarse así con la reina para permanecer en Ashair hasta que lograra trazar un plan para robar el Padre de los Diamantes y huir. Tan obsesionado estaba por su deseo de poseer el diamante, que era del todo incapaz de apreciar la inutilidad de sus intenciones.

Los miembros del grupo de los Gregory se quedaron asombrados al ver a Tarzán entrar en el campamento con aquel guerrero tan extrañamente ataviado. Thetan llevaba el penacho negro de Thobos y en el pecho y la espalda de su túnica exhibía bordada la figura de un toro. Los amistosos saludos que recibió le tranquilizaron, y aunque el suajili de Gregory, Helen y Lavac era algo escaso, todos lograron seguir medianamente la

conversación que se dio. El hombre les contó muchas cosas del Tuen-Baka, de Thobos y de Ashair, pero cuando se abordó el tema del Padre de los Diamantes, se mostró esquivo y, por cortesía, no le presionaron. No obstante, su reticencia sólo sirvió para alimentar su curiosidad, ya que percibían que algún enigma rodeaba la fabulosa piedra.

A altas horas de aquella noche, el silencio del campamento dormido fue quebrado por voces sepulcrales procedentes de la misteriosa oscuridad que les rodeaba. Al instante el campamento despertó y, confusos, cayeron en el pánico igual que los nativos. Tan aterrados estaban que habrían podido huir hacia la jungla de no haber sido porque, de pronto, aparecieron flotando en el aire, alrededor de las tiendas, unas relucientes calaveras, al tiempo que unas voces advertían:

—¡Regresad! ¡Regresad! La muerte os aguarda en la prohibida Ashair.

—¡Los asharianos! —exclamó Thetan.

Tarzán, con intención de resolver el misterio de esas extrañas apariciones, se adentró de un salto en la noche en dirección a la calavera que tenía más cerca. D'Arnot intentó reunir a los askaris, pero éstos estaban tan aterrorizados como los porteadores, muchos de los cuales se agazapaban con la frente pegada al suelo, mientras otros se tapaban los oídos o los ojos con manos temblorosas.

En medio de esta confusión irrumpió media docena de guerreros asharianos. Los blancos los recibieron a tiros. Wolff disparó y falló; entonces los intrusos se marcharon con la misma rapidez con que habían aparecido. Por encima del torbellino del campamento se elevó un grito aterrado de mujer.

Persiguiendo a la sonriente calavera en la oscuridad, el hombre mono, tal como esperaba, capturó a un hombre de carne y hueso. El tipo forcejeó y peleó, pero no podía compararse con el hombre de acero de la jungla, que le desarmó con rapidez y le llevó a rastras al campamento.

—¡Mirad! —gritó Tarzán a los nativos, señalando la máscara fosforescente de su cautivo—. No es más que un truco; no tengáis miedo nunca más. Es un hombre, como vosotros y como yo. —Entonces se volvió a su prisionero—. Puedes irte —ordenó—. Dile a tu gente que no venimos como enemigos, y que si nos envían a Brian Gregory, nos marcharemos.

—Se lo diré —replicó el guerrero; pero cuando se halló a salvo fuera del campamento, gritó—: Jamás veréis a Brian Gregory, porque ningún extraño que entra en la Ciudad Prohibida sale vivo de ella.

—De buena nos hemos librado —dijo Gregory con un suspiro—. No me acabo de creer lo que acaba de decir ese tipo. Sólo trataba de asustarnos. Para eso eran las voces, las calaveras y la redada, pero por un momento he pensado que nos habíamos metido en un buen lío.

—¿Quién ha gritado? —preguntó Tarzán.

—Parecía una de las chicas —dijo Lavac—, pero tal vez fuera un porteador. Estaban muertos de miedo.

Entonces Magra se acercó corriendo a ellos.

—¡Helen ha desaparecido! —exclamó—. Me parece que se la han llevado. —Yen aquel instante los guerreros asharianos arrastraban a Helen a la galera que estaba en la orilla del río, amarrada a poca distancia del campamento. Durante la confusión que habían causado deliberadamente en el campamento de los Gregory, un guerrero había capturado a Helen, y después todos se habían dirigido al río donde se encontraba la nave. La palma de una mano sobre su boca había silenciado a la muchacha; estaba indefensa contra su fuerza y ellos se apresuraron a subirla a bordo de la embarcación.

—¡Vamos! —gritó Thetan—. Su galera debe de estar cerca en el río. Hemos de alcanzarles antes de que zarpen —y, seguido por los demás, salió corriendo del campamento; pero cuando llegaron a la ribera vieron que la barca ya había partido y avanzaba gracias a los golpes regulares de sus largos remos.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó d'Arnot—. Tenemos que hacer algo. No podemos dejar que se la lleven sin más.

—Me temo que no volverás a verla nunca —se dolió Thetan—. Es hermosa, por lo que a buen seguro la llevarán al Templo del Padre de los Diamantes para ser entregada a los sacerdotes. Ningún extraño que entra allí sale vivo jamás. Mañana estará tan muerta para el mundo exterior como si no hubiera existido.

—¿No hay forma de alcanzarles? —preguntó Tarzán.

—¡Esperad un momento! —exclamó Thetan—. Existe una posibilidad remota. Si esta noche acampan a este lado del túnel que conduce al lago Horus, podríamos hacerlo; pero es un camino dificil, y sólo los hombres fuertes podrían recorrerlo.

—¿Me guiarás? —preguntó Tarzán.

—Sí —respondió Thetan—, pero ¿qué podemos hacer los dos solos contra una galera cargada de guerreros asharianos?

Por toda respuesta Tarzán levantó el rostro hacia el cielo y lanzó un grito horripilante; luego se volvió a d'Arnot.

—Vamos —dijo—. Vendrás con nosotros.

—Yo también iré —se sumó Lavac—. Necesitaréis todos los hombres que podáis reunir.

—Tú te quedarás aquí —ordenó Tarzán—. Debemos proteger el campamento.

Lavac protestó en voz baja, pero sabía que cuando Tarzán daba una orden había que obedecerle, y, mirando ceñudo a d'Arnot, contempló como desaparecían los tres hombres en la oscuridad.

Mientras Thetan los guiaba por el camino que él conocía, su mente estaba ocupada pensando en aquel extraño gigante blanco que había entrado en su vida. Su gran fuerza y su falta de miedo impresionaban al thobotiano, aquel hombre le parecía tan singular… ¡Qué extraño grito había lanzada cuando partían! ¿Qué razón podía haber en ello? Aún reflexionaba sobre ello cuando oyó unos gruñidos detrás de ellos que cada vez sonaban más fuertes. Alguien los estaba siguiendo. Miró tras de sí y vio unas confusas y grandes formas negras en el sendero detrás de los dos hombres que los perseguían.

—¡Hay algo detrás de nosotros! —les advirtió.

—Sí —dijo Tarzán—. Mis simios vienen con nosotros. Los he llamado antes de salir del campamento.

—¡Tus simios! —exclamó Thetan.

—Sí; serán buenos aliados y pueden llegar a donde ni los hombres más fuertes pueden ir. Los asharianos se sorprenderán al verlos.

—Claro coincidió Thetan, que también estaba muy sorprendido; y su sobrecogimiento aumentó no por los simios, sino por el hombre que podía controlarlos.

El camino se fue haciendo más empinado a medida que Thetan les conducía colina arriba con el fin de alcanzar la cima del barranco donde los asharianos acamparían si así lo decidían.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Tarzán.

—Deberíamos estar allí hacia el amanecer —respondió Thetan—. Si están acampados allá arriba, les tomaremos por sorpresa, pues no pueden imaginar que nadie llegue hasta allí, y por lo tanto es posible que nadie esté haciendo guardia.

—¡Pobre Helen! —se lamentó d'Arnot—. ¿Qué será de ella si se fueron

hacia Ashair sin detenerse?

—Jamás volverás a verla —señaló Thetan—. Durante generaciones mi pueblo ha intentado conquistar Ashair y llegar al templo y al Padre de los Diamantes; sin embargo, nunca lo hemos logrado.

—Helen tiene que estar allí —dijo d'Arnot—. ¡Tiene que estar!

—Existe una posibilidad —admitió Thetan—, pero sólo es una posibilidad.

XV

WOLFF estaba aterrado por completo. Los extraños sucesos, el ataque al campamento, la demostración de fuerza de los asharianos, todo había contribuido a impresionarle por los graves peligros y la inutilidad de la aventura. Su deseo de vivir era superior a su avaricia, y el Padre de los Diamantes había quedado olvidado en su ansiedad por escapar de lo que creía que era el destino cierto del grupo si intentaba penetrar en la Ciudad Prohibida de Ashair.

Cuando, por fin, el campamento dormía, despertó a Mbuli.

—¿Vais a quedaros aquí tú y tu gente para que os maten u os hagan esclavos? —preguntó.

—Mi gente tiene miedo —respondió el jefe—, pero ¿qué vamos a hacer? Tenemos miedo de quedarnos y tenemos miedo de huir del gran *bwana* Tarzán.

—Jamás volveréis a ver a ese hombre mono —aseguró Wolff al negro—. Él y el que come ranas serán muertos por los asharianos, que entonces volverán y nos asesinarán a todos o se nos llevarán como esclavos. ¿Te gustaría estar encadenado en una galera el resto de tu vida?

—No me gustaría, *bwana* —contestó Mbuli.

—Entonces escúchame. La chica de aquí corre peligro. Tengo que salvarla; así que os ordeno a ti y a tu gente que nos llevéis de nuevo a Bonga. ¿Cuántos crees que irán contigo?

—Todos, *bwana*.

—¡Bien! Ahora, manos a la obra. Haz que reúnan todos sus fardos, pero procura que no hagan ruido. Cuando todo esté a punto, coge a un par de chicos y a la muchacha. No le dejes hacer ruido.

Tras una noche de insomnio y terribles temores por el futuro, un leve ruido en la jungla detrás del campamento donde sus captores se habían detenido a pasar la noche llamó la atención de Helen. Empezaba el amanecer, su luz aliviaba la oscuridad que había envuelto el pequeño

barranco y revelaba a los atónitos ojos de la muchacha las figuras de grandes simios y hombres que se introducían con cautela en el campamento.

Al principio esta nueva amenaza la aterró; luego reconoció a Tarzán y casi a la vez vio a d'Arnot detrás de él, y la esperanza que había creído muerta creció en ella, de modo que apenas pudo reprimir una exclamación de alivio cuando se dio cuenta de que iban a rescatarla; entonces un ashariano se despertó y se percató del peligro. Lanzando un grito que despertó a los demás, se puso en pie de un salto y, suponiendo que se trataba de un intento de rescatar a la cautiva, Ka la agarró y la arrastró, forcejeando, hacia la galera.

Dándole ánimos a gritos, d'Arnot corrió a perseguirlos mientras dos guerreros entablaban pelea con Tarzán y Thetan y los simios se lanzaban contra los otros. El guerrero que se llevaba a Helen casi había llegado a la galera. Gritó a los esclavos que se prepararan para partir en cuanto hubiera subido a bordo, pero d'Arnot le estaba alcanzando y al fin se vio obligado a volverse y defenderse. D'Arnot se enfrentó con él empuñando la pistola mientras el hombre levantaba su lanza. Detrás de d'Arnot otro guerrero, que había escapado de los simios, corría en ayuda de su compañero. El francés no podía disparar al enemigo que tenía delante sin poner en peligro a Helen, y no sabía que otro se le estaba acercando a sus espaldas.

Esto que se tarda tanto en contar duró apenas unos segundos, pues cuando el guerrero estaba a punto de arrojar su lanza, Helen, reparando en la apurada situación de d'Arnot, se tiró a un lado y dejó al descubierto a su secuestrador, a quien d'Arnot disparó.

Tarzán, Thetan y los simios se habían deshecho del resto de asharianos, con excepción del que amenazaba a d'Arnot por detrás. El hombre mono se percató del peligro que corría su amigo, pero se encontraba demasiado lejos para alcanzar al guerrero que le amenazaba antes de que el hombre hundiera su lanza en la espalda de d'Arnot. Helen se dio cuenta del peligro y gritó para avisar al francés. D'Arnot se giró con la pistola amartillada y apretó el gatillo, pero el percusor dio inútilmente con una bala imperfecta; entonces Tarzán arrojó su lanza. Su objetivo estaba demasiado lejos, fuera del alcance de cualquier lanza salvo la del Señor de la Jungla. Con toda su gran fuerza, sustentada por el peso de su cuerpo, lanzó el arma; y cuando el ashariano estaba apuntando a d'Arnot, le atravesó el cuerpo y se le clavó en el corazón. Después de que el hombre cayera muerto a los pies de d'Arnot,

Helen de pronto se sintió mareada. Se habría desplomado de no ser porque d'Arnot la cogió en sus brazos.

—¡Vaya! —exclamó Thetan—. ¡Qué lanzamiento! En toda mi vida jamás he visto nada comparable.

—En toda tu vida —puntualizó d'Arnot— jamás habías visto a un hombre como Tarzán de los Monos.

Tarzán había pasado de largo y llegado a la galera, donde los esclavos se hallaban sentados con aire de perplejidad, sin saber qué hacer; entonces llamó a los simios y les ordenó que entraran en la galera entre los aterrados esclavos.

—No os harán daño —les aseguró Tarzán, y cuando Helen, d'Arnot y Thetan hubieron subido a bordo, ordenó a los esclavos que remaran por el río hacia el campamento de Gregory.

D'Arnot se sentó en la popa rodeando a Helen con el brazo, gesto de familiaridad que no pareció molestar a Helen. Al contrario, parecía muy satisfecha.

—Creía que te había perdido, cariño —susurró él.

Ella no respondió, sólo se acurrucó un poco más y suspiró feliz, algo que d'Arnot interpretó al menos como una aceptación de su amor, si no era una demostración del de la propia Helen. Se contentó con dejar el asunto tal como estaba.

Gregory, Lavac y Ogabi estaban de pie junto al río cuando la galera dobló un recodo y apareció a la vista.

—¡Vuelven los asharianos! —gritó Gregory—. Será mejor que nos metamos en la jungla y nos escondamos. Nosotros tres no tenemos ni una posibilidad contra ellos.

—¡Esperad! —advirtió Lavac—. Ese barco está lleno de simios.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Gregory—. Es cierto.

—Y ahí está el *bwana* Tarzán —señaló Ogabi.

Unos momentos más tarde el barco alcanzó la orilla y los simios descendieron, y Gregory estrechó a Helen entre sus brazos.

—Gracias a Dios que la has encontrado —dijo a Tarzán—. Pero tenemos malas noticias.

—¿Qué ocurre esta vez? —inquirió d'Arnot.

—Anoche Magra y Wolff se marcharon con todos los hombres y el equipo —explicó Gregory.

—Oh, no puedo creer que Magra hiciera una cosa así —se sorprendió

Helen.

Gregory menó la cabeza.

—No olvides —le recordó— que estaba conchabada con Thome.

—Bueno —concluyó Lavac—, la cuestión es que se ha ido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Gregory—. A mí me parece que el camino ha terminado.

—Al venir —informó Tarzán— he interrogado a algunos esclavos de la galera. Me han contado que un hombre blanco está prisionero en el templo del Padre de los Diamantes en Ashair. Quizá sea su hijo. He hablado con Thetan y él cree que es posible que el rey de Thobos nos reciba amablemente e incluso que nos ayude a rescatar a su hijo, si existe alguna probabilidad de que eso pueda llevarse a cabo. Dadas las circunstancias, tenemos la opción de ir a Thobos. Disponemos de una galera, y si entramos en el lago cuando se haga oscuro, acaso pasemos Ashair sin peligro.

—Me gustaría intentarlo —admitió Gregory—, pero no puedo pediros al resto que pongáis en peligro vuestra vida por mí una vez más. Si hubiera tenido idea de que íbamos a encontrar tantos peligros, jamás habría partido sin contar con una fuerza importante de hombres blancos.

—Yo iré con vosotros —se ofreció d'Arnot.

—Y yo —se sumó Lavac.

—Yo voy a donde vaya el *bwana* Tarzán —terció Ogabi.

—Entonces iremos todos —sentenció el hombre mono.

Un guerrero exhausto se presentó tambaleante ante Atka, la reina de Ashair.

—Habíamos acampado para pasar la noche en el barranco que está bajo el túnel —informó—. Llevábamos a una muchacha que habíamos capturado en el campamento de los extranjeros. Al amanecer fuimos atacados por tres hombres y una banda de simios. Uno de los hombres era thobotiano. El cabecilla era un guerrero blanco que iba desnudo. Al principio de la pelea recibí un golpe y perdí el conocimiento. No supe nada más hasta que lo recobré y me encontré sólo con los muertos. La galera se había ido. Creo que pensaron que yo también estaba muerto.

—¿Hacia dónde se fueron? —preguntó Atka.

—Eso no lo sé —respondió el guerrero—, pero es probable que regresaran corriente abajo hacia su campamento.

La reina se volvió a un noble que estaba de pie cerca del trono.

—Llena seis galeras —ordenó— y traedme a esa gente, viva o muerta. ¡Probarán la ira de Brulor!

XVI

WOLFF había seguido tambaleante el camino de regreso durante toda la noche, y su humor no había mejorado por el hecho de que hubiera tenido que arrastrar a Magra, que se resistía, la mayor parte del tiempo. Ahora se había detenido para efectuar un breve descanso. Los muchachos habían dejado sus fardos y se habían arrojado al suelo. Wolff se secaba el sudor de la frente y miraba a la muchacha echando fuego por los ojos.

—Podrías acompañarme de modo pacífico —la reprendió el hombre—. Sería más fácil para los dos. Te cogí y voy a llevarte conmigo. Será mejor que te hagas a la idea.

—Pierdes el tiempo —replicó Magra—. Puedes llevar un caballo al agua, sabes…

—Y también puedo hacerle beber —gruñó Wolff—. ¡Ven aquí! —la agarró y la atrajo hacia sí.

Con la mano derecha Magra intentó apartarle, mientas con la izquierda buscaba la pistola que colgaba de la cadera de él.

—¡Estate quieto —gritó— por Dios que te mataré! —Pero Wolff se echó a reír y la acercó aún más a su cuerpo.

Murió con una fea sonrisa en su rostro, después de que Magra le arrancó el arma de la pistolera y le disparó en el pecho. Cuando Wolff cayó, Mbuli se puso en pie de un salto, seguido por sus muchachos. La chica blanca ahora se hallaba sola y en su poder, y Mbuli sabía adónde conducirla para obtener un buen precio. Asimismo, el hombre muerto llevaba dos mil libras inglesas encima.

Magra se giró en redondo y se enfrentó a Mbuli.

—¡Recoged vuestras cargas y regresad al campamento! —ordenó. Mbuli vaciló y se acercó a ella. Su actitud era de insubordinación y amenazante—. Haz lo que te digo, Mbuli —espetó la muchacha—, o te pasará lo mismo que a Wolff.

—Estamos cansados —protestó Mbuli, para ganar tiempo—. Déjanos

descansar.

—Descansaremos en el campamento. ¡Vamos!

Magra urgió a los hombres a seguir y retornaron al campamento. Los hombres se quejaban, pero obedecieron pues habían visto cómo había matado a Wolff. Ella iba detrás de ellos y Mbuli justo delante suyo, y en ningún momento permitió que olvidara que una pistola le apuntaba a la espalda. Les habría hecho ir más deprisa si hubiera sabido que sus compañeros estaban a punto de abandonar el campamento y tomar una ruta que ella no podría seguir, pero no tenía modo de saberlo.

Mientras los demás miembros del campamento de Gregory discutían sus planes, Lavac se mantenía apartado con aire malhumorado, mirando a d'Arnot y a Helen que estaban cogidos de la mano, yen tanto que los otros iban a sus tiendas a recoger algunos artículos personales que los porteadores que habían desertado habían dejado, abordó a d'Arnot.

—Tiene mucha familiaridad con *mademoiselle* Helen —dijo—, y me da rabia, pero supongo que le prefiere porque es capitán y dispone de más dinero que yo.

D'Arnot, al que normalmente le costaba enfurecerse, enrojeció y luego se puso pálido.

—¡Y a mí me da rabia eso, cerdo! —espetó, y le dio un bofetón a Lavac.

—¡No puede hacerme algo así! —gruñó Lavac, sacando su pistola.

Por fortuna, dio la casualidad de que Tarzán pasaba cerca de Lavac. Se interpuso entre los dos hombres y cogió la mano del teniente que sostenía el arma.

—¡Ya basta! —reprobó—. Ya tenemos suficientes problemas sin que nos peleemos entre nosotros. Guardaré tu pistola hasta que te calmes y recuperes la sensatez. Ahora, todos al barco. Zarpamos hacia Thobos enseguida.

—No podremos —dijo Gregory—. Si Lavac siente lo que siente, mejor que nos espere aquí.

—¿Qué dices, Lavac? —preguntó Tarzán.

—No volverá a ocurrir —respondió el hombre—. He perdido la cabeza. Si el capitán d'Arnot acepta mis disculpas, se las ofrezco.

—Sin duda alguna —admitió d'Arnot—. Lamento todo el asunto, y siento haberle pegado.

Entonces los dos hombres se dieron la mano de forma mecánica y se separaron con frialdad. Era evidente que a partir de entonces nada salvo la mala sangre existiría entre ellos.

—¿Y los simios? —preguntó Gregory, más para romper el incómodo silencio que por interés.

—Les he dicho que se quedaran por aquí cerca durante una luna y cazaran —respondió Tarzán—. Si no lo olvidan, se quedarán; a menos que la caza sea muy mala.

Cuando Tarzán estaba a punto de subir a la galera, su aguzado oído captó ruido de pasos que se acercaban procedentes de la dirección de la jungla.

—Se acerca alguien —avisó—. Esperaremos a ver quién es. Estad preparados para luchar; puede que no sean amigos.

Entonces apareció a la vista la cabeza de un safari, que emergía de la jungla.

—¡Vaya, si son nuestros hombres! —exclamó Helen.

—Sí —asintió Tarzán—, y Magra va detrás. Tenías razón respecto a ella.

—Estaba segura de que jamás nos abandonaría de ese modo —dijo Helen—. Me pregunto dónde está Wolff.

—Magra apunta a Mbuli con una pistola —indicó d'Arnot—. ¡Eso es una mujer!

Magra les acompañó hasta el río, donde contó con brevedad cómo Wolff había convencido a Mbuli y a sus hombres de que la secuestraran y se marcharan, y también la muerte de Wolff.

—Wolff llevaba esto encima —señaló—. Las dos mil libras que estafó a míster Gregory y a Tom y el mapa que robó de la habitación de Helen.

—Qué bien que nos hemos deshecho de él —se alegró Gregory.

Tarzán ordenó a los nativos que cargaran todos los suministros y el equipo a bordo del barco, y cuando lo hubieron hecho les despidió.

—Podéis esperarnos aquí si lo deseáis —dijo—, o regresar a vuestra región. Al final seréis castigados por lo que habéis hecho.

Detrás de sus remos, los esclavos conducían la galera corriente arriba, mientras los miembros del grupo se relajaban momentáneamente de la tensión nerviosa de las últimas horas. Lavac iba sentado en la proa, mirando al frente, por lo que no veía a d'Arnot y a Helen colocados cerca uno de otro. Magra iba sentada aliado de Tarzán. Todos estaban tranquilos,

agradecidos por la paz y la serenidad del río. Durante un tiempo, al menos, parecía que tenían asegurado el camino hasta Thobos, pues pasarían por Ashair de noche. Cómo les recibirían en Thobos no lo sabían. Ni siquiera Thetan podía asegurarles más que él intercedería por ellos ante su tío, el rey, pero creía que el hecho de que Tarzán le hubiera salvado la vida y que fueran enemigos de los asharianos sería de gran ayuda para asegurarles una actitud amistosa por parte del rey Herat.

Magra suspiró y se volvió a Tarzán.

—Todos habéis sido tan espléndidos conmigo —agradecía—, aunque sabíais que era cómplice de Thome… Quiero que sepáis que ahora os soy leal a vosotros.

Tarzán no respondió. Otro asunto reclamaba su atención. La galera iba demasiado cargada. El agua casi llegaba a sus bordas mientras avanzaba con lentitud por la estrecha garganta.

—Hemos de poner parte de este material en tierra, en aquel barranco donde encontramos a Helen —sugirió—. Si tropezáramos con aguas rápidas en el río o con viento fuerte en el lago, nos hundiríamos.

—¡Mirad! —gritó Lavac—. Ahí viene una galera.

—¡Es ashariana! —alertó Thetan—. Y detrás vienen otras.

—Son seis —añadió Lavac.

—¡Dios mío! —exclamó Gregory—. Será mejor que demos la vuelta.

—Nos alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos —objetó Thetan.

Tarzán sonrió.

—Entonces, no queda más remedio que pelear —dijo.

—No tenemos ninguna oportunidad, ¿verdad? —preguntó Magra.

—Parece que no —respondió d'Arnot.

—Si existe algún gafe —protestó Helen—, sin duda lo tenemos campando por nuestro camino.

En la estrecha garganta resonaban los gritos de los asharianos, mientras sus galeras se iban acercando a sus indefensas víctimas. El grupo de Gregory les recibió con disparos y flechas, mientras que las cortas lanzas asharianas caían a su alrededor. Cuando los hombres se habían puesto en pie de un salto para disparar por encima de la cabeza de los esclavos, la galera se ladeó alarmantemente, con lo que el agua penetró con peligro en el barco y les hizo errar los tiros. Una lanza dio a uno de los remeros, y cuando se inclinó hacia delante, muerto, su remo golpeó el de otro esclavo, y un instante después la nave se ladeaba en el río mientras la galera

ashariana que iba en cabeza, empujada por la corriente y cuarenta remos, chocaba con ella. Se produjo un estrépito de madera que se rompía cuando la proa del enemigo se precipitó contra la parte central de la galera de los Gregory. Como ya estaba muy ladeada, con el impacto escoró, y en el momento en que el agua se derramó sobre la borda de babor empezó a hundirse, dejando a los pasajeros debatiéndose en el río y a sus esclavos gritando con sus cadenas; entonces las otras embarcaciones se acercaron para recoger a los supervivientes.

D'Arnot y Helen fueron arrastrados a la galera que estaba más lejos, corriente arriba, que de inmediato zarpó hacia Ashair. Los otros miembros del grupo habían ido corriente abajo antes de que por fin los recogiera una segunda galera. Tarzán había nadado al lado de Magra, dándole ánimos, mientras Gregory, Lavac y Ogabi permanecían cerca. Caía la noche y pronto oscurecería en la estrecha garganta. Cuando subieron a la embarcación vieron que Thetan ya estaba allí, pues había sido recogido antes que ellos, pero Helen y d'Arnot no, y el barco en el que se encontraban prisioneros se hallaba fuera de su vista pues había dado la vuelta a un recodo del río.

—¿Habéis visto a Helen? —preguntó Gregory, pero nadie la había visto.

—Casi desearía que se hubiera ahogado —añadió—. ¡Dios mío! ¿Por qué se me ocurrió emprender esta estúpida aventura?

—Habría sido mejor que nos hubiéramos ahogado todos —aseguró Thetan—. No hay esperanza para los que caen en manos de los asharianos.

—Todo lo que nos ha ocurrido hasta ahora —repuso Tarzán— es que nos hemos mojado. Esperad hasta que nos ocurra algo realmente malo antes de perder las esperanzas.

—¡Pero mira lo que nos espera! exclamó Lavac.

—No sé lo que nos aguarda, y tú tampoco —le recordó el hombre mono—; por lo tanto, será mejor que preveamos lo mejor y lo peor.

—Una excelente filosofía —comentó Gregory—, pero un gran esfuerzo para la credulidad de uno.

—Yo creo que es buena —dijo Magra.

En la galera que iba en cabeza, Helen y d'Arnot estaban sentados juntos, acurrucados, temblando de frío.

—Me pregunto qué se habrá hecho de los otros —observó la muchacha.

—No lo sé, cariño —señaló d'Arnot—, pero gracias a Dios tú y yo no

nos hemos separado.

—Sí —susurró ella, y luego dijo—: supongo que esto es el fin, pero estaremos juntos.

—Ten confianza, cariño. No pierdas la esperanza; todavía no nos han hecho daño.

—Pobre papá —dijo Helen—. ¿Crees que los demás se habrán ahogado?

—Puede que también les hayan recogido —respondió d'Arnot para animarla.

—De poco nos servirá a ninguno —prosiguió la muchacha—. No me extraña que el pobre Brian no regresara jamás de Ashair. ¿Qué ha sido eso?

Un grito horripilante quebró el silencio de la noche, reverberando misteriosamente en la estrecha garganta.

XVII

ATAN THOME y Lal Taask estaban instalados con comodidad en la terraza del palacio de Atka, que daba al lago. Los trataban como invitados, pero sabían que eran prisioneros. Lal Taask habría dado su alma por estar fuera de aquel país, pero Atan Thome seguía albergando sueños sobre el Padre de los Diamantes, que imaginaba como una piedra del tamaño de un balón de fútbol. A menudo se divertía tratando de calcular su valor; luego lo pasaba a libras esterlinas y compraba yates y castillos y grandes fincas rurales. Organizaba las más extraordinarias cenas que París jamás había conocido y era admirado por las mujeres más bellas del mundo, a las que cubría de pieles y joyas. Pero los muros de Ashair seguían alzándose a su alrededor y, por encima de ellos, las paredes del Tuen-Baka.

Mientras estaban allí sentados, el noble Akamen se reunió con ellos.

—Con toda probabilidad vuestros enemigos ya han sido capturados —les informó.

—¿Qué les ocurrirá? —preguntó Lal Taask. Pensaba en lo que podría pasarle a él tarde o temprano.

—Conocerán la ira de Brulor —respondió Akamen.

—¿Quién es Brulor? —se interesó Thome.

—Brulor es nuestro dios, el Padre de los Diamantes —explicó el ashariano—. Su templo se encuentra en el fondo del lago Horus, protegido por los sacerdotes de Brulor y las aguas del sagrado Horus.

—Pero yo creía que el Padre de los Diamantes era un diamante —exclamó Atan Thome, aterrado por la idea de que se trataba de un hombre.

—¿Qué sabes del Padre de los Diamantes? —inquirió Akamen.

—Nada —se apresuró a contestar Thome—. Acabo de oír mencionarlo.

—Bien —asintió Akamen—, es algo de lo que no debemos hablar con los bárbaros, pero no me importa decirte que el Padre de los Diamantes es el nombre que damos tanto a Brulor como al Padre de los Diamantes que descansa en el cofre que se encuentra en el altar ante su trono, en el templo.

Atan Thome exhaló un suspiro de alivio. Así que después de todo existía un Padre de los Diamantes. De pronto le llegó con debilidad a los oídos un extraño grito procedente de la lejanía del lago, en la dirección del túnel que conducía al mundo exterior y llevaba las aguas de Horus hasta el mar a miles de kilómetros de distancia.

—Me pregunto qué ha sido eso —se extrañó Akamen—. Parecía casi humano.

—¿Hay simios por aquí? —preguntó Thome.

—No —contestó Akamen—. ¿Por qué?

—Ha sonado un poco como un simio —respondió Atan Thome.

—Ahí dentro estará muy oscuro —comentó Tarzán cuando la galera en la que él y sus compañeros prisioneros eran trasladados a Ashair se acercó a la boca del túnel que conducía al lago Horus. Habló en inglés—. Cada uno de vosotros que coja a un par de hombres, y cuando yo diga «*Kreegah*», arrojadlos por la borda. Si actuamos muy deprisa, pillándoles desprevenidos, podemos hacerlo; yen cuanto hayáis tirado a dos por la borda, coged más. No puedo explicárselo a Thetan ni a Ogabi ahora, ya que los asharianos entienden suajili, pero en cuanto os dé la señal, se lo diré.

—¿Y después qué haremos? —preguntó Lavac.

—Bueno, nos haremos cargo del barco, por supuesto —manifestó Gregory.

—Seguro que nos matarán —intervino Lavac—, pero a mí no me importa.

En el momento en que la nave se acercaba al túnel, un guerrero que estaba en la proa encendió una antorcha, pues en el interior del túnel ni siquiera el cielo se vería para guiar al timonel. Tarzán lamentó la existencia de la antorcha, pero no abandonó su plan. Quizás ahora sería más dificil, pero le parecía que seguía siendo una excelente oportunidad.

De pronto el hombre mono se puso en pie de un salto y mientras arrojaba un guerrero al agua, su grito «¡*Kreegah*!» resonó por todo el túnel.

—¡A tirarlos por la borda! —bramó, y Thetan y Ogabi captaron la intención de su plan al instante.

El caos y la confusión reinaron a bordo de la galera, cuando cinco hombres desesperados y decididos cayeron sobre los guerreros asharianos, arrojándolos o empujándolos por la borda. Los atónitos asharianos quedaron tan sorprendidos que al principio cayeron víctimas del plan, pero

después, los que habían escapado al primer ataque súbito de los prisioneros, se reunieron y se defendieron de un modo tal que puso en peligro el éxito del atrevido plan del hombre mono.

Magra, sentada en la zona media de la embarcación, se hallaba en el centro del tumulto. Agazapada entre dos esclavos de la galera, observaba la salvaje escena fascinada y sin miedo. La antorcha encendida en la proa de la nave dibujaba el escenario con altas luces y profundas sombras que danzaban sobre un fondo de oscuridad estigia, una imagen en movimiento de almas batallando al borde del Infierno; y entre ellas se movía, con la fuerza, la agilidad y la majestad de un gran león, la figura como divina del Señor de la Jungla. Vio asimismo la amenaza de la derrota que no podía evitar, y luego oyó gritar a Thetan:

—¡Ayudadnos, esclavos, y ganad vuestra libertad!

Casi como un solo hombre, los esclavos se levantaron con sus cadenas y golpearon a sus antiguos dueños con remos o puños. Hombres gritando y maldiciendo fueron lanzados a las negras aguas. Un guerrero se precipitó sobre Tarzán por detrás con su espada, pero Magra le cogió el tobillo y le hizo tropezar y caer entre dos esclavos, que le arrojaron por la borda.

Mientras resonaban en el túnel los gritos y aullidos, Helen se apretó más a d'Arnot.

—Ahí detrás están peleando —advirtió.

—Sí —coincidió el francés—. El primer grito ha sido el aviso de Tarzán, «*kreegah*»; o sea que puedes estar segura de que están peleando.

—Al menos sabemos que no todos se ahogaron —se alegró la muchacha—. Quizá papá aún esté vivo, pero ¿qué posibilidades tienen contra todos esos guerreros?

—Siempre existe una posibilidad en el bando en el que lucha Tarzán —replicó d'Arnot—. Me sentiría mucho mejor por ti si estuvieras en la galera en la que va él.

—En el caso de que tú estuvieras también allí —repuso ella—; de lo contrario, prefiero estar aquí.

Él la estrechó aún más entre sus brazos.

—Que irónico destino el que sólo nos hayamos podido conocer y amar en estas circunstancias. Para mí, vale la pena el precio que tenga que pagar, sea cual sea, pero para ti…, bueno, ojalá nunca hubieras venido a África.

—¿Es eso la famosa galantería francesa? —bromeó ella.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, pero aun así te alegras de que viniera a África, y yo también, pase lo que pase.

En la galera de la retaguardia, cuando se hubieron zafado de sus adversarios, el pequeño grupo hizo recuento de sus pérdidas.

—¿Dónde está Ogabi? —preguntó Tarzán.

—Un ashariano lo ha arrojado por la borda —informó Magra—. Pobre tipo.

—Fue vengado con ganas —se consoló Lavac.

—Ahora sólo faltan Helen y d'Arnot —apuntó Gregory—. Si no se han ahogado, deben de estar en una de las galeras que van delante. ¿No hay modo de rescatarlos?

—Tenemos cinco galeras delante —explicó Thetan—. Sólo somos cuatro hombres. No tendríamos ninguna posibilidad contra cinco galeras de guerreros asharianos. La única hipotética esperanza de salvarlos es pedir ayuda a mi rey, pero ya os he dicho que los thobotianos nunca han podido entrar en Ashair. Como mucho podemos esperar salvarnos nosotros, y no será fácil si alguna de las galeras que van delante nos espera. Tendremos que apagar nuestra antorcha y arriesgarnos en la oscuridad.

Cuando por fin la galera salió del túnel y el lago se abrió ante ellos, una extensión de agua aparentemente enorme a la escasa luz de las estrellas, vieron las antorchas encendidas de cinco galeras lejos a su izquierda, y justo después las luces de Ashair. No había ninguna galera esperándoles, y el camino a Thobos permanecía despejado para ellos.

Poco después del amanecer se acercaron al muelle de Thobos. Un grupo de guerreros estaba preparado para recibirlos, y aunque Thetan se hallaba a plena vista en la proa de la galera, su actitud era beligerante.

—No parecen muy amistosos —observó Magra—. Quizás huimos del fuego para ir a dar en las brasas.

—¿Quién viene? —preguntó uno de los guerreros.

—Thetan, sobrino del rey Herat —respondió Thetan.

—Reconocemos a Thetan, pero los otros son extraños —dijo el guerrero.

—Son amigos —explicó Thetan.

—Son extraños, y los extraños sólo pueden entrar en Thobos como prisioneros —insistió el guerrero—. Si quieren bajar a tierra sin pelear, hazles dejar sus armas.

Con estas condiciones permitieron que el grupo descendiera a tierra,

pero de inmediato fueron rodeados por ceñudos guerreros.

—Ya sabes, Thetan —manifestó el cabecilla—, que va contra la ley traer extraños a Thobos; y por lo tanto, aunque seas su sobrino, debo arrestarte con los otros y llevarte ante el rey Herat.

XVIII

HELEN y d’Arnot fueron encerrados poco después en una mazmorra del palacio de Ashair; luego fueron llamados a presencia de la reina. Cuando les conducían a la sala del trono, Helen exclamó con asombro:

—¡Eh, ahí están Thome y Taask!; allí, aliado de la tarima.

—Así que ése es Thome —observó d’Arnot—. Me gustaría ponerle las manos encima. No parecen prisioneros. Me pregunto qué significa esto.

—¡Silencio! —ordenó uno de sus guardias.

Cuando eran conducidos al pie de la tarima, Atka les miró con severidad.

—¿Por qué habéis venido a la Ciudad Prohibida? —interrogó.

—Para encontrar a mi hermano, Brian Gregory —respondió Helen.

—¡Mientes! —espetó Atka—. Habéis venido a robar el Padre de los Diamantes.

—La muchacha es inocente, oh, reina —intervino Thome—. Eran el hombre y sus compañeros los que buscaban el Padre de los Diamantes. Si dejas la chica a mi cargo, yo me haré responsable de ella.

—La chica dice la verdad —explicó d’Arnot—. Sólo vino a buscar a su hermano, pero ese hombre miente. Es él quien vino a robar el Padre de los Diamantes. ¿Por qué habría venido si no? No tiene a ningún hermano aquí. No hay ninguna otra razón por la que pudiera emprender este costoso y peligroso viaje a Ashair.

—Todos mentís —reconvino Atka con aspereza—. Envía a la chica al templo como criada de los sacerdotes. Y encarcelad al hombre.

De pronto, antes de que pudieran impedirlo, d’Arnot se deshizo de los guardias y se precipitó sobre Atan Thome, cerrando sus fuertes dedos en la garganta del euroasiático para matarle.

—Aunque sea lo último que haga en esta vida… —bramó, pero unos guerreros saltaron sobre él y le apartaron antes de que pudiera consumar su plan.

—¡A las jaulas! —ordenó Atka—. Pasará el resto de su vida mirando el Padre de los Diamantes que habría profanado.

—¡Adiós, Helen! —gritó cuando los guerreros se lo llevaron a rastras de la sala del trono.

—¡Adiós, Paul! —Eso fue todo lo que dijo, pero las lágrimas le anegaban los ojos al tiempo que miraba tensa al hombre al que amaba, al que creía que estaba viendo por última vez.

Mientras unos guerreros cogían a Atan Thome y a Lal Taask, Akamen se acercó a la reina y le susurró unas palabras. Ella asintió y ordenó a los guerreros que soltaran a los dos hombres.

—Entrego estos hombres a Akamen para que se haga cargo de ellos —anunció—. Él será su responsable. Llevaos a la chica. Que las mujeres la purifiquen antes de que la conduzcan hasta los sacerdotes.

Dos guerreros se llevaron a d'Arnot por una larga rampa hasta un tosco ascensor que unos esclavos hacían funcionar en un torno de la planta de arriba. Entraron en la jaula con él e iniciaron el descenso a través de un oscuro pozo.

—Espero que echaras un buen vistazo al mundo antes de que te trajeran a palacio —comentó uno de los guerreros—, pues es la última vez que lo verás.

—¿Por qué? —preguntó d'Arnot—. ¿Adónde me lleváis?

—Al templo de Brulor —respondió el guerrero—. Se halla en el fondo del lago Horus, el sagrado. Pasarás allí el resto de tu vida. Puede que sea una vida breve, o puede ser larga. Después de pasar unas semanas en el templo rogarás para que sea corta.

D'Arnot era incapaz de juzgar la profundidad del largo pozo por el que estaba descendiendo para ir a un destino imposible de adivinar. Podían haber descendido sesenta metros o podían haber sido más. Fuera lo que fuese, estaba convencido de que no estaba en condiciones de escapar ni ser rescatado. Al pie del pozo, los guerreros lo entregaron a dos sacerdotes, que lo condujeron por un corredor que discurría bajo el lago. Al final del corredor lo hicieron entrar en una gran sala rectangular, en cuyo fondo había un anciano sentado en un adornado trono. Estaba rodeado de sacerdotes y doncellas, y ante él se alzaba un altar en el que descansaba un gran cofre adornado con joyas.

A ambos lados de la sala se veían varias jaulas, que a d'Arnot le recordaron las leoneras del zoo, pero en ellas no había leones, sólo unos

hombres demacrados, semidesnudos, con el cabello y barba desaliñados.

Los sacerdotes condujeron a d'Arnot al pie del trono.

—He aquí uno que quería profanar el Padre de los Diamantes y que la reina Atka ha enviado como ofrenda a Brulor —explicó uno de los sacerdotes.

—Ya tenemos demasiados para alimentar —se quejó el anciano—. Zytheb, ponle en una jaula.

Un alto sacerdote, que llevaba un gran aro con llaves colgado del cinturón, se adelantó y condujo al hombre a una de las jaulas, que abrió con llave, e hizo un gesto a d'Arnot para que se introdujera en ella. Cuando la puerta se cerró tras él, un escalofrío recorrió el cuerpo del francés como si hubiera entrado en su propia tumba.

Un prisionero barbudo, medio muerto de hambre, que estaba en la jaula de aliado miró a d'Arnot con curiosidad.

—¡Pobre diablo! —exclamó—. ¿También has venido en busca del Padre de los Diamantes?

—No —contestó d'Arnot—. He venido en busca de un hombre.

—¿Qué hombre?

—Un hombre llamado Gregory, que se supone está prisionero aquí —respondió d'Arnot.

—Qué interesante —comentó el hombre—. Sin embargo, no puedo sino preguntarme qué interés puedes tener en buscar a Brian Gregory, porque aquí está: soy yo, y no recuerdo haberte conocido nunca.

—¡Así que tú eres Brian Gregory! —celebró d'Arnot—. Por fin te he encontrado, aunque no nos servirá de nada a ninguno de los dos. Pero déjame que me presente. Soy el capitán d'Arnot, de la Armada francesa.

—Eso aún lo hace más desconcertante —se extrañó Gregory—. ¿Qué interés puede tener la Armada francesa en mi búsqueda?

—No tiene ningún interés —replicó d'Arnot—. Dio la casualidad de que me encontraba en Loango cuando tu padre estaba organizando esta expedición para ir en tu búsqueda, y yo me uní a ella.

—Oh, ¿así que papá iba a venir en mi búsqueda? Espero que no lo haya hecho.

—Lo ha hecho, y también tu hermana.

—¿Helen? ¡No habrá venido aquí!

D'Arnot asintió.

—Lamento decir que sí.

—¿Dónde está? ¿Y dónde está papá?

—No sé dónde está tu padre, pero tu hermana fue hecha prisionera conmigo. Esta aquí, en Ashair.

—¡Dios mío! —se lamentó Gregory—. ¡Y yo los he traído aquí! Yo y esa maldita cosa que está en el cofre.

—¿Es el Padre de los Diamantes? —preguntó d'Arnot.

—Sí, Y así llaman también a Brulor: el Padre de los Diamantes. El gran diamante está en el cofre, y Brulor es el dios que lo protege, por eso también le llaman el Padre de los Diamantes.

—¿El anciano que está sentado en el trono es Brulor? —se interesó d'Arnot.

Brian asintió.

—¡Es un viejo diablo!

La mirada de d'Arnot se paseó por las jaulas y los otros prisioneros.

—¿Todos estos hombres son del mundo exterior? —preguntó.

—No —respondió Brian—. Algunos son asharianos que han despertado la ira de Atka, algunos son de Thobos, y el de la jaula de aliado es Herkuf. Era sacerdote, pero por alguna razón se enfrentó con el anciano y ahí está.

—¿Y no hay forma de escapar? —interrogó el francés.

—No, ninguna —sentenció Brian.

Mientras los dos hombres hablaban, las mujeres asharianas habían finalizado la purificación del cuerpo de Helen con aceites aromáticos en una cámara de palacio, y la estaban vistiendo con el escaso atuendo de una doncella.

—Es una suerte para ti que seas bella —la consoló una de las mujeres —, porque así estarás con los sacerdotes y no con los guerreros o los esclavos. Por supuesto, pueden elegirte para el sacrificio, pero si no es así, no irás a parar a los guerreros o a los esclavos hasta que seas vieja y fea.

Una vez completado el aseo, Helen fue acompañada por el largo pozo y por el corredor hasta la sala del trono de Brulor, y cuando entró, dos hombres la vieron y sus corazones se quedaron paralizados por la emoción. Uno de ellos la llamó por su nombre cuando pasó por delante de su jaula. Ella se volvió, perpleja.

—¡Brian! —exclamó—. Oh, Brian, ¿qué te han hecho? —Entonces reconoció al prisionero de la jaula de aliado—. ¡Paul! ¡Los dos estáis aquí!

—¡Silencio, mujer! —ordenó uno de los sacerdotes que la escoltaban; la llevaron ante Brulor.

Al tiempo que el anciano la examinaba, Zytheb, el sacerdote que llevaba las llaves colgadas del cinturón, susurró algo al oído de Brulor.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —le preguntó Brulor.

—Helen —respondió ella.

—¿De qué país vienes?

—De América.

Brulor se rascó la cabeza.

—Ese país no existe —replicó—. Hay un prisionero que ha dicho que venía de ese país, pero sabía que mentía. Tú no debes mentir. Te irá mejor si siempre dices la verdad. Zytheb, tú ocuparás tu lugar aliado de la muchacha. Helen —prosiguió—, tú servirás a Zytheb, Guardián de las Llaves; y procura, muchacha, servirle bien. Aprende los ritos sagrados del templo y obedece a Zytheb.

Éste pasó las manos por encima del cofre adornado con joyas con aire místico y masculló algo en una extraña lengua. Cuando terminó, levantó la mirada hacia las dos personas que estaban ante él.

—¡Zytheb y Helen ahora son marido y mujer! —anunció.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó d'Arnot.

—Ese viejo diablo ha casado a Helen con esa bestia, Zytheb —respondió Brian con un juramento—, y nosotros aquí encerrados como bestias salvajes, incapaces de ayudarla. ¡No te puedes imaginar lo que significa para mí, su hermano!

—¡Y tú no te imaginas lo que significa para mí, Brian! —añadió d'Arnot—. Yo la amo.

XIX

THETAN, junto con Tarzán, Gregory, Magra y Lavac, fue llevado ante Herat como prisionero. Rodeaban el trono del rey guerreros negros adornados con plumas, ya su lado se sentaba la reina, Mentheb. Herat era un hombre corpulento con una larga barba negra y el labio superior liso. Su rostro era duro, arrogante y de expresión cruel. Miró a Thetan con ceño.

—Conoces las leyes de Thobos —lo reprendió—, y sin embargo te has atrevido a traer extraños aquí. Ni siquiera mi sobrino puede quebrantar las leyes de Thobos impunemente. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Me atacó uno de los grandes reptiles de las laderas exteriores del Tuen-Baka —explicó Thetan—. Me habrían matado si este hombre, Tarzán, arriesgando su propia vida, no hubiera acabado con la bestia y me hubiera salvado a mí. Cuando descubrí que él y sus compañeros eran enemigos de los asharianos, intenté ayudarlos, pues tengo contraída una gran deuda con Tarzán. Creí, mi rey, que tú pensarías lo mismo que yo. Puede que sean extranjeros, pero no son enemigos; son mis amigos y como tales deberían ser aceptados por mi pueblo y mi rey.

Herat aflojó un poco el ceño y se quedó sentado, pensativo, unos minutos.

—Lo que me cuentas —sentenció— disminuye tu culpabilidad; y te perdono, pero sigue siendo un hecho el que son extraños y deberían ser destruidos. Sin embargo, dadas las circunstancias extraordinarias, seré benévolo y les ofreceré la oportunidad de vivir. Su vida dependerá del cumplimiento de tres condiciones: que en la pista uno de ellos mate a un guerrero ashariano. Ésa es la primera. La segunda es que uno de ellos mate a un león salvaje en la pista; y la tercera, que me traigan el Padre de los Diamantes del templo de Ashair.

Thetan se volvió a Tarzán.

—Lamento, amigo mío —le dijo— haberos traído aquí para morir. Merecéis un destino mejor.

—Todavía no estamos muertos —dijo el hombre mono.

—Entregad la muchacha a las mujeres. Ellas se ocuparán de que no le ocurra ningún daño —ordenó Herat—. Encarcelad a los hombres hasta que envíe a uno de ellos a los asharianos. Lleváoslos.

Unos guerreros trasladaron a Tarzán, Gregory y Lavac a la celda de una mazmorra y los encadenaron a una pared. El lugar era húmedo y frío, y ni siquiera había paja sobre la que tumbarse.

—Un país hospitalario —observó Lavac.

—Al menos el rey tiene sentido del humor —bromeó Tarzán.

—Se refleja en su semblante benévolo —ironizó Gregory.

—Cualquiera de nosotros podría matar al ashariano —reflexionó Lavac—, pero difícilmente a un león salvaje. Bueno, quedamos tres. Me pregunto cuál será el siguiente en desaparecer.

—Y yo me pregunto qué será de Magra —dijo Gregory.

—El viejo Herat no le quitaba los ojos de encima —comentó Lavac—. Apuesto a que sabe dónde está.

—La han entregado a las mujeres —aseguró Tarzán—. Espero que Thetan pueda ayudarla.

—Necesitará ayuda —observó Lavac— y no tendrá ninguna.

En Ashair, Atan Thome y Lal Taask estaban sentados en una agradable habitación con el noble Akamen. Si el precio del pecado es la muerte, acaso el pagador estaba haciendo la siesta, pues Atan Thome y Lal Taask parecían entregados a una vida de comodidad y lujo.

—Es una suerte para ti —comentó Akamen— que tenga influencia con la reina; de lo contrario estaríais languideciendo en las jaulas del templo de Brulor, y puedo aseguraros que no es un lugar agradable.

—Tenemos una gran deuda de gratitud contigo, amigo mío —observó Atan Thome.

—Una deuda que tal vez podréis pagar —apuntó Akamen—. Recordad lo que os dije.

Atan Thome asintió.

—Sí —dijo—, que eres primo de la reina y que cuando ella muera tú serás rey.

—Exacto —se ufanó Akamen—, pero lo más importante para vosotros es que si yo reinara, vuestras vidas ya no correrían peligro; y si lo desearais, podría ocuparme de que abandonarais Ashair y regresarais a

vuestro país.

—Con tu guía y consejo, noble Akamen, estoy convencido de que eso podrá cumplirse con toda prontitud —le aseguró Atan Thome.

Gregory y Lavac estaban entumecidos cuando se despertaron a la mañana siguiente tras una noche en duermevela. Tarzán, habituado a las penalidades, lo había soportado mejor.

—¡Señor, qué noche! —se quejó Gregory—. Si los constructores de este lugar hubieran buscado todas las formaciones geológicas de la corteza terrestre no habrían podido encontrar una piedra más dura que estas losas de lava.

—Ni más fría —añadió Lavac—. ¿Crees que hay alguna manera de poder escapar? Preferiría correr cualquier riesgo a permanecer aquí. ¿No hay nadie capaz de traernos comida?

—¡Silencio! —previno Tarzán—. Se acerca alguien.

Los otros no habían sentido nada. Fue el aguzado oído del hombre mono el que captó el débil sonido de sandalias sobre el suelo de piedra del corredor que conducía a la celda. Unos instantes después abrieron la puerta con llave y entraron tres guerreros.

—Uno de vosotros ha de pelear con un ashariano —les informó uno—. Es un gigante, un famoso asesino de hombres. Si gana, y lo hará, obtendrá su libertad. ¿Cuál de vosotros desea morir primero?

—Dejadme ir a mí —se ofreció Lavac—. Mejor estar muerto que aquí.

—No —le detuvo Gregory—. Dejadme ir a mí. Soy viejo.

—Iré yo —zanjó Tarzán— y no me matarán.

Los guerreros se echaron a reír.

—Alardea mientras puedas —dijo uno.

Llevaron a Tarzán a una pequeña pista, un patio rodeado por los edificios de palacio. En un extremo se situaba una tribuna para espectadores y allí estaban sentados el rey Herat y la reina Mentheb con su corte. Tarzán levantó la mirada hacia ellos y vio que Thetan también se encontraba allí. Una guardia de guerreros con adornos de plumas permanecía de pie detrás del rey y la reina, y a cada extremo de la tribuna se apostaba un trompetero. Mientras Tarzán esperaba en el centro de la pista, los trompetas alzaron sus instrumentos y tocaron una fanfarria, y por una puertecita que había bajo el palco real salió a la pista un hombre de gran corpulencia.

—¡Buena suerte, Tarzán! —gritó Thetan.

—La necesitará —aseguró Herat—. Apuesto mil contra uno a que muere.

—¡Acepto! —exclamó Thetan.

El ashariano se aproximó a Tarzán y empezó a rodearle, buscando el momento de atacar.

—He matado a hombres como Memet —presumió—. Será un gran placer matarte a ti.

Tarzán se limitó a rugir, como le habían enseñado de pequeño; pero ese rugido desconcertó al ashariano, pues era el rugido de un león. Eso le puso un poco nervioso, y decidió acabar con el asunto lo antes posible, así que atacó de frente con intención de aplastar a su adversario con su fuerte abrazo. Así había triturado a Memet, apretándole contra su pecho hasta que las costillas rotas se le clavaron en el corazón. Tarzán le dejó hacer, pues eso es lo que quería. El ashariano aplicó toda su fuerza, pero aquel pecho de acero no cedió un centímetro. Se quedó atónito. Era increíble. Entonces Tarzán, rugiendo de nuevo, buscó la yugular de su enemigo con los dientes, y el ashariano se quedó francamente aterrorizado. Con rapidez deshizo su abrazo y se apartó.

—¿Qué eres? —preguntó—, ¿un hombre o una bestia?

—Soy Tarzán de los Monos. ¡Y mato!

Como una rata acorralada que teme la muerte pero se ve obligada a luchar para sobrevivir, el ashariano atacó con la cabeza baja. Cuando Tarzán intentó retirarse, resbaló y el gigante le golpeó de lleno en el pecho con la cabeza, derribándole; entonces, el ashariano se volvió y dio un enorme salto en el aire para caer sobre su enemigo caído y aplastarle.

Un grito se elevó desde el palco real.

—¡He ganado! —exclamó Herat.

—Tal vez —admitió Thetan—, pero todavía no, ¡mira!

Mientras el ashariano se hallaba aún en el aire. Tarzán rodó veloz a un lado y el otro aterrizó pesadamente en el suelo. Ambos hombres se pusieron en pie al instante, como un resorte; el ashariano sacó una daga de su fajín y se abalanzó sobre el hombre mono. Había quebrantado las reglas del juego, pero estaba demasiado aterrorizado para preocuparse por ello. Sólo pensaba en matar a aquel hombre-bestia.

Cuando su enemigo iba a atacarle con la daga. Tarzán se retiró a un lado, giró en redondo y le agarró por detrás; entonces lo volteó por encima

de su cabeza y le arrojó al suelo. Habría podido matarle entonces, pero prefirió jugar con él como un gato juega con un ratón. Era el castigo del ashariano por intentar utilizar una daga, y también era el talante de la jungla, severo y terrible.

El hombre se puso en pie con esfuerzo, y mientras Tarzán se acercaba a él con lentitud se volvió y se fue corriendo, suplicando clemencia. El hombre mono le persiguió, y, aunque le hubiera resultado fácil cogerle, se quedó unos pasos atrás rugiendo de vez en cuando para aterrorizar más a su presa.

—¿Nos has invitado a contemplar una carrera a pie? —preguntó divertido Thetan.

El rey Herat sonrió.

—Al parecer algo le ha ocurrido al famoso asesino de hombres —admitió.

Empujado de la desesperación al terror, el ashariano se giró. Tarzán se detuvo y empezó a dar vueltas alrededor de su adversario, dejando escapar gruñidos bajos. De pronto, el aterrorizado hombre alzó la daga y se la clavó en su propio corazón.

—Has perdido, Herat —se rió Thetan.

—Pero tu Tarzán no le ha matado —objetó el rey.

—Le ha matado de miedo —replicó Thetan.

Herat se rió también.

—Has ganado —reconoció—. Envía a buscar a ese hombre. Tengo algo que decirle.

—Jamás he visto a un hombre igual —comentó la reina Mentheb—. No debería ser destruido.

Escoltaron a Tarzán hasta el palco real, donde se detuvo ante el rey y la reina.

—Te has ganado la libertad justamente —le anunció Herat— y voy a cambiar las condiciones. Serás libre con independencia del resultado del resto de las condiciones. Los otros pueden ganar su libertad uno a uno.

—¿Y la muchacha? —preguntó Tarzán—, ¿qué será de ella?

Herat dio muestras de incomodidad y lanzó una rápida mirada a su reina mientras contestaba:

—No se le hará ningún daño a la chica —aseguró—, y si se cumplen todas las condiciones, obtendrá su libertad. Tú te quedarás como invitado de Thetan hasta que tus compañeros hayan tenido éxito o fracasado;

entonces podréis abandonar la región. Decidid entre vosotros esta noche cuál de los otros dos peleará con el león mañana.

—Yo mismo mataré al león —indicó Tarzán.

—¡Pero tú ya te has ganado tu libertad! —exclamó la reina Mentheb—. No tienes por qué arriesgar tu vida.

—Mataré al león —reiteró Tarzán.

Herat miró a la reina con aire interrogativo.

—Si desea que lo maten, que lo haga —dijo con aspereza.

XX

LA SALA del trono del templo de Brulor estaba vacía salvo por los pobres prisioneros que encerraban sus jaulas.

—Se han ido y se han llevado a Helen —se lamentó d'Arnot—. ¿Qué harán con ella?

—No lo sé —respondió Brian con desánimo—. Aquí uno no sabe nada. Sólo vive y sufre. Si tiene suerte, puede ser elegido para el sacrificio y morir. A veces eligen a uno de los prisioneros, a veces a una de las doncellas. Es un espectáculo cruel y sangriento.

Cuando dejó de hablar, una grotesca figura entró por una puerta del otro extremo en la sala del trono. Parecía un hombre vestido con un apretado traje de piel acompañado de un extraño casco que le cubría toda la cabeza y un artilugio de insólito aspecto atado a su espalda. Llevaba un tridente en cuyo extremo se retorcía un gran pez. El agua goteaba del casco y del traje.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó d'Arnot—. ¿Qué es eso?

—Es un ptomo con nuestra cena —respondió Brian—. Los ptomos son sacerdotes menores y grandes pescadores. Salen al fondo del lago Horus a través de compartimentos estancos y pescan con el tridente los peces que nos sirven de alimento. Eso que lleva a su espalda les proporciona oxígeno que obtiene del agua, que va entrando en él en pequeñas cantidades. Dicen que con uno de esos cascos un hombre podría vivir bajo el agua de manera casi indefinida, en lo que se refiere a suministro de aire. Observarás las gruesas suelas metálicas de sus zapatos; eso les impide caer tumbados y salir flotando a la superficie, con los pies hacia arriba.

—Todo este asunto resulta asombroso —se maravilló d'Arnot—, y también ese pez. En realidad, nunca he visto ninguno igual.

—A partir de ahora verás muchos —señaló Brian—, y espero que te guste el pescado crudo. Si no, será mejor que te acostumbres a él… porque es lo único que te darán como alimento; pero podrás contemplar a los sacerdotes y a las doncellas comer suculentamente. Celebran un banquete

aquí de vez en cuando sólo para hacernos sufrir más.

Zytheb condujo a Helen a una de las plantas superiores del templo, donde se hallaban situados sus aposentos. Al final de un corredor abrió una puerta.

—Éste es tu nuevo hogar —anunció—. ¿No es hermoso?

La habitación era una mezcolanza de muebles de aspecto extraño, con lámparas raras y pesados jarrones. Un friso de cráneos y huesos rodeaba las paredes a ras del techo. A través de una ventana que había en el fondo de la habitación, la muchacha vio peces nadando en el lago. Entró, como si se hallara en trance, y cruzó la habitación para quedarse aliado de una mesa colocada junto a una ventana. Sobre la mesa había un pesado jarrón de curiosa fabricación, y ociosamente pensó que podría ser muy interesante si su mente no se encontrara en el torbellino de desesperanza y terror en que se hallaba. Zytheb la había seguido y le puso una mano sobre el hombro.

—Eres muy hermosa —dijo.

Ella se apartó, retrocediendo hacia la mesa.

—¡No me toques! —exclamó en un susurro.

—¡Ven! —ordenó él—. Recuerda lo que Brulor te ha dicho. Eres mi esposa y debes obedecerme.

—No soy tu esposa. Jamás lo seré. Preferiría morir. Mantente apartado de mí, te lo advierto. ¡Apártate!

—Aprenderás a obedecer y a ser una buena esposa… y a que te guste —espetó Zytheb—. Ven, bésame.

Intentó estrecharla entre sus brazos, y mientras lo hacía ella cogió el jarrón de la mesa y le golpeó con fuerza en la cabeza. Sin apenas ruido el hombre se desplomó al suelo y Helen supo que le había matado. Su primera reacción fue tan sólo de alivio. No tenía remordimientos, pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Qué posibilidades había de huida de aquel espantoso lugar bajo las aguas de Horus?

Se quedó un rato contemplando el cuerpo inerte del hombre al que había matado, fascinada por el horror de lo ocurrido; luego, poco a poco se fue dando cuenta de que debía actuar. Al menos podía ganar tiempo escondiendo el cadáver. Recorrió la habitación con la mirada en busca de algún sitio donde esconderlo, estremecida ante la idea de la terrible prueba; pero hizo acopio de fuerzas y arrastró el cuerpo hasta un armario que había al otro lado de la estancia. Antes de cerrar la puerta, tomó las llaves y la

daga del hombre. Si existía alguna vía de escape, quizá necesitara las llaves, y estaba segura de que precisaría la daga.

Su primera idea ahora era encontrar la sala del trono de nuevo y ver a d'Arnot y a su hermano. Si era posible escapar, podría llevárselos con ella; si no, al menos debía verles una vez más. Caminando con sigilo por desiertos corredores, mientras buscaba la sala del trono donde se encontraban las jaulas alcanzó la escalera de caracol por la que Zytheb la había llevado. Con el temor constante de ser descubierta, por fin llegó a una puerta que creyó reconocer. Pero ¿era la sala? Si lo era, ¿encontraría sacerdotes o guardias dentro? Por un momento vaciló; luego abrió la puerta. Sí, era la sala del trono, y salvo por los prisioneros en sus jaulas se hallaba vacía. Hasta entonces la fortuna la había favorecido y había logrado lo que parecía imposible, pero ¿cuánto tiempo más podía confiar en la voluble diosa? Cuando cruzaba la sala en dirección a la jaula de d'Arnot observó que todos los prisioneros dormían. Este hecho y la quietud del templo le dieron una nueva seguridad, pues si la fuga era factible, sería mejor llevarla a cabo mientras el templo dormía. El hecho de que no hubiera guardias vigilando a los prisioneros indicaba que los asharianos confiaban en que no había huida posible, sugerencia que no resultaba nada alentadora.

Helen se apoyó en los barrotes de la prisión de d'Arnot y le llamó en susurros. Los pocos segundos que tardó en despertar le parecieron una eternidad a la asustada muchacha, pero el francés abrió los ojos.

—¡Helen! —exclamó perplejo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Cállate! —le previno ella—. Deja que os saque a ti y a Brian de esas jaulas; después haremos planes. —Probó diferentes llaves en la cerradura de la jaula mientras hablaba, y al fin encontró la que encajaba.

Cuando la puerta se abrió, él salió de un salto y la estrechó entre sus brazos.

—¡Cariño! —susurró—. Has arriesgado tu vida por esto; pero no deberías haberlo hecho, porque ¿de qué servirá? No hay forma de escapar de este palacio.

—Tal vez no —coincidió ella—, pero al menos podemos estar unos minutos juntos; eso no nos lo podrán quitar nunca, yen lo que respecta a arriesgar mi vida no importa. Ya la he puesto en peligro.

—¿Qué quieres decir?

—He matado a Zytheb —respondió ella— y cuando encuentren su cuerpo, imagino que se desharán de mí. —Entonces le contó lo ocurrido en el aposento de arriba.

—Qué valiente eres —se admiró él—. Te mereces la vida y la libertad por todo lo que has sufrido.

D'Arnot le cogió las llaves y abrió la jaula de Brian, y cuando este último despertó y vio a Helen y a d'Arnot allí fuera, pensó que estaba soñando. Tuvo que salir y tocarles para dar crédito a sus ojos. Brevemente le explicaron cuanto había ocurrido.

—Y ahora que estamos fuera, ¿qué? —preguntó d'Arnot—. No podemos marcharnos de este lugar.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Brian—. Los sacerdotes construyeron un pasadizo secreto listo para utilizarse si fallase el torno o si el templo corriera peligro de inundación.

—De poco nos servirá eso a nosotros —objetó d'Arnot—, a menos que sepas dónde se encuentra la entrada de ese pasadizo secreto.

—Yo no lo sé, pero aquí hay uno que sí. Uno de estos prisioneros, el de la jaula de aliado de la mía, es un ex sacerdote. Si le liberamos, tal vez nos guíe fuera. Sé que está ansioso por escapar. Le despertaré.

—Liberemos a todas estas pobres criaturas —sugirió Helen.

—Claro que lo haremos —dijo Brian; entonces despertó a Herkuf, el ex sacerdote, y le explicó lo que había pensado, mientras d'Arnot liberaba a los otros prisioneros, advirtiéndoles que no hicieran ruido, y se reunieron en torno a Brian y Herkuf.

—Si nos cogen nos torturarán hasta matarnos —explicó este último—, y si escapamos nos espera una vida de peligros, pues no tendremos lugar adonde ir en el Tuen-Baka y deberemos vivir en cuevas y escondernos el resto de nuestra vida.

—Yo tendré un lugar adonde ir —replicó un thobotiano—. Puedo regresar a Thobos y puedo enseñaros a los demás un sendero secreto para salir del Tuen-Baka, que sólo conoce mi pueblo.

—Bueno, incluso la muerte —añadió Brian— sería mejor que estas asquerosas jaulas y el trato que recibimos aquí.

—Bien —exclamó el hombre de Thobos—, ¿por qué seguimos hablando? ¿Nos sacarás, Herkuf?

—Sí —asintió el ex sacerdote—; venid conmigo.

Los condujo por el corredor que discurría por debajo del lago hasta el

fondo del pozo del elevador. Por unos instantes hurgó en una gran losa de lava que formaba parte de una de las paredes del pasillo de aliado del pozo. Después la hizo girar hacia sí dejando al descubierto la entrada a una abertura oscura como boca de lobo.

—Tendréis que avanzar a tientas —advirtió—. Hay muchas escaleras, algunas de caracol, pero no hay hoyos ni corredores laterales. Yo iré despacio.

Una vez todos se encontraron en el interior del corredor, Herkuf de nuevo colocó la losa en su lugar; luego se puso a la cabeza e iniciaron la larga y lenta ascensión.

—Empiezo a creer que lo imposible está a punto de ser logrado —señaló d'Arnot.

—Y hace unos minutos parecía absolutamente imposible —afirmó Helen.

—Y todo te lo debemos a ti, cariño.

—Se lo debemos a Zytheb —le corrigió ella— a Brulor por elegir como esposo mío al Guardián de las Llaves.

—Bueno, sea como sea, la cuestión es que por fin nos dan un respiro —se alegró Brian— y el Señor sabe cuanto lo necesitábamos.

Aún era de noche cuando los nueve fugitivos surgieron al aire libre al final del pasadizo secreto.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Brian.

—Estamos en la ladera de la montaña que está por encima de Ashair —respondió Herkuf—, y al menos durante unas horas respiraremos aire puro y conoceremos la libertad.

—¿Y hacia dónde vamos ahora?

—Deberíamos encaminarnos hacia el extremo superior del lago —opinó el thobotiano—. Allí empieza el sendero que se aleja del Tuen-Baka.

—Muy bien —asintió Herkuf—. ¡Adelante! Conozco un cañón que nos permitirá escondernos si no queremos viajar de día. Podemos llegar allí hacia el amanecer. Cuando descubran que nos hemos escapado, nos buscarán, de modo que cuanto más lejos estemos y más recluido sea el escondrijo, más seguros estaremos todos.

XXI

MAGRA no había sido encarcelada en ninguna mazmorra, sino en unos aposentos bien amueblados con esclavas que se ocupaban de ella. Se preguntaba por qué le habían concedido aquellos lujos, hasta que se abrió la puerta y entró el rey Herat; entonces adivinó la razón de sus privilegios. El hombre esbozaba una cordial sonrisa y ostentaba el aire de satisfacción consigo mismo de un gato que hubiera acorralado a un pájaro.

—¿Te han tratado y servido bien? —preguntó Herat.

—Sí, majestad —respondió Magra.

—Me alegro; quiero que seas feliz. Eres mi invitada, ¿sabes? —explicó.

—Sois muy amable. Espero que trate a mis compañeros con igual generosidad.

—No lo creo —respondió—, aunque he sido muy justo y benévolo con ellos; pero ¿sabes por qué te trato tan bien?

—Porque los thobotianos son gente amable, supongo —respondió ella—, y su rey, un rey amable.

—¡Tonterías! —exclamó Herat—. Es porque eres hermosa, querida, y porque me gustas. Los que gustan a un rey pueden obtener muchas prebendas. —Se acercó a ella—. Me ocuparé de que vivas como una reina —afirmó, cogiéndola de pronto en sus brazos.

—No te gustaré durante mucho tiempo —amenazó ella—, ni estarás jamás satisfecho con nada si no te marchas de aquí y me dejas en paz —y mientras hablaba le quitó la daga de su funda y apretó su punta en el costado.

—¡Diablesa! —exclamó él, y se apartó de un salto—. Pagarás por esto.

—No lo creo —repuso Magra—, pero tú sí, si me molestas o intentas castigarme.

—¿Te atreves a amenazarme, esclava?

—Claro que sí —le aseguró Magra—, y no es una amenaza vana.

—¡Bah! —se burló Herat—. ¿Qué puedes hacer, aparte de amenazar?

—Puedo hacer que la reina se entere de esto. Mis esclavas me han contado que tiene muy mal genio.

—Tú ganas —aceptó Herat—, pero seamos amigos.

Mientras el rey Herat visitaba a Magra, la reina Mentheb yacía en un diván en uno de sus aposentos al tiempo que unas esclavas le pintaban las uñas y le arreglaban el pelo.

—Esa historia es tan antigua que huele mal —refunfuñó malhumorada la reina.

—Lo siento, majestad —se disculpó la mujer que acababa de intentar divertir a Mentheb explicándole historias—, pero ¿ha oído contar la de la esposa del granjero?

—Un centenar de veces —gruñó la reina—. Siempre que Herat bebe demasiado vino la cuenta. Soy la única que no ha de reír cada vez que la explica. Es una de las ventajas de ser reina.

—Oh, yo sé una, majestad —exclamó otra de las mujeres—. Al parecer había dos romanos…

—¡Cierra el pico! —ordenó Mentheb—. Todas me aburrís.

—Tal vez podríais enviar a buscar a un artista para que os divirtiera, majestad —sugirió otra.

Mentheb se quedó pensativa unos instantes antes de responder:

—Bueno, hay alguien con quien me divertiría hablar —reconoció—. Ese hombre que mató al ashariano en la pista. En verdad es un hombre. ¡Mesnek, ve a buscarle!

—Pero, majestad, ¿y el rey? Se supone que no pueden acudir otros hombres a estos aposentos. ¿Y si viene el rey mientras él está aquí?

—Esta noche Herat no vendrá —la tranquilizó la reina—. Está cazando con sus nobles. Me lo dijo, y que no pasaría aquí la noche. Ve a buscar a ese superhombre, Mesnek, y date prisa.

Mientras Tarzán y Thetan hablaban en los aposentos de Thetan entró una esclava de piel oscura.

—Noble Thetan —anunció—, su majestad la reina Mentheb ordena la presencia del hombre que mató al ashariano en la pista.

—¿Dónde?

—En los aposentos de su majestad.

—Espera fuera para acompañarle hasta su majestad —ordenó Thetan a la esclava, y cuando se hubo ido, se volvió a Tarzán—. Tendrás que ir —advirtió—, pero ten cuidado. Sal en cuanto puedas, y mientras estés allí sé

todo lo discreto que sepas ser. Mentheb se cree que es algo así como una sirena y Herat está locamente celoso. Creo que lo que más teme es hacer el ridículo.

—Gracias —dijo Tarzán—. Seré discreto.

Cuando Tarzán fue acompañado a presencia de Mentheb, ella le saludó con una gran sonrisa.

—Así que tú eres el hombre que mató al famoso asesino de hombres —observó—. Fue muy divertido. No sé cuánto hacía que no veía nada tan divertido o entretenido.

—¿Es divertido ver cómo mueren hombres? —preguntó el hombre mono.

—Bueno, no era más que un ashariano —respondió la reina encogiéndose de hombros—. ¿Cómo te llamas?

—Tarzán.

—¡Tarzán! Es un nombre bonito; me gusta. Ven a sentarte a mi lado y dime que no lucharás con el león. Quiero que vivas y que te quedes aquí.

—Lucharé con el león —afirmó Tarzán.

—Pero el león te matará, y yo no quiero que mueras, Tarzán. —Su tono era como una caricia.

—El león no me matará —replicó el hombre mono—. Si lo mato, ¿intercederás ante el rey a favor de mis amigos?

—Sería inútil —explicó ella—. La leyes la ley y Herat es justo. De todos modos morirán, pero tú has de vivir y quedarte en Thobos. —De pronto se puso en pie—. ¡Por Isis! —exclamó—. ¡Viene el rey! ¡Escóndete!

Tarzán se quedó donde estaba con los brazos cruzados, sin hacer ademán de esconderse, y así le encontró el rey cuando entró en el aposento.

El ceñudo rostro de Herat se nubló cuando vio al hombre mono.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—He venido en vuestra busca, pero en cambio he encontrado a la reina —respondió Tarzán—, y estaba pidiéndole que intercedierais en favor de mis amigos.

—Pienso que mientes —desconfió Herat—, porque si bien no te conozco a ti, conozco a mi reina. Creo que dejaré que luches con dos leones.

—Su majestad no tiene culpa alguna —señaló el hombre mono—. Se ha enfadado mucho porque he venido.

—Parecía más asustada que enfadada cuando me ha visto aparecer de repente —observó Herat.

—Eres muy injusto conmigo, Herat —le acusó Mentheb—. Y también eres injusto con este hombre, que dice la verdad.

—¿Por qué soy injusto con él? —preguntó el rey.

—Porque ya le habías prometido que lucharía con un león —explicó ella.

—He cambiado de opinión —gruñó el rey—, y de todos modos, no entiendo por qué debe preocuparte el asunto. No haces sino confirmar mis sospechas y hacerme recordar el joven guerrero al que tuve que enviar a la pista el año pasado. Esperaba que me permitirías olvidarle.

Mentheb hizo un mohín y Herat ordenó a Tarzán que regresara a sus habitaciones.

—Los leones no comen desde hace días —comentó—. Mañana tendrán hambre.

—No debería dejar de dar de comer a los leones que luchan, Herat —dijo Tarzán—. No darles de comer los debilita.

—Serán capaces de portarse bien —replicó el rey— porque el hambre los hará más feroces y voraces. Ahora, ¡fuera!

Era casi mediodía del día siguiente cuando dos guerreros condujeron a Tarzán a la pista. Thetan ya había ido a reunirse con el rey y la reina en el palco real, después de asegurarle al condenado su pena por las infortunadas consecuencias de toda aquella aventura de ir a Thobos.

Cuando Tarzán se dirigió al centro de la pista y se detuvo, Herat se volvió a su reina.

—Tienes un gusto excelente, Mentheb —admitió—; ese hombre en verdad es un espécimen magnífico. Qué pena que deba morir.

—Y yo debo elogiarte asimismo a ti por tu buen gusto —observó la reina—, pues la mujer también es un espécimen espléndido. Qué pena que deba igualmente morir. —Y así Herat supo que Mentheb se había enterado de su visita a Magra. El rey pareció sentirse muy incómodo, pues Mentheb no se había tomado la molestia de bajar la voz y los nobles que los rodeaban lo oyeron, por lo que se alegró mucho cuando vio que los dos leones salían a la pista.

Tarzán también los vio. Eran leones grandes y se dio cuenta de que su visita a Mentheb podría costarle la vida. Un león habría podido vencerlo, pero ¿cómo podía ningún hombre resistir el ataque de dos bestias tan

potentes? Comprendió que no se trataba de una competición, sino de una ejecución; sin embargo, mientras los leones se aproximaban no demostró miedo. Un león se dirigió directo hacia él, mientras el otro permaneció unos momentos mirando alrededor de la pista, por lo que cuando empezó a seguir a su compañero se hallaba a cierta distancia. Esto le sugirió a Tarzán el único plan que creía que tal vez tuviera éxito contra ellos. Si hubieran atacado simultáneamente, sabía que no habría tenido esperanza alguna.

De pronto, el primer león se precipitó hacia delante y se puso sobre las patas traseras frente al hombre mono. Herat se inclinó hacia la pista, con los labios separados, las pupilas dilatadas. Lo que más le gustaba por encima de todas las cosas era una buena matanza; le gustaba ver sangre derramada y cuerpos destrozados. Mentheb, por su parte, ahogó un grito.

Tarzán saltó hacia un lado y se colocó detrás del león; luego lo agarró y lo hizo girar por encima de su cabeza, volviéndose de nuevo cuando el segundo león atacó.

—¡Qué fuerza! —se maravilló Thetan.

—Casi lamento haberle hecho luchar contra dos leones —exclamó Herat—. En realidad, merecía un destino mejor.

—¿Qué? —exclamó Mentheb con una mueca—. ¿Tres leones?

—No me refería a eso —contestó Herat con irritación—. Me refiero a que un hombre como éste se merece algo mejor que la muerte.

—¡Por Isis! —gritó Thetan—. ¡Miradle ahora!

Tarzán había arrojado el primer león a la cara del que estaba atacando, y ambos habían caído a la pista de losas de piedra.

—¡Increíble! —exclamó Mentheb—. Si sobrevive, la chica puede vivir.

—Y si sobrevive, juro que le daré la libertad —anunció Herat—, pero me temo que no hay esperanzas. Dentro de unos instantes los dos leones le atacarán.

En su excitación. Mentheb se había levantado y estaba agachada sobre el parapeto.

—¡Mira! ¡Están luchando entre ellos!

Era lo que Tarzán había creído que ocurriría. Un león, pensando que el otro le había atacado, se lanzó contra su compañero, y con espantosos rugidos y gruñidos los dos se precipitaron entre sí, despedazándose con sus fuertes garras y enormes colmillos.

—Ese hombre no sólo posee una fuerza maravillosa sino una gran astucia —reconoció Herat.

—Es soberbio —sentenció admirada la reina.

Mientras los dos leones peleaban, se iban acercando cada vez más al palco real, hasta que sus ocupantes tuvieron que inclinarse por encima del parapeto para contemplarlos. También Tarzán había retrocedido y se encontraba de pie justo debajo del palco. Mentheb, con la excitación, perdió el equilibrio y se cayó por encima de la baranda. Al oír su grito de terror, el hombre mono levantó la mirada a tiempo para recogerla en sus brazos cuando ella caía hacia él. Al darse cuenta del peligro que corría la mujer en el caso de que uno de los leones acabara con el otro o los dos dejaran de pelear y volvieran su salvaje atención hacia sus enemigos naturales, Tarzán se dirigió hacia la puerta por la que había entrado en la pista, gritando a Herat que ordenara que la abrieran.

Todo era confusión y caos en el palco real. Herat dio órdenes a gritos y unos guerreros se precipitaron hacia la entrada de la pista, pero era demasiado tarde. Tras una convulsión final del cuerpo muerto de su oponente, más débil que él, el león victorioso se giró con un rugido salvaje hacia Tarzán y la reina. No había tiempo ahora para llegar hasta la puerta y el hombre mono dejó a Mentheb en el suelo y se volvió con el cuchillo a punto para hacer frente al carnívoro que se acercaba. Rugiendo, se agazapó, y Mentheb sintió que la sangre se le helaba de terror.

—¡Ese león les matará a los dos! —se desesperó Herat—. ¡Es un diablo!

—Y ese hombre también —dijo Thetan.

Mentheb estaba paralizada por la bestial ferocidad de la escena, y antes de que los guerreros hubieran alcanzado la puerta para rescatarla, el león se había abalanzado sobre Tarzán. Esquivando sus garras, el hombre mono se agarró de su negra cabellera y saltó al lomo del feroz animal, clavándole su cuchillo en el dorado costado. El león lanzó un horrible rugido y se revolvió para deshacerse del hombre-cosa que tenía encima, y los rugidos del hombre mono se mezclaron con los del carnívoro, hasta el punto de que Mentheb no sabía cuál de los dos le daba más miedo.

Al fin, el cuchillo encontró el corazón salvaje, la bestia cayó de costado y, con un último y convulso estremecimiento, murió; entonces Tarzán puso un pie sobre el cuerpo de su presa y, alzando el rostro al cielo, lanzó el horripilante grito de victoria del simio macho, y la reina Mentheb se quedó absolutamente fascinada mientras sus nobles guerreros corrían a rescatarla.

—¡Ese hombre o es un demonio —exclamó Herat— un dios!

Mentheb ordenó a Tarzán que la acompañara ante Herat. Aún estaba demasiado temblorosa para hacer algo más que darle las gracias débilmente, y cuando llegaron al palco, se desplomó en una silla.

—Has salvado a mi reina —agradeció el rey—, y así te has ganado doblemente tu libertad. Puedes permanecer en Thobos o marcharte, como desees.

—Hay que cumplir aún otra condición —recordó Tarzán al rey.

—¿De qué se trata? —preguntó Herat.

—He de ir a Ashair y traerte a Brulor y su cofre —respondió Tarzán.

—Ya has hecho suficiente —dijo Herat—; deja que lo hagan tus amigos.

—No —replicó Tarzán—. Tengo que ir. Ninguno de ellos conseguiría nada. Quizá yo tampoco pueda, pero tengo alguna opción, y la hija de Gregory y mi mejor amigo están allí.

—Muy bien —consintió Herat—, pero te prestaremos toda la ayuda que necesites. Es una tarea que un hombre solo no puede llevar a cabo.

—Ni un centenar —terció Mentheb—. Lo sabemos, pues lo hemos intentado muy a menudo.

—Iré solo —anunció Tarzán—. Si necesito ayuda, volveré a por ella.

XXII

SATISFECHO consigo mismo, contento, Atan Thome holgazaneaba feliz en un aposento del palacio de la reina Atka de Ashair, mientras Lal Taask paseaba por la estancia, nervioso.

—No me gusta —gruñó este último—. Todos podemos morir por ello.

—No hay ningún peligro —le aseguró Atan Thome—. Se ha planeado cada detalle, y cuando haya terminado estaremos a salvo, seremos los favoritos del gobernador de Ashair… y nos encontraremos mucho más cerca del Padre de los Diamantes.

—Tengo el presentimiento —objetó Lal Taask de que no estaremos a salvo.

—Confía en Akamen —aconsejó Thome—. Él te llevará al dormitorio de la reina; entonces sabrás lo que has de hacer.

—¿Y por qué no vas tú? —preguntó Lal Taask—. Eres tú quien desea tanto el Padre de los Diamantes, no yo.

—Yo no lo hago porque tú tienes más experiencia con la daga —respondió Thome, sonriendo—. ¡Vamos! ¿Has perdido el temple?

—No quiero hacerlo —afirmó Lal Taask con énfasis.

—¡Harás lo que yo te ordene! —le reprendió Thome.

Los ojos de Lal Taask se posaron en los de su amo.

—Sólo por esta vez —indicó—. Promete que no volverás a pedirme nada semejante.

—Te prometo que después de esta noche no te pediré nada más —accedió Thome—. ¡Chssst! ¡Viene alguien!

Cuando calló, se abrió la puerta y Akamen entró en la habitación. Estaba pálido y nervioso. Miró a Atan Thome con aire interrogador. Este último asintió.

—Ya está arreglado —le tranquilizó—. Lal Taask cumplirá con su deber.

—Muy bien —dijo Akamen—. Lo he preparado todo. La reina se ha

retirado. No hay guardias apostados a su puerta. En cinco minutos, habrá terminado. Las sospechas recaerán en el noble que está al mando de la guardia. La reina le ha reñido severamente hace poco rato, y se sabe que está muy amargado. Ven conmigo, Lal Taask.

Akamen le acompañó por silenciosos corredores hasta el aposento de la reina. Sin hacer ruido abrió la puerta, y en tanto que el asesino, con la daga en la mano, se deslizaba con sigilo hacia su Víctima, Akamen, pegado a la pared del corredor, esperaba el golpe que le haría rey de Ashair. Los segundos le parecían horas mientras aguardaba a que Lal Taask llegara junto a la cama de la reina y la matara.

¡Casi la había alcanzado! ¡La mano que blandía la daga se estaba alzando! Y entonces se produjo una súbita conmoción en la estancia cuando unos guerreros salieron de pronto de detrás de las colgaduras y cayeron sobre el frustrado asesino y su cómplice, y la reina Atka se incorporó en la cama con una amarga sonrisa de triunfo en sus labios.

—Convocad a mis nobles a la sala del trono —ordenó—, y llevaos a estos dos y a ese hombre, Thome, allí también, para que se haga justicia.

Cuando se presentó un guerrero en los aposentos de Atan Thome y le dijo que le acompañara a la sala del trono en nombre de la reina, el euroasiático apenas pudo reprimir una expresión de júbilo, aunque fingió sorpresa porque Atka deseara verle a una hora tan tardía.

—Akamen —reprobó la reina cuando los tres hombres estaban en fila ante el trono—, has conspirado con estos dos extraños mi asesinato para poder ser rey. Uno de tus cómplices, esperando recibir mi favor, me informó. En mi opinión, él es aún más vil que tú, si es que eso es posible, y recibirá tu mismo castigo. Os condeno a los tres a las jaulas del templo de por vida, un castigo mucho peor que una rápida y misericordiosa muerte. Como castigo añadido, los tres pasaréis hambre siempre y seréis torturados periódicamente, en cada luna llena. En la primera, a cada uno se os quemará un ojo; en la segunda, el otro; después, perderéis primero la mano derecha, a continuación, la izquierda; luego seguirán los pies, uno tras otro, y más adelante estoy segura de que se me ocurrirá algún otro medio por el que podáis recordar que la traición es peligrosa. —Se giró a uno de sus nobles—. ¡Lleváoslos!

Atan Thome, Lal Taask y Akamen, en jaulas contiguas, eran los únicos prisioneros en el Templo de Brulor, el Padre de los Diamantes. Lal Taask y Akamen miraban a Atan Thome echando chispas por los ojos y

maldiciéndole; pero él parecía ajeno a todo excepto el cofre que estaba en el altar ante el trono.

—¡Rastrero, más que rastrero! —gruñó Akamen—. Nos traicionaste. De no ser por ti habría sido rey de Ashair.

—¡Ahí está el Padre de los Diamantes! —susurraba Atan Thome.

—¡Perro! —chilló Taask—. Durante años te he servido con lealtad y ahora me has sacrificado.

—Ahí está el Padre de los Diamantes —repetía Thome—. Por él traicionaría a mi madre o a mi dios.

Se acercó un ptomo, con un pez que se retorcía clavado en un tridente.

—¡Aquí está vuestra cena, malditos! —exclamó.

—¡No está cocido! —protestó Atan Thome—. ¡Llévatelo!

—Claro que me lo llevaré —amenazó el ptomo—, pero entonces pasarás hambre. No cocemos el pescado para los que son como vosotros.

—¡Dame el pescado! —gritó Lal Taask—, y deja que él se muera de hambre, pero no demasiado…, hay que reservarlo para mi daga.

—Debo ser yo quien tenga el derecho de matarle —bufó Akamen—, porque me ha impedido ser rey.

—Sois un par de imbéciles —dijo Atan Thome—. Nada importa más que el Padre de los Diamantes. Ayudadme a conseguirlo y nos haremos ricos todos. Piensa, Taask, en lo que comprarías en las capitales de Europa. Yo daría mi alma por tenerlo.

Tarzán y Thetan fueron con un guerrero a la celda donde Gregory y Lavac estaban encadenados.

—Herat os ha indultado —explicó Tarzán mientras el guerrero les quitaba las cadenas—. Sois libres de permanecer en la ciudad hasta que yo regrese de Ashair.

—¿Para qué vas a Ashair? —preguntó Gregory.

—Quiero descubrir si su hija y d’Arnot están allí y asegurarme de que si es así existe alguna manera de rescatarlos; después está la cuestión de Brulor y el Padre de los Diamantes. Para ganar la libertad todos nosotros hay que traérselos a Herat.

—¿Las otras condiciones se han cumplido? —preguntó Lavac—. ¿Has matado a los leones?

—Los dos están muertos —respondió Tarzán.

—Iré a Ashair contigo —se ofreció Lavac.

—Y yo —se sumó Gregory.

—Es mejor que vaya solo —repuso Tarzán.

—Pero yo debo ir —insistió Lavac—. Estoy obligado a hacer algo para compensar lo mal que me porté con d'Arnot. Por favor, déjeme ir con usted.

—Yo también debo ir —terció Gregory.

—Puedo llevarme a uno de vosotros —explicó Tarzán—. Herat insiste en que alguien se ha de quedar aquí como rehén. Puedes venir tú, Lavac.

Aún era muy de mañana cuando Thetan se despidió de Tarzán y Lavac, que partían hacia Ashair.

—Os he contado todo cuanto sé de Ashair y del Templo de Brulor que está en el fondo del lago Horus —dijo el thobotiano—. ¡Que los dioses os acompañen!

—Yo no necesito dioses —contestó Tarzán.

—Tarzán se basta —añadió Lavac.

Durante toda la noche los nueve fugitivos habían caminado desde su escondrijo, tenían los pies llagados y estaban cansados. No habían visto indicios de que les persiguieran, pero Herkuf conocía a su pueblo lo suficiente para saber que no les permitirían escapar con tanta facilidad.

—Ahora que hay luz —observó—, es hora de que encontremos otro escondrijo.

—Sólo estamos a unas horas de Thobos —señaló el thobotiano—, y puedo mostrarles antes el sendero que los sacará del Tuen-Baka.

—No obstante, creo que es mejor que nos ocultemos mientras sea de día —insistió Herkuf—. No deseo que nos capturen y nos devuelvan a las jaulas.

—¿Qué más da otro día si escondiéndonos podemos escapar? —consideró Brian.

—Creo que Herkuf tiene razón —admitió d'Arnot—. No deberíamos correr ningún riesgo, por pequeño que pueda parecer.

—¡Escuchad! —susurró Helen—. Oigo voces. Alguien viene por detrás.

—No pueden ser más que los asharianos que nos están buscando —se alarmó Herkuf—. ¡Rápido! Saldremos del sendero por aquí y nos esconderemos. No hagan ningún ruido; limítense a seguirme. Conozco bien este lugar.

Avanzaron en silencio por un estrecho sendero unos cuatrocientos metros y por fin llegaron a un pequeño claro.

—Éste es el lugar —informó Herkuf—. No creo que nos busquen aquí. Pensarán que hemos continuado recto por el valle.

—Ya no los oigo —comentó Helen.

—El problema —reflexionó d'Arnot— es que ahora estarán entre nosotros y el lugar adonde queremos ir.

—No lo creo —replicó Herkuf—. No se atreverán a acercarse demasiado a Thobos; así que, si no nos encuentran, darán media vuelta y regresarán. Pasarán de nuevo por aquí durante el día, y por la noche podremos reanudar la marcha sin peligro.

—Espero que tengas razón —deseó Brian.

Seis guerreros asharianos, que seguían el sendero de los fugitivos, llegaron al lugar en el que se habían apartado.

—Sus huellas hasta aquí son claras —reparó el cabecilla—. Se han desviado en este lugar del sendero principal, y no hace mucho rato. Pronto los encontraremos; acordaos de capturar a la mujer y al extranjero vivos.

Medio agazapados, los seis avanzaron con sigilo por el camino de su presa, un sendero tan liso como una tabla. Ahora no hablaban, pues percibían que los fugitivos no se hallaban lejos, y se movían con la mayor cautela. Cada uno pensaba en lo que Atka les haría si fracasaban.

Mientras, Tarzán y Lavac seguían una senda de la jungla en dirección a Ashair; de pronto, el hombre mono se paró y olisqueó el aire con su aguzado olfato.

—Más adelante hay hombres —avisó—. Quedaos aquí. Subiré a los árboles e iré a investigar.

—Deben de ser hombres de Ashair —calculó Lavac, y Tarzán asintió y trepó a un árbol.

Lavac le observó hasta que desapareció entre el follaje, maravillado ante su fuerza y agilidad. Aunque le había visto muchas veces saltar a los árboles, nunca dejaba de impresionarle, pero cuando Tarzán se hubo ido se sintió extrañamente solo e indefenso.

Mientras el hombre mono saltaba de árbol en árbol, el rastro del olor se hizo más evidente, y entre el de muchos hombres detectó el delicado aroma de una mujer blanca. Le resultaba levemente familiar, pero era demasiado tenue para identificarlo; era apenas una familiaridad sugerida, pero le espoleó para correr más y mientras avanzaba en silencio por la terraza

inferior de la jungla, los seis guerreros asharianos irrumpieron en el claro sobre los fugitivos con gritos de triunfo. Algunos de los nueve huidos echaron a correr, lo que motivó una cascada de lanzas sobre ellos; pero d'Arnot, Helen, Brian y Herkuf permanecieron quietos, pues sabían que no tenían posibilidad alguna de escapatoria. Una lanza atravesó a uno de los hombres que huían, y cuando cayó con un alarido, los otros abandonaron toda esperanza y se detuvieron.

Tarzán oyó los gritos de los asharianos cuando invadieron el claro y el grito del que había recibido la lanza. Los ruidos se sentían cerca ahora. En un instante se hallaría en el lugar donde estaba ocurriendo todo aquello.

Los asharianos, tras recuperar sus lanzas, rodearon a los fugitivos y comenzaron a atacarlos con las puntas de sus armas. Golpeaban de manera indiscriminada, desahogando su odio con todos; pero cuando uno de ellos amenazó a Helen, d'Arnot le derribó y, al instante, otro guerrero levantó su lanza para clavársela en la espalda al francés. Ésta fue la escena que contempló Tarzán cuando llegó al linde del claro.

Al tiempo que Helen lanzaba horrorizada un grito para avisarle, una flecha se clavó en el corazón del guerrero, que se dobló y cayó muerto. Al instante, los otros asharianos miraron alrededor, pero no vieron a nadie que pudiera haber disparado la flecha. Sabían que no podía proceder de ninguno de los prisioneros, pues no iban armados, y se quedaron muy asustados y perplejos. Sólo d'Arnot alcanzó a adivinar la identidad del que lo había hecho.

—Parece increíble —susurró a Helen—, pero ¿quién en el mundo sino Tarzán habría podido lanzar esa flecha?

—¡Ah, si lo fuera! —exclamó ella.

Nadie conocía mejor que Tarzán de los Monos cómo acosar y desconcertar al enemigo. Había visto la sorpresa que el misterioso mensajero de la muerte había causado en el claro. Una forzada semisonrisa acudió a sus labios cuando preparó el arco de nuevo y eligió otra Víctima; luego, disparó la flecha.

Una vez más el misterioso asesino dio en el blanco, y mientras otro ashariano lanzaba un grito y caía, los restantes miraban alrededor consternados.

—¿Quién es? —chilló uno—. No veo a nadie.

—¿Dónde está? —preguntó otro—. ¿Por qué no aparece?

—Es el dios de la gente de fuera —improvisó d'Arnot—. Os matará a

todos.

—Si no nos mata él, lo hará Atka —replicó un guerrero— en el caso que no os devolvamos a Ashair.

Entonces los cuatro guerreros restantes intentaron empujar a sus prisioneros hacia el sendero que los conduciría de regreso a la ciudad.

—Aprovechemos la situación —sugirió Brian—. Están confusos y asustados.

—No —aconsejó d'Arnot—; han matado a algunos de nosotros con sus lanzas. No podemos arriesgarnos ahora.

De pronto estalló en los sorprendidos oídos de los asharianos una voz profunda que hablaba un suajili que todos comprendían.

—Soy Tarzán de los Monos —atronó—. ¡Idos y dejad a mis amigos!

—Da lo mismo morir aquí que en Ashair —gritó a su vez un guerrero —, pues la reina nos hará matar si regresamos con las manos vacías, así que vamos a llevarnos a nuestros prisioneros o los mataremos aquí.

—¡Matémoslos ahora! —bramó otro, pero cuando alzó su lanza, una flecha le atravesó el corazón y entonces, con la rapidez de una ametralladora, otras tres saetas hicieron caer a los restantes asharianos, mientras los fugitivos supervivientes contemplaban la escena atónitos.

—Sólo hay un hombre en el mundo que pueda hacer eso —se enorgulleció d'Arnot— y tenemos mucha suerte de que sea nuestro amigo.

Cuando Tarzán saltó al suelo entre ellos, le rodearon, expresándole su agradecimiento, pero él los hizo callar con un gesto.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó.

—Hay un thobotiano entre nosotros que nos mostrará un sendero secreto para salir del Tuen-Baka —explicó d'Arnot—. Ignorábamos si alguien más estaba vivo.

—¿Sabes algo de papá? —interrumpió Helen—. ¿Se ahogó?

—No —respondió Tarzán—; él y Magra están en Thobos y, de momento, a salvo. Lavac está más atrás, esperándome. Él y yo íbamos a Ashair a buscaros.

—Entonces todos podemos regresar a Thobos —comentó Brian.

—No es tan sencillo —replicó Tarzán—. Tendré que ir a Ashair y llevar un dios y un diamante a Herat para que libere a tu padre y a Magra.

—Parece una misión imposible —comentó d'Arnot con una sonrisa triste—. Iré contigo.

—Y yo —añadió Helen.

Tarzán se encogió de hombros.

—Estaríais mejor en Thobos —aconsejó—, y dudo mucho que pudierais volver jamás a Bonga si lograrais salir vivos del Tuen-Baka.

—Creo que deberíamos permanecer juntos —observó Brian—. Yo también voy.

—Mi deber se inclina hacia Ashair —dijo Herkuf—. Le acompañaré. Quizá, de todos nosotros, sea el que más los pueda ayudar a conseguir lo que quieren.

—Muy bien —accedió el hombre mono—. Iré a buscar a Lavac.

Media hora más tarde el pequeño grupo se hallaba camino de Ashair, la Ciudad Prohibida del Tuen-Baka.

XXIII

MIENTRAS Magra estaba sentada en su aposento del palacio de Herat reflexionando sobre la extraña serie de aventuras que la habían llevado a aquella ciudad medio civilizada, medio bárbara, y soñando con el hombre divino del que se había enamorado, se abrió la puerta y entró el rey.

Magra se puso en pie y le miró de frente.

—No deberías venir aquí —avisó—. No te servirá de nada y sólo pondrás en peligro mi vida. La reina se enteró de tu anterior visita. También sabrá de ésta y me hará matar.

—No tengas miedo —la tranquilizó Herat—, porque soy el rey.

—Sólo crees que lo eres —espetó Magra con desprecio.

—¡Soy Herat, el rey! —exclamó el monarca—. Nadie me habla de ese modo, mujer.

—¿Ah no? —preguntó una voz enojada detrás de él, y al girarse vio a la reina de pie en el umbral de la puerta—. ¡Al fin te he pillado! —exclamó —. Así que nadie te habla de ese modo, ¿eh? Aún no has oído nada; ¡espera a que estemos solos! —Volvió sus ojos furiosos a Magra—. ¡En cuanto ti, zorra, morirás mañana!

—Pero cariño… —empezó a decir Herat.

—¡No hay «peros» que valgan! —dijo Mentheb con aspereza—. ¡Fuera de aquí!

—Creía que habías dicho que eras rey —le pinchó Magra; luego los dos se marcharon y la muchacha se quedó sola.

Jamás en su vida se había sentido tan abandonada, tan indefensa y con menos esperanzas. Se arrojó a un diván y, si hubiera sido otra mujer, se habría echado a llorar; pero Magra nunca había llorado por sus problemas. La autocompasión no estaba hecha para ella. En una ocasión había explicado que era como hacer trampas en el juego del solitario, pues nadie se enteraba, a nadie le importaba y sólo sufría uno mismo. ¡Cuánto deseaba que Tarzán estuviera con ella! Él la habría ayudado, no con inútil

compasión, sino actuando. Él habría encontrado la manera de salvarla. Se preguntaba si sentiría pena por ella, y entonces sonrió, pues sabía que la filosofía de la bestia salvaje tenía poco lugar para la pena. Estaba demasiado acostumbrada a la muerte, tenía muy poca estima por la vida. Pero debía hacer algo. Hizo sonar un gong para llamar a una esclava.

—¿Sabes dónde se alojan los prisioneros Gregory y Lavac? —preguntó.

—Sí, mi ama.

—Llévame con ellos.

Cuando entró en el aposento de Gregory, encontró a Thetan con él. Al principio vaciló en hablar ante el thobotiano, pero recordó que se había hecho amigo de ellos, así que les contó a ambos lo que acababa de ocurrir.

—Debo escapar esta noche —concluyó—. ¿Me ayudarás?

—Mentheb es bastante decente —contestó Thetan—. Puede que se dé cuenta de que tú no tienes la culpa, y desde luego sabe que no la tienes, y cambie su decisión de que te maten; pero sería peligroso confiar en ello. Sé que no eres culpable, y sé que eres amiga de Tarzán; por lo tanto, vaya ayudarte a escapar.

—¿Me ayudarás a ir con ella? —preguntó Gregory.

—Sí —respondió Thetan—. Yo os metí en esto y debo sacaros de aquí. Os ayudaré porque sois amigos de Tarzán, y Tarzán me salvó la vida. Pero jamás regreséis a Thobos, pues si escapáis de aquí ahora, Mentheb nunca lo olvidará. Seguiréis el camino del lado oeste del sur del lago; os llevará hasta Ashair y acaso a la muerte…, es la ley del Tuen-Baka.

Media hora más tarde Thetan acompañó a Magra y a Gregory a una puertecita situada en la muralla de la ciudad y les deseó buena suerte cuando salieron a la noche y dirigieron sus pasos hacia la Ciudad Prohibida.

—Bien —comentó d'Arnot cuando el grupo de seis se detuvo a la entrada del pasadizo secreto del Templo de Brulor en la rocosa ladera sobre Ashair—, ya llegamos de nuevo a donde estábamos.

—Pasé dos años intentando salir de ese agujero —se admiró Brian— y ahora estoy intentando volver a entrar. No cabe duda de que ese Herat te encomendó una misión dura, Tarzán.

—No es más que la manera que tiene ese tipo de condenarnos a muerte —opinó Lavac—, un ejemplo del humor thobotiano. Al menos al principio

así fue; pero después de que Tarzán se deshiciera del temible guerrero de Ashair y los dos leones, en realidad pienso que Herat llegó a la conclusión de que verdaderamente podría llevarle a Brulor y el Padre de los Diamantes.

—¿Por qué los desea tanto? —preguntó Helen.

—El Padre de los Diamantes pertenece a Thobos —explicó Herkuf—, donde está situado el templo del verdadero dios, Chon. Los guerreros de Atka lo robaron hace años cuando atacaron y hundieron una galera de Chon en la que era transportado durante un solemne rito religioso. Brulor es un falso dios. Herat quiere destruirlo.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de que podamos recuperar el Padre de los Diamantes y secuestrar a Brulor? —inquirió d'Arnot.

—Sí —respondió Herkuf—. Creo que sí. Disponemos de las llaves del templo que Helen robó a Zytheb, y sé dónde duerme Brulor y las horas del día en que supuestamente se recluye para meditar, pero que en realidad dedica a dormir para disipar los efectos de la fuerte bebida a la que es adicto. Durante estos períodos la sala del trono está vacía y todos los internos del templo son obligados a permanecer en sus aposentos. Podemos ir directos a la sala del trono y coger el cofre, y luego a la habitación de Brulor. Si le amenazamos de muerte, vendrá con nosotros sin decir nada.

—Parece todo muy fácil —observó Brian—, casi demasiado fácil.

—Tendré los dedos cruzados todo el rato —dijo Helen.

—¿Cuándo podemos intentarlo? —preguntó d'Arnot.

Herkuf miró hacia el sol.

—Ahora sería un buen momento —propuso.

—Bien, ¿nos ponemos en marcha, Tarzán? —sugirió Brian.

—Entraremos Herkuf y yo —planificó el hombre mono—. El resto os esconderéis cerca de aquí y nos esperaréis. Si dentro de una hora no hemos salido, sabréis que hemos fracasado; entonces debéis intentar salvaros. Buscad el camino del borde. Está en algún lugar cerca de Thobos. Salid del Tuen-Baka. Será inútil que intentéis hacer algo por Herkuf o por mí o por rescatar a Magra y a Gregory.

—¿Y yo no voy contigo, Tarzán? —se lamentó d'Arnot.

—No. Si vamos demasiados, podríamos armar alboroto y nos descubrirían, y de todos modos tu lugar está con Helen. Vamos, Herkuf, en marcha.

Cuando los dos penetraron en el pasadizo secreto, un sacerdote

centinela que había estado agazapado detrás de una roca observando al grupo se volvió y corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta de la ciudad más próxima; entretanto, a kilómetros de distancia, los responsables de todo este riesgo y sacrificio ahora inútiles avanzaban penosamente por el camino que conducía a Ashair en un esfuerzo por evitarlo.

Ajenos a todo lo que había ocurrido en Ashair, sin saber que su hijo e hija vivían y eran libres, un desesperanzado Gregory acompañaba a Magra, su única motivación era la lealtad hacia Tarzán y Lavac, que sabía que arriesgaban su vida en un esfuerzo por salvar la suya y la de Magra. A ésta la empujaba la misma lealtad y el amor, un amor que la había hecho cambiar mucho y ennoblecido.

—Todo parece tan absolutamente inútil —suspiró Gregory—. Sólo quedamos cuatro, que unimos nuestros escasos esfuerzos contra dos ciudades llenas de enemigos. Si no nos captura una lo hará la otra.

—Supongo que tiene razón —coincidió Magra—. Incluso las fuerzas de la naturaleza están contra nosotros. Observe ese alto acantilado de lava, siempre mirándonos con gesto ceñudo, amenazante, desafiante; y sin embargo, qué diferente parecería todo si Tarzán estuviera ahora con nosotros.

—Sí, lo sé —admitió Gregory—. Él inspira confianza. Incluso las paredes del Tuen-Baka parecerían menos insuperables si estuviera aquí. Creo que nos ha mimado demasiado a todos. Dependemos de él hasta el punto de que realmente sin su presencia estamos indefensos.

—Y él va a una muerte segura por nosotros —se desesperó Magra—. Thetan me dijo que le sería imposible escapar vivo de Ashair si lograba entrar en ella; y conociendo a Tarzán, sabemos que habrá entrado. ¡Oh, si pudiera verle antes de que ocurra!

—¡Mire! —exclamó Gregory—. ¡Se acercan unos hombres!

—Nos han visto —advirtió Magra—. No podemos escapar de ellos.

—Parecen muy viejos y débiles —señaló Gregory.

—Pero llevan lanzas.

Los tres fugitivos supervivientes de las jaulas del Templo de Brulor que habían decidido ir en busca de la libertad en lugar de regresar a Ashair con el grupo de Tarzán se pararon en el sendero.

—¿Quiénes sois? —preguntaron.

—Extranjeros que buscan una salida del Tuen-Baka —respondió Gregory.

Los tres hablaron en susurros entre sí unos instantes; luego uno dijo:

—Nosotros también buscamos una salida del Tuen-Baka. Quizá deberíamos ir juntos, pues en la cantidad está la fuerza.

—No podemos acompañaros hasta que encontremos a nuestros amigos —replicó Magra—. Iban camino de Ashair.

—Tal vez nosotros les hayamos visto. ¿Uno de ellos se llamaba Tarzán?

—Sí. ¿Le conocéis? —preguntó Gregory.

—Le vimos ayer. Él y sus amigos volvían a Ashair.

—¿Sus amigos? Sólo le acompañaba uno —se extrañó Magra.

—Eran cinco. Cuatro hombres y una muchacha regresaban a Ashair con él.

—¿Quiénes crees que podrían ser? —preguntó Gregory a Magra.

—¿Sabéis quiénes eran? —interrogó al fugitivo que había actuado de portavoz.

—Sí. Uno se llamaba Herkuf y otro Lavac, y estaban d'Arnot y Brian Gregory iba con él, y una muchacha llamada Helen.

Gregory palideció. Magra le cogió del brazo, pues creyó que iba a desmayarse.

—Estoy aturdido —comentó—. No puedo creer que estén todos vivos. Es como si alguien regresara de la tumba, tan seguro estaba de que habían muerto. ¡Piénsalo, Magra! Mi hijo y mi hija están vivos, y camino otra vez de aquella horrible ciudad. Debemos darnos prisa. Tal vez podamos alcanzarlos. —Se dirigió al fugitivo y preguntó—: Dinos dónde podemos encontrarlos si aún no han sido capturados por los asharianos.

El hombre les dio instrucciones explícitas para encontrar la entrada escondida del pasadizo secreto del templo.

—Allí los encontraréis —aseguró— si no han entrado ya en la ciudad; pero no entréis vosotros. Si valoráis en algo vuestras vidas, no entréis en el pasadizo. Si ellos lo han hecho, están perdidos. Sería mejor que entonces abandonarais la idea, pues nunca volveréis a verlos.

—No nos han animado mucho —comentó Magra cuando ella y Gregory prosiguieron su camino—, pero quizás han exagerado los peligros; esperémoslo.

Gregory menó la cabeza.

—Me temo que no lo han hecho —dijo—. Dudo que los peligros que acechan en la Ciudad Prohibida de Ashair puedan exagerarse.

—Es un lugar extraño este Tuen-Baka —apuntó Magra—. No me extraña que sea tabú.

XXIV

TARZÁN y Herkuf recorrieron el oscuro pasadizo y la escalera de caracol que descendía hasta la losa de lava que cerraba la puerta secreta del pasaje que debían seguir bajo el lago para llegar al templo.

—Aquí estamos —consideró Herkuf—. Si los dioses están con nosotros, pronto nos hallaremos en la habitación de Brulor detrás del trono. Yo me ocuparé de él, y tú coges el cofre. He esperado durante años la oportunidad de vengar a Chon, el verdadero dios, y hacerle pagar a Brulor las indignidades y torturas que me hizo sufrir. Ahora entiendo por qué he soportado todo lo que he soportado. Era por este momento. Si fracasamos, moriremos; pero aun así recibiré la muerte con agrado.

Detrás de la losa de lava los aguardaba un grupo de guerreros asharianos con sus lanzas cortas a punto, pues el sacerdote centinela había cumplido bien su tarea.

—Deben de estar cerca —indicó el cabecilla de los guerreros—. ¡Preparaos!, pero no olvidéis que la orden de la reina es que los cojamos vivos para torturarlos antes de matarlos.

—No me gustaría ser Herkuf cuando Brulor lo encierre de nuevo en su jaula —opinó un guerrero.

—Y ese hombre salvaje —añadió otro—. Fue él quien mató a tantos de nuestros guerreros aquella noche en el túnel. No me gustaría tampoco ser el hombre salvaje cuando Atka lo coja.

La losa de lava era gruesa y estaba colocada con habilidad en la abertura, por lo que las voces de los guerreros que hablaban en susurros no llegaban a los oídos de quienes estaban al otro lado. Ajenos a la trampa hacia la que se dirigían, se detuvieron un momento mientras Herkuf palpaba en busca del pomo que abriría la puerta.

Mientras ellos se paraban al borde del desastre, otro grupo de guerreros se dirigía con sigilo en dirección a los cuatro ilusos que los esperaban en la entrada del pasadizo secreto, ajenos al inminente peligro que se cernía entre

las rocas de la montaña.

—Al fin, cariño —afirmó d'Arnot— veo un rayo de esperanza. Herkuf conoce las costumbres del templo, y antes de que los internos salgan de sus aposentos de nuevo, él y Tarzán regresarán con Brulor y el maldito Padre de los Diamantes.

—He llegado a odiar ese nombre —comentó la muchacha—. Sin duda, ese diamante y todo lo relacionado con él deben de estar malditos. Esa sensación es tan fuerte en mí que no puedo creer posible que sea el medio de liberar a papá y a Magra. Algo ocurrirá que transformará el éxito en fracaso.

—No me extraña que te muestres tan pesimista y escéptica, pero esta vez estoy seguro de que te equivocas.

—Eso espero. No recuerdo que nunca haya deseado tanto equivocarme.

Lavac y Brian estaban sentados en el suelo a unos pasos de Helen y d'Arnot, el primero de espaldas a él para no ver las pequeñas muestras de intimidad que aún le dolían profundamente a pesar de su sincera intención de abandonar toda esperanza de conseguir a la chica. Se hallaba de cara a la ladera de la rocosa montaña sobre la cual se elevaba la extraordinaria muralla del Tuen-Baka, y entonces divisó por primera vez a los guerreros asharianos cuando salían de su escondite y empezaban el descenso hacia sus víctimas. En cuanto se puso en pie de un salto y lanzó un grito para avisar a los demás, éstos se volvieron y en un instante sus esperanzas se derrumbaron como una casa de cerillas. Los asharianos lanzaban gritos de triunfo mientras bajaban la montaña blandiendo sus cortas lanzas. Los tres hombres habrían podido presentar batalla contra ellos, a pesar de lo inútil de esa resistencia, si no hubieran temido por la seguridad de la chica en caso de que invitaran a los asharianos a lanzar sus armas; por eso permanecieron en silencio mientras los guerreros los rodeaban, y un instante después eran escoltados hacia la puerta más próxima de la ciudad.

—Después de todo tenías razón —reconoció d'Arnot.

—Sí —admitió ella con desánimo—; la maldición del diamante aún nos amenaza. Oh, Paul, preferiría morir que volver a ese horrible lugar. Esta vez no habrá esperanza alguna para nosotros, y lo que más temo es que no me matarán.

Mientras los cuatro prisioneros se dirigían a la ciudad, Herkuf empujaba la losa de lava hacia él, y los dos hombres cayeron en la trampa que les habían tendido. No tenían ninguna posibilidad, ni siquiera el fuerte

hombre mono, pues los asharianos lo habían planeado bien. Cuando salieron de la boca del pasadizo, dos guerreros, agazapados, los cogieron por los tobillos y los derribaron, y, cuando cayeron, una docena de guerreros más se abalanzaron sobre ellos colocándoles nudos corredizos en tobillos y muñecas.

—¿Sabíais que veníamos? —preguntó Herkuf a uno de los guerreros cuando eran conducidos por el corredor hacia el templo.

—Claro —respondió el hombre—. Un centinela ha estado observando la ciudad desde arriba, pues Atka sospechaba que podríais regresar a Ashair a robar una galera, la única manera en que los extraños tendrían oportunidad de escapar del Tuen-Baka. Habría sido mejor que te quedaras en la jaula, Herkuf, pues ahora Brulor te hará torturar, y ya sabes lo que eso significa.

La sala del trono del templo se hallaba en silencio y vacía, salvo por los tres prisioneros que encerraban sus jaulas, cuando Tarzán y Herkuf fueron conducidos dentro, pues aún era el período de la meditación, durante el cual los internos del templo estaban obligados a permanecer en sus aposentos; por eso se produjo un retraso mientras un guerrero pedía permiso a Brulor para ir en busca del Guardián de las Llaves para poder abrir las jaulas que tenían que encerrar a los nuevos prisioneros.

Entonces Herkuf dio un golpecito a Tarzán en el brazo.

—¡Mira! —exclamó—. También han cogido a los otros.

Cuando Tarzán se giró vio que Helen, d'Arnot, Brian y Lavac entraban en la cámara, y los saludó con una de sus raras sonrisas. Incluso frente a la muerte veía la ironía de la situación: el que aquéllos a los que habían ido a rescatar hubieran sido atrapados de manera tan vergonzosa sin dar un solo golpe. D'Arnot notó la sonrisa y se la devolvió.

—Volvemos a encontrarnos, *mon ami* —saludó—, pero no donde esperábamos vernos.

—Y por última vez —añadió Lavac—. No volveremos a encontrarnos, al menos en esta vida. En cuanto a mí, me alegraré. No tengo nada por lo que vivir. —No miró a Helen, pero todos sabían a qué se refería.

—Y todos moriréis por mi causa —se dolió Brian—, debido a mi estúpida avaricia; y moriré sin ser capaz de compensaros.

—No hablemos de eso —le instó Helen—. No es necesario que nos lo recuerdes constantemente.

—Cuando uno está a punto de morir mediante una tortura lenta, no

tiene que recordarlo —añadió Herkuf—. Esto le ocupa la mente y excluye todo lo demás. A veces hablar de ello resulta un alivio.

Atan Thome miró entre los barrotes de su jaula a los seis prisioneros.

—¡Al fin estamos juntos! —exclamó—. Los que buscábamos el Padre de los Diamantes. Ahí está, en ese cofre; pero no lo toquéis, es mío. Sólo para mí. —Entonces prorrumpió en unas fuertes y enloquecidas carcajadas.

—¡Silencio, cerdo loco! —gruñó Lal Taask.

En ese instante entró el Guardián de las Llaves y abrió las jaulas.

—A la guarida con ellos —ordenó un oficial—, todos menos éste. —Señaló a Tarzán—. La reina quiere verle.

Atka estaba sentada en su trono de lava y rodeada de sus emplumados nobles, mientras el Señor de la Jungla, con las manos aún atadas a la espalda, era conducido a su presencia. Durante largo rato le estuvo examinando con los ojos entrecerrados, y sin deferencia alguna ni atrevimiento Tarzán le devolvió su escrutinio, igual que un león cautivo habría podido mirar a un espectador fuera de su jaula.

—Así que tú eres el hombre que mató a tantos de mis guerreros —exclamó por fin— y capturó una de mis galeras.

Tarzán se quedó callado delante de ella hasta que la reina dio unos golpecitos con el dedo gordo del pie en la tarima.

—¿Por qué no respondes? —preguntó.

—No me has preguntado nada —contestó él—. Simplemente has dicho algo que ya sabía.

—Cuando Atka habla, la persona así honrada responde algo.

Tarzán se encogió de hombros.

—No me gusta la charla inútil —comentó—, pero si quieres oírla, admito que maté a algunos de tus guerreros. Aquella noche en el río habría matado más si la tripulación de la galera hubiera sido mayor. Ayer maté otros seis en la jungla.

—¡De modo que por eso no regresaron! —exclamó Atka.

—Creo que esa debe de ser la razón —admitió con ironía Tarzán.

—¿Por qué viniste a Ashair? —inquirió la reina.

—Para liberar a mis amigos que estaban prisioneros aquí.

—¿Por qué eres mi enemigo? —continuó Atka.

—No soy tu enemigo. Sólo deseo la libertad de mis amigos —le aseguró el hombre mono.

—Y el Padre de los Diamantes —añadió Atka.

—Eso no me importa —replicó Tarzán.

—Pero eres cómplice de Atan Thome —le acusó ella—, y él vino a robar el Padre de los Diamantes.

—Él es mi enemigo —afirmó Tarzán.

Ella volvió a mirarle en silencio, en apariencia dando vueltas a una nueva idea. Al fin habló.

—Me parece —dijo— que no eres de los que mienten. Creo lo que me has contado, y por tanto serás mi amigo. Me han explicado cómo peleaste con tus aliados simios en el campamento bajo el túnel, y también me han hablado de la pelea en la galera, pues no todos los guerreros se ahogaron: dos de ellos salieron del túnel nadando y se salvaron. Un hombre como tú me resultaría valioso, si fuera leal. Júrame lealtad y serás libre.

—¿Y mis amigos? —preguntó Tarzán—. ¿También serán libres?

—Claro que no. Ellos no me resultan útiles. ¿Por qué iba a liberarlos? Ese hombre, Brian Gregory, vino únicamente con el fin de robar el Padre de los Diamantes. Creo que los otros vinieron a ayudarle. No, ellos morirán a su debido tiempo.

—Te he dicho que vine a liberarlos —replicó Tarzán—. Su libertad es la única condición para quedarme.

—Los esclavos no imponen condiciones a Atka —concluyó la reina en tono imperioso. Se dirigió a un noble—. ¡Lleváoslo!

Devolvieron a Tarzán a la sala del trono del templo, pero no le soltaron las manos hasta que estuvo encerrado a salvo en una jaula. Era evidente que los luchadores de Ashair le guardaban un profundo respeto.

—¿Has tenido suerte? —se interesó d'Arnot.

—Aquí estoy, en una jaula —respondió Tarzán—. Esto responde a tu pregunta. La reina nos quiere ver muertos a todos.

—Imagino que su deseo se hará realidad —apuntó d'Arnot de mala gana.

—Las reinas sólo tienen deseos.

El grupo, desanimado y desalentado, aguardaba el curso que tomaría su desastrosa aventura. Sólo dos de ellos parecían no haber perdido por completo las esperanzas: el hombre mono, cuyo semblante raras veces revelaba sus sentimientos, y Atan Thome, que continuamente reía y hablaba del Padre de los Diamantes.

Cuando al finalizar el período de meditación comparecieron sacerdotes y doncellas, la sala del trono empezó a cobrar vida, y por fin Brulor entró y

ocupó su lugar en el trono, mientras todos se arrodillaban y golpeaban el suelo con las manos. Tras una breve ceremonia religiosa, algunas de las doncellas se pusieron a bailar ante Brulor una danza sugestiva y lasciva a la que se unieron algunos sacerdotes en mitad de la cual irrumpió, procedente del largo corredor, un guerrero emplumado que anunció la llegada de la reina. Al instante la música y la danza cesaron, y los bailarines ocuparon sus lugares en actitud santurrona alrededor del trono de Brulor. Una potente fanfarria de trompetas resonó desde la boca del corredor, y poco después apareció la cabeza de una procesión que se dirigió con paso majestuoso por el centro de la sala hacia la tarima donde estaba sentado Brulor. Rodeada de guerreros, la reina avanzó con andar solemne hasta la tarima, donde ocupó un segundo trono aliado del de Brulor.

Siguió una larga y tediosa ceremonia, tras la cual la reina dictó sentencia a los nuevos prisioneros, un privilegio que de vez en cuando usurpaba a Brulor con gran disgusto de éste, que era dios sólo porque la reina lo toleraba.

—Ofrezcamos en sacrificio a todos menos a la mujer —ordenó Atka—, uno detrás de otro, y con tortura lenta, para que su espíritu pueda salir al mundo de los bárbaros y advertirles que nunca intenten entrar en la Ciudad Prohibida de Ashair.

Habló con voz potente para que fuera oída en toda la cámara, y sus palabras dieron un rayo de esperanza a d’Arnot, pues Helen no había sido condenada a tortura y muerte, esperanzas que desaparecieron con las siguientes palabras de la reina.

—Llevaréis a la mujer a la pequeña cámara para que muera poco a poco como sacrificio al sagrado Horus. Éste será su castigo por matar a Zytheb, el sacerdote. Que se la lleven enseguida. Las sentencias de los demás serán llevadas a cabo a discreción de Brulor.

Un sacerdote salió apresurado de la sala del trono para regresar de inmediato con tres ptomos, uno de los cuales llevaba un traje y casco acuáticos en la mano. El Guardián de las Llaves los condujo a la jaula de Helen, que abrió, tras lo cual los ptomos entraron, le quitaron las prendas exteriores a la chica y le pusieron el traje acuático. Antes de colocarle el casco en la cabeza, ella se volvió hacia d’Arnot, que estaba de pie con el rostro ceniciento apretado contra los barrotes que separaban sus jaulas.

—Adiós, una vez más —se despidió ella—. Esta vez no será por mucho tiempo.

La emoción ahogó la respuesta del hombre y las lágrimas le cegaron cuando los ptomos pusieron el casco a Helen; después se la llevaron. Él la miró hasta que se perdió de vista tras cruzar una puerta al otro lado del templo, y entonces se desplomó en el suelo de su jaula y escondió la cabeza entre sus brazos. Brian Gregory maldijo en voz alta. Maldijo a Atka y a Brulor y al Padre de los Diamantes, pero sobre todo se maldijo a sí mismo.

La reina y su séquito abandonaron el templo, tras ella Brulor y los sacerdotes y las doncellas salieron también, dejando solos a los hombres condenados. Atan Thome no paraba de parlotear sobre el Padre de los Diamantes, mientras Lal Taask y Akamen le amenazaban e insultaban. Lavac se sentó en cuclillas mirando con fijeza la puerta por la que Helen había desaparecido para salir de su vida para siempre, aunque sabía que era como si nunca la hubiera conocido. Brian paseaba arriba y abajo por la jaula, mascullando para sí. Tarzán y Herkuf hablaban en voz baja. D'Arnot estaba casi loco de desesperación. Oía a Tarzán preguntar muchas cosas a Herkuf, pero no le causaban impresión alguna. Helen se había ido para siempre. ¿Qué importaba nada? ¿Por qué Tarzán hacía tantas preguntas? No era como él; y de todos modos, también él pronto estaría muerto.

Recortada la silueta sobre el cielo azul africano, Ungo y sus compañeros simios permanecían en el borde del cráter del Tuen-Baka y contemplaban el valle. Contemplaron el verdor de las llanuras y los bosques, que les resultaron agradables después de las áridas laderas externas de la montaña.

—Vamos a bajar —gruñó Ungo.

—Tal vez Tarzán esté allí —sugirió otro.

—Allí hay comida —replicó Ungo—. Tarzán no está allí, volvemos a nuestros terrenos de caza. Esta zona es mala para los mangani.

XXV

HELEN Gregory, a pesar de su gusto por la aventura y su considerable fortaleza, era esencialmente femenina. Era del tipo que despertaba los instintos protectores más profundos de los hombres y, quizá debido a esa característica, de forma subconsciente deseaba protección, aunque había sido la última en darse cuenta. Reconfortada porque sabía que dispondría de ayuda masculina con sólo pedirla, se habría atrevido a cualquier cosa, aunque el comprender que se hallaba sola entre enemigos, desesperadamente separada de todos sus protectores naturales, la dejaba como una niña asustada al borde del pánico. El hecho de que no cediera a la presión dice mucho de la fuerza de su carácter.

No le flaquearon las piernas mientras los tres ptomos la conducían desde la sala del trono primero por un corto pasillo, cruzando una puerta tras la que aparecieron muchos ptomos reunidos, tumbados en estrechos camastros o jugando, con sus trajes y cascos acuáticos colgados en ganchos de la pared, sus tridentes de pie en unos soportes, y luego por otro corredor hasta una enorme puerta cerrada por grandes cerrojos y flanqueada por ruedas de válvulas que se giraban a mano y mediante palancas. Aquí uno de los ptomos hizo girar varias ruedas y tiró de algunas palancas, y todos esperaron mientras miraban una válvula situada junto a la puerta.

Ésta, pensó Helen, debía de ser la puerta que daba a la cámara de tortura, y se preguntó qué le aguardaría detrás y cuánto tardaría en llegar la muerte para rescatarla. ¡La muerte! El último refugio del hombre cuando la esperanza ha desaparecido, su último amigo, la meta final de su vida. Pensó en su padre y en Brian, y en Paul d'Arnot. Pronto la acompañarían. Le habría gustado que ella y d'Arnot hubieran tenido la ocasión de irse juntos. De ese modo habría sido más fácil para ambos.

Al fin la puerta se abrió y los ptomos la empujaron al interior de una cámara cilíndrica, siguiéndola y cerrando la puerta con cerrojos. Allí vio otras ruedas y palancas y válvulas, y una puerta idéntica en el otro lado de

la cámara flanqueada por artilugios similares. No observó señales de instrumentos de tortura; se preguntó cómo iban a matarla, por qué la habían llevado allí para hacerlo y por qué todos llevaban aquellos extraños cascos. Estaba fijándose en un ptomo que maniobraba una rueda cuando contuvo el aliento en el momento en que la sorprendió el agua que entraba a raudales en la cámara. No podían ahogarla, se dijo, ellos también se ahogarían. La cámara se llenó con rapidez, y cuando estuvo a tope, uno de ellos manipuló las ruedas y palancas que había junto a la segunda puerta, y cuando ésta se abrió, obligaron a entrar a Helen a la difusa luz del fondo del lago.

En otras circunstancias le habría fascinado la belleza de aquella escena que el sol iluminaba filtrándose a través de las transparentes aguas de Horus. Vio que la conducían por un camino de grava entre pulcros jardines de plantas marinas que otros ptomos cuidaban para servir de exquisitez a las cortes de Atka y Brulor. Extraños y bellos peces nadaban a su alrededor, y grandes tortugas se apartaban torpemente a medida que ellos se acercaban, mientras cangrejos de múltiples tonalidades se escurrían a gran velocidad alejándose de su camino. De vez en cuando surgían árboles marinos altísimos, cuyo follaje se ondulaba con elegancia con el movimiento del agua, mientras peces de vivos colores jugueteaban entre ellos como alegres pájaros entre las ramas de árboles terrestres. Todo era hermoso y tenía movimiento… y estaba silencioso. Para la muchacha, aquel silencio hablaba con voz más alta que la belleza del movimiento: presagiaba el silencio de la tumba.

En el interior del templo, caminar con las pesadas suelas metálicas de los zapatos que le habían puesto le había resultado dificil y lento; pero aquí se movía como si anduviera en el aire, ligera como una pluma, sin esfuerzo, como el paso de una sombra. Tenía la sensación de que podría saltar muy alto, por encima de los árboles, si uno de los ptomos no la estuviera sujetando por el brazo; pero se trataba sólo de destellos de pensamientos que de vez en cuando rompían la densa pesadumbre del horror que se estaba apoderando de la muchacha.

Después distinguió frente a ellos un pequeño edificio circular coronado por una sola cúpula, y se dio cuenta de que los ptomos la estaban conduciendo hacia allí. Cuando llegaron al edificio, que parecía no tener ni puertas ni ventanas, dos ptomos cogieron a Helen por los brazos y dieron un ligero salto hacia arriba, arrastrándola con ellos, seguidos por el tercer ptomo. Unas brazadas de natación les llevaron a la cima de la cúpula,

donde la muchacha atisbó una puerta circular, que ahora sí reconoció, por los artilugios que la flanqueaban, como la entrada a otra cámara de aire como la que había traspasado para ir del templo al fondo del lago.

La cámara de abajo estaba llena de agua cuando entraron en ella, y transcurrieron varios minutos hasta que se vació; entonces los ptomos le quitaron el casco y el traje, levantaron una trampilla que había en el suelo, señalaron una escalera de mano y mediante señas le ordenaron que descendiera. Al igual que en la cámara superior, vio una ventana en la pared del lado opuesto a aquél por el que habían llegado a la cúpula, que antes había creído que carecía de ventanas, ya través de este cristal la luz difusa del fondo del lago iluminó débilmente el interior de la habitación circular en la que se encontraba prisionera. Estaba por completo vacía: las paredes, el ventanal y la escalera constituían todo su mundo. Los ptomos habían cerrado la trampilla sobre ella y al poco sintió que entraba agua en la cámara de arriba; entonces empezó a gotear por una pared de su prisión y después el goteo se convirtió en un pequeño reguero. Cuando el agua cubrió el suelo de su celda, fue consciente de la naturaleza de la tortura y la muerte a la que se enfrentaba. La cámara se llenaría lentamente. Podría prolongar su vida y agonía subiendo la escalera, pero el final inevitable sería el mismo.

Comprendió qué exquisita tortura mental había concebido la inteligencia de aquella gente, un martirio que la condenaría a morir sola, ahogada como una rata en una trampa. Se preguntó si tendría valor para terminar enseguida cuando el agua fuera lo bastante profunda, o si alargaría su agonía subiendo hasta el último peldaño de la escalera.

Y mientras el agua subía poco a poco en la celda de la muerte de Helen, Herkuf susurraba a Tarzán a través de los barrotes de su jaula:

—Pronto será la hora. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Puedo cumplir con mi parte —le aseguró el hombre mono—. Cuando llegue el momento, házmelo saber.

Cuando cayó la noche y la oscuridad envolvió Horus, una débil luz todavía se filtraba a través de las aguas hasta llegar a la celda de la muerte donde Helen aguardaba su fin. Era la luz de las estrellas, pero no proporcionaba ninguna esperanza a la muchacha condenada. El agua ya le alcanzaba las rodillas; con una mano en la escalera, aún se preguntaba qué hacer. Se volvió con cautela y, apoyando ambos brazos en un peldaño de la escalera, hundió su rostro en ellos. Pensó en d’Arnot y en la felicidad de

que habrían podido gozar si se hubieran conocido en circunstancias diferentes, y, si bien toda esperanza había desaparecido, ese pensamiento la llevó a desear aferrarse a la vida todo el tiempo que fuera capaz, pues al menos existía cierta triste felicidad en la simple idea de la felicidad que le había sido negada. Pensó en Brian y, sin amargura hacia él, execró la avaricia que le había tentado hasta llevarlo a aquel horrible lugar y que había costado la vida de tanta gente, gente que lo amaba. Y rezó.

De nuevo Herkuf susurró a Tarzán:

—Es la hora —avisó—. Todos deben estar dormidos. Pero los barrotes son muy fuertes.

—No tanto como Tarzán —replicó el hombre mono—. Los he probado. ¡Mira!

Mientras hablaba agarró dos barrotes. Los músculos sobresalieron en sus hombros mientras ejercía su fuerza en el duro metal. Herkuf le observaba sin aliento y lleno de dudas; luego comprobó que los barrotes se separaban, y unos instantes después vio a Tarzán deslizarse entre ellos y volver a ponerlos en su sitio. El hombre mono liberó a Herkuf de modo similar.

—Eres tan fuerte como un elefante macho —dijo el sacerdote con voz entrecortada.

—¡Vamos! —apremió Tarzán—. No podemos perder tiempo. Muestra el camino.

—Es cierto —replicó Herkuf—. No podemos perder el tiempo. Aunque lleguemos sin demora, quizá sea demasiado tarde.

En silencio, con sigilo. Herkuf y Tarzán cruzaron el templo hacia una puerta cerrada. Los otros prisioneros dormían. Nadie había visto a Tarzán escapar y soltar a Herkuf. Ni siquiera los barrotes, doblados de nuevo hasta casi su posición normal, daban muestras de la manera en que se habían liberado, y pocos habrían creído la verdad, pues muchos han sido los prisioneros que habían intentado doblarlos, pero nunca hasta entonces nadie lo había logrado.

Herkuf condujo a Tarzán por un corto corredor hasta la habitación de los ptomos. Cuando el sacerdote abrió la puerta. Tarzán contempló a los sacerdotes menores durmiendo en sus duros bancos, con sus trajes acuáticos colgados en sus ganchos y los tridentes en los soportes. Por lo visto, los ptomos dormían así sin centinelas y el templo permanecía sin protección porque se consideraba inexpugnable.

Los dos hombres cogieron con cautela tres trajes y cascos acuáticos y tres tridentes, y cruzaron la habitación hasta la puerta que estaba en el otro lado sin que se despertara un solo ptomo. Una vez traspasada la puerta, se pusieron un traje cada uno.

—Los dioses han estado con nosotros hasta ahora —susurró Herkuf—, y si podemos atravesar la cámara sin que nos descubran, tenemos muchas probabilidades de lograrlo… si llegamos a tiempo.

Cuando a Helen el agua le llegó a los hombros abandonó por fin toda idea de suicidio. Se aferraría a la vida hasta el último momento. Podían despojarla de eso, pero no de su valor, y cuando el agua subió más, se puso en el peldaño inferior de la escalera.

Mientras esperaba la muerte, los recuerdos se acumulaban en su mente, pensamientos agradables y amargos. Reflexionó sobre la inutilidad de la búsqueda de la riqueza rápida por parte del hombre y en el mal y sufrimiento que esto implicaba. ¿De qué le serviría ahora a Brian o a Thome si, por alguna casualidad, la conseguían?, porque uno había perdido a su hermana y, quizá, a su padre, y el otro había perdido el juicio. Ahora el agua la obligó a encaramarse otro peldaño. Poco a poco fue ascendiendo hacia su cita con la Muerte.

Herkuf y Tarzán pasaron sanos y salvos por la cámara de aire y entraron en el agua del lago. Cruzaron el Jardín de los ptomos y se encaminaron hacia la celda donde la Muerte iba acorralando de manera implacable a Helen Gregory y oscuras sombras se deslizaban sinuosas a su alrededor en aquel misterioso mundo de silencio.

Al fin alcanzaron a la cámara de aire situada sobre la celda de Helen y Herkuf puso en marcha la bomba que extraería el agua, pero ambos hombres tenían la impresión de que Jamás vaciarían la cámara a tiempo. Sabían que el agua había estado filtrándose durante horas en la celda de la muerte situada bajo sus pies y que la muchacha podía morir antes de que llegaran a ella, si es que no había muerto ya.

Bajo ellos, aferrada a los últimos preciados momentos de su vida, Helen había ascendido la escalera hasta lo más alto, pero el agua la perseguía de modo implacable. La cabeza ya le tocaba el techo. No podía subir más. La fría mano de la Muerte le acarició la mejilla. De pronto se puso alerta y aguzó el oído. Oyó ruidos en la cámara de arriba. ¿Qué podía significar eso? Sin duda no el rescate; quizás alguna nueva tortura.

Al fin la cámara de aire estuvo vacía. Tarzán y Herkuf intentaron

levantar la trampilla que daba a la celda de Helen, pero sus esfuerzos fueron vanos, incluso para la fuerza hercúlea del Señor de la Jungla. ¿Y qué estaba ocurriendo o había ocurrido en la celda de abajo? ¿Celda o tumba?

Y mientras Tarzán y Herkuf se afanaban con la trampilla, un ptomo despertó y se incorporó en su duro banco, frotándose los ojos. Había tenido un sueño extraño e inquietante en el que unos enemigos cruzaban la sala de los ptomos. Miró a su alrededor para ver si había alguien que no debiera estar allí. Buscó con la mirada, de forma instintiva, su traje y casco acuáticos. Habían desaparecido, y otros dos ganchos estaban vacíos. Despertó al instante a sus compañeros y reveló lo que había descubierto, contándoles su sueño. Todos quedaron muy perturbados, pues estas cosas jamás habían ocurrido, que nadie recordara. Se pusieron a investigar enseguida; primero fueron a la sala del trono, donde pronto descubrieron que faltaban dos prisioneros.

—Herkuf ha desaparecido y también falta el hombre llamado Tarzán —observó uno.

—Pero se han llevado tres trajes y tres tridentes —señaló otro.

Para entonces los prisioneros habían despertado y fueron interrogados con muchas amenazas, pero no se enteraron de nada pues los prisioneros nada sabían, y esto sorprendió aún más a los ptomos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó por fin un ptomo—. Es evidente que han ido a la pequeña cámara del lago para liberar a la muchacha, por eso se han llevado un traje de más. ¡Rápido! ¡Poneos los cascos! ¡Por el amor de Atka, daos prisa!

—No debemos ir todos, o el resto de los prisioneros puede escapar como los otros —sugirió uno; así que sólo seis de ellos se pusieron los trajes y se apresuraron a penetrar en las aguas de Horus en persecución de los dos presos que faltaban. Armados como iban, con tridentes y cuchillos, no habían pensado sino que fácilmente vencerían y volverían a capturar a sus presas.

Durante muchos y preciosos minutos la trampilla se negó a ceder a los forcejeos de Tarzán y Herkuf, pero al fin cedió y la abrieron. Al mirar abajo, en la oscuridad, al principio no distinguieron nada; luego Tarzán vislumbró, débilmente, un rostro que en apariencia flotaba en la superficie del agua. ¿Después de todo habían llegado tarde? ¿Era aquél el rostro de una muchacha muerta?

Sosteniéndose en la escalera y flotando con la nariz justo por encima

del agua, Helen había oído cada vez más ruidos de actividad sobre ella; luego se abrió la trampilla y vio a dos ptomos que la miraban. Cuando la arrastraron a la cámara de aire supuso que habían ido a infligirle alguna nueva tortura.

La ayudaron a ponerse el traje acuático y la sacaron de la cámara de aire para entrar en el lago. Con los trajes y cascos no los reconoció, y como no había forma de comunicarse, siguió con ellos e ignorando su identidad, preguntándose qué le tenía reservado el destino.

Mientras Herkuf los conducía lejos del templo, los ptomos que los perseguían los descubrieron y se dieron prisa para alcanzarlos. En el silencio de las profundidades del agua ningún ruido llegaba a los oídos de los fugitivos, ajenos al peligro que se les aproximaba por detrás, hasta que por fin Tarzán, siempre la cauta bestia de la jungla, miró atrás y sorprendió a los ptomos. Tocó a Herkuf y a Helen y se los señaló, luego se juntaron, poniéndose espalda contra espalda, esperando el ataque del enemigo del que, se dieron cuenta, no podían huir. Cuál sería el resultado de semejante batalla no podía adivinarlo Tarzán. Sabía que ninguno de ellos estaba acostumbrado a luchar en un medio como aquél y con aquella arma. Un simple rasgón en un traje podía significar la muerte por ahogamiento, y sin duda sus adversarios eran expertos en el empleo de los tridentes. Lo que no sabía era que tampoco los ptomos estaban acostumbrados a luchar bajo el agua como él. A veces tenían que defenderse de los habitantes más peligrosos de las profundidades, pero nunca se habían visto en la necesidad de tener que enfrentarse con oponentes humanos que llevaban armas idénticas a las suyas.

Así ocurrió que Tarzán y Herkuf fueron los primeros en herir al enemigo, y entonces, por primera vez, Helen se dio cuenta de que acaso se hallaba en manos de amigos; sin embargo, la idea le parecía por completo imposible, pues ¿cómo podía tener amigos entre los ptomos?

Al ver que dos de los suyos habían muerto en el primer encuentro con el enemigo, los cuatro ptomos restantes se volvieron más precavidos. Dieron vueltas con cautela, esperando el momento de atacar, pero no parecía haber abertura alguna en la inexpugnable defensa de los otros tres, que no podían ser seducidos a abandonar la compacta formación que presentaban con un tridente en cada frente. De pronto, uno de los ptomos saltó sobre las cabezas de sus presas para atacar desde un nuevo ángulo, mientras que sus compañeros se abalanzaron sobre sus enemigos. Pero lo

hicieron con demasiada cercanía y dos de ellos encontraron la muerte en los tridentes de Herkuf y Tarzán; entonces el que estaba sobre ellos descendió flotando y golpeó al hombre mono. Al hacerlo, Helen de inmediato dio un salto hacia él con el tridente, clavándoselo directamente en el pecho. El ptomo se retorció de un modo horrible, como un pez alcanzado por un arpón, y después se desplomó a los pies de ella. La muchacha tuvo que hacer acopio de fuerzas para no desmayarse.

Muertos sus compañeros, el ptomo que quedaba vivo dio media vuelta y huyó hacia el templo, pero Tarzán no se atrevió a dejarle escapar para que fuera en busca de refuerzos, de modo que le persiguió, con la sensación de estar en una pesadilla en la que uno hace grandes esfuerzos pero no consigue nada. Sin embargo, aunque el ptomo tenía que luchar con el mismo medio, no poseía los músculos del gigante para vencerlo, de modo que, poco a poco, Tarzán se fue acercando a él mientras Herkuf y Helen le seguían.

Cuando el ptomo se dio cuenta de que no podía escapar, se giró y se preparó para la lucha, y Tarzán descubrió que era el más peligroso de los oponentes, pues peleaba con la desesperación de una rata acorralada. Fue el duelo más estrafalario que el hombre mono jamás había librado. El extraño y misterioso silencio de las profundidades; el medio raro que retrasaba cualquier movimiento; todo le desconcertaba. Estaba acostumbrado a pelear en un plano y a no tener oponentes que saltaban por encima de su cabeza y se lanzaban sobre él, como hizo de pronto el ptomo; pero se libró del ataque y agarró a su enemigo por el tobillo. El ptomo forcejeó para liberarse, lanzando salvajes golpes con su tridente, pero al fin Tarzán estuvo seguro de sí mismo, cuando arrastró al sacerdote inferior hacia él.

De cerca los tridentes eran inútiles, y ambos hombres los soltaron y sacaron el cuchillo; el ptomo intentaba herir a Tarzán con malicia pero con torpeza, mientras que el hombre mono intentaba coger la muñeca que sujetaba el cuchillo del otro; mientras luchaban, un gran pez que nadaba bajo se aproximó a ellos y Helen y Herkuf se apresuraron a ascender, como dos robots espantosos sostenidos por una mano invisible.

Los dedos de Tarzán rozaban la muñeca del ptomo, casi había logrado agarrarle la mano que sostenía la daga cuando el gran pez, asustado por Helen y Herkuf que se acercaban, pasó de largo a toda velocidad en un esfuerzo por escapar y dio un fuerte golpe a Tarzán en las piernas. El hombre mono cayó hacia atrás y cuando el ptomo lo vio, aprovechó la

oportunidad. Se precipitó hacia Tarzán, que descendía, con el cuchillo listo para hundirlo en el corazón de su enemigo.

Sin embargo, de nuevo Tarzán esquivó el arma, y al tiempo que se salvaba del golpe, Helen y Herkuf alcanzaron el cuerpo del ptomo y le clavaron sus tridentes. Mientras Tarzán se ponía en pie flotando, Helen se preguntaba de quién era esa vida que había ayudado a salvar y cuáles serían sus intenciones hacia ella.

XXVI

EN EL templo de Brulor todo era confusión y excitación. Sacerdotes y guerreros llenaban la sala del trono, investigando la misteriosa desaparición de los dos prisioneros. Las cerraduras de sus jaulas se hallaban intactas, y sólo d'Arnot adivinó la verdad cuando observó que dos barrotes de la jaula de Tarzán estaban ligeramente doblados.

—Una vez más hay esperanzas —susurró a Brian.

Un ptomo lleno de excitación entró en la sala del trono y, quitándose el casco, se apresuró a acercarse a los pies del trono de Brulor.

—Oh, Padre de los Diamantes —se inclinó—, he ido a la pequeña cámara del lago. ¡La mujer ha desaparecido!

—¿Adónde ha ido? —preguntó Brulor.

—¡Quién sabe! —respondió el ptomo—. Lo único que sé es que no está allí y que en el fondo de Horus se encuentran los cuerpos de seis ptomos, tres de ellos sin sus trajes acuáticos. ¡Tenemos entre nosotros a un demonio, oh, Padre!

Brulor se puso en pie de un salto, temblando de rabia.

—No son demonios —exclamó—, sino hombres mortales que pueden morir. Uno es ese renegado. Herkuf; el otro es el hombre llamado Tarzán. Quien me los traiga, vivos o muertos, puede pedir la recompensa que quiera; pero traédmelos vivos si eso es posible. Cualquiera que profane el templo de Brulor debe morir. Así está escrito.

Y mientras Brulor atronaba lleno de furia, los objetos de su ira, dirigidos por Herkuf, se hallaban lejos en el fondo de Horus. Después de quitar los trajes acuáticos a tres de los ptomos muertos habían seguido a Herkuf, que los guiaba por el lago según el plan que él y Tarzán habían elaborado antes de escapar del templo. La buena fortuna les había proporcionado tres trajes acuáticos más, que irían a la perfección al plan que tenían pensado, un plan descabellado, pero el único que parecía tener alguna probabilidad de éxito.

A medida que se acercaban a aguas más profundas descendieron a un valle de enormes plantas marinas y allí tropezaron con los habitantes más grandes de las profundidades, por lo que sin cesar se veían obligados a esquivar ataques cuando monstruosas formas oscuras se deslizaban a su alrededor. Extrañas plantas de enormes proporciones ondulaban sus frondas sobre ellos a la escasa luz de las estrellas.

Helen estaba francamente aterrorizada. No tenía idea de quiénes eran aquellos hombres, ni adónde la llevaban, ni cuáles eran sus intenciones hacia ella; y por añadidura, no veía cómo podían escapar a los aterradores peligros que los rodeaban, doblemente aterradores por la oscuridad y lo extraño del lugar. Tenía la sensación de que ya no podía soportar nada más cuando una enorme serpiente marina salió de entre los gigantescos árboles y se precipitó hacia ellos para atacarlos.

Los hombres se enfrentaron a sus horribles fauces con sus afilados tridentes, mientras su larga y sinuosa cola se retorcía en espirales sobre ellos como una espada de Damocles que podía destruirlos en cualquier momento. Los ojos le sobresalían y los miraba con fiereza, la lengua bífida entraba y salía con rapidez de sus fauces con colmillos, y de pronto la serpiente enroscó su cola en torno a Helen y se alejó nadando. Al instante Tarzán dejó el traje y casco acuáticos de más que había estado cargando y dio un fuerte salto hacia arriba en un esfuerzo por alcanzarlos, mientras Herkuf permanecía indefenso en el fondo del lago.

El hombre mono logró por casualidad atrapar uno de los tobillos de Helen, pero no pudo arrancarla de la fuerte cola de la serpiente. Lentamente se fue colocando sobre el cuerpo de la muchacha con intención de subirse al cuerpo del animal. Al mismo tiempo intentaba liberar a Helen, pero la serpiente se apretaba aún más a su alrededor, y como el enojado saurio giraba y se retorcía, le costaba agarrarse. Sólo su gran fuerza y agilidad consiguieron, a pesar de su engorroso traje acuático, encaramarlo por fin al lomo del monstruo. Una y otra vez clavó entonces su cuchillo en el frío cuerpo, mientras Helen se maravillaba ante el valor y la fuerza de su desconocido paladín.

Dolorosamente, pero no herido de gravedad, el saurio soltó a la muchacha y se volvió hacia aquel hombre-cosa que se atrevía de ese modo a poner en duda su supremacía. Sangrando, herido, furioso, una criatura de furia demoníaca, su único pensamiento ahora era destruir aquella cosa que amenazaba su derecho a la autoconservación. Esquivando las fauces con su

afilado cuchillo que hería la serpiente de tal modo que la obligaba a retroceder, Tarzán fue acercándose a la gran garganta. Había matado a Numa el león, Sheeta la pantera, Wappi el antílope y al hombre cortándoles la yugular. ¿Por qué no a esta criatura de la que brotaba sangre?

Al fin alcanzó su objetivo, y allí, en la gran garganta, encontró la piel más tierna que su hoja jamás había traspasado, y con un solo golpe cortó la vena que había estado buscando. Manó un chorro de sangre, la criatura se retorció convulsivamente unos instantes y luego, cuando Tarzán bajó deslizándose de su lomo, se volvió boca arriba y se alejó flotando, mientras el hombre mono se hundía con suavidad hacia el lecho del lago, donde se encontraba Helen, que le miraba atónita con los ojos desorbitados.

Empezaba a amanecer y la creciente luz hizo posible que vieran a mayores distancias que antes, y cuando Tarzán miró alrededor en busca de Herkuf, le vio acercarse llevando consigo el traje y casco acuáticos que Tarzán había soltado.

A partir de ese lugar, el fondo del lago se hacía muy empinado, lo que agotó las energías de Helen hasta el punto de que Tarzán tuvo que ayudarla el resto del camino hasta alcanzar la orilla. Herkuf no estaba mucho mejor que Helen, pero consiguió salir del agua y cayó exhausto en la costa. Sólo Tarzán parecía estar fresco y nada cansado.

No tardaron en quitarse los incómodos cascos, y cuando Helen descubrió el rostro de Tarzán lanzó un grito de asombro.

—¡Tarzán! —exclamó—. Debería haber sabido que eras tú, pues ¿quién si no habría podido hacer por mí lo que tú has hecho?

—Paul —le contestó él con una sonrisa.

—Eres muy amable —agradeció ella—. Oh, qué alivio sentirse a salvo una vez más. Qué maravilla estar vivos después de todo lo que hemos pasado, después de estar en aquella horrible cámara donde me habría ahogado. No puedo creer aún que haya escapado.

Cerca de la orilla Herkuf había pescado un pez, y entonces los llevó a una cueva que conocía, y mientras Helen y Tarzán yacían en el suelo, él preparó una fogata e hirvió su pesca.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Helen a Tarzán.

—Herkuf sabe dónde hay un bote escondido en este lado del lago. Nos ha parecido más seguro venir hasta aquí que intentar robar uno del muelle de Ashair, pues sabíamos que después de que descubrieran nuestra huida pondrían centinelas en todas partes. Esta noche cruzaremos el lago

remando, y Herkuf y yo bajaremos con los trajes acuáticos e intentaremos volver a pasar por donde están los ptomos y sacar a d'Arnot, Brian y Lavac. Por eso hemos cogido los tres trajes de los ptomos que hemos matado, pues íbamos a intentar robarlos de la habitación de los ptomos, pero ahora no será necesario cruzar esa habitación, como hemos hecho antes para quitarles los trajes, ya que Herkuf dice que existe una forma de evitarlo.

—Cuando hayamos comido y descansado —anunció Herkuf—, iré a ver si el bote sigue donde lo escondí. Hace muchos años de ello, pero lo escondí bien y es raro que nadie se acerque a esta parte del valle. Lo hundí en una pequeña cala, bajo unos arbustos que cubrían el agua.

—Probablemente ya se habrá podrido —señaló Helen.

—No, no lo creo —replicó Herkuf—. Sólo se habría podrido si hubiera estado expuesto al aire.

Mientras comían el pescado hervido discutieron sus planes y recordaron las aventuras que habían vivido, Helen preguntó a Herkuf cómo había sido posible construir el templo en el fondo del lago.

—Me parece —opinó la muchacha— una obra de ingeniería fuera del alcance de la capacidad de los asharianos, pues no he visto nada que sugiera más que un primitivo conocimiento de la ingeniería. Con la excepción de estos cascos de buceo, no he visto nada que indique una gran inventiva.

—El invento del casco de buceo, junto con un fenómeno natural, hizo posible construir el templo —explicó Herkuf—. Somos una raza muy antigua. Hemos ocupado el valle del Tuen-Baka durante unos tres mil años. Nuestro origen es legendario, pero se cree que nuestros primeros antepasados vinieron del norte y que trajeron una civilización desarrollada y una ingeniería considerable. Había dos facciones o tribus. Una se instaló en lo que ahora es Thobos; la otra en Ashair. Un ashariano fue quien inventó el casco de buceo. Siempre estaba haciendo pruebas con metales y productos químicos, tratando de obtener oro de sustancias comunes; yen uno de sus experimentos descubrió por casualidad una combinación de productos químicos que, cuando se vertía agua en ellos, generaba aire que se podía respirar; pero tuvo un triste final cuando estaba a punto de transmutar en oro un polvo negro que había compuesto. Lo único necesario, pensó él, era aplicar una gran presión repentina; de modo que puso un poco del producto sobre un trozo de lava y lo golpeó con un

martillo. Se produjo un ruido terrible y mucho humo, y el techo de la casa del inventor saltó por los aires, y él también. Uno de sus ayudantes, que escapó de milagro a la muerte, lo vio todo. Pero aunque no consiguió obtener oro, dejó tras de sí un gran invento, que era el casco de buceo, aunque más para deporte que con ningún fin práctico.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con la construcción del templo? —preguntó Helen.

—A eso voy. En la costa de Ashair, en el punto sobre el lugar donde ahora está el templo, el agua se hallaba en constante torbellino, y a menudo saltaba por los aires un chorro hasta una altura de quince o treinta metros emitiendo un fuerte siseo. El origen de este fenómeno era un misterio que los asharianos deseaban resolver, de modo que un día un joven temerario se puso un traje acuático y un casco de buceo y se zambulló hasta el fondo del lago para investigar. Hacía media hora que había desaparecido de la vista cuando los espectadores que estaban en la orilla le vieron salir disparado, sobre la superficie del agua, en el lugar donde se producía el fenómeno. Asombrosamente, no resultó muerto y cuando por fin regresó a la orilla, informó de que en el fondo del lago había un gran géiser de aire que salía de un agujero.

»Muchos años después alguien concibió la idea de construir un templo alrededor del géiser de aire para alojar al sacerdocio y lo más sagrado. Miles de esclavos fueron capturados y enviados a cortar los bloques de lava que iban a formar los muros del templo. Se confeccionaron innumerables trajes y cascos acuáticos. La parte más dificil del trabajo era tapar el géiser de aire, pero por fin se llevó a cabo; entonces se inició la construcción del templo. Se tardaron miles de años y costó el doble de vidas. Cuando se terminó y se selló de manera hermética, estaba por supuesto completamente lleno de agua; pero cuando se abrió la válvula que se había instalado en la tapa del géiser, el agua se extrajo del templo a través de otra válvula de salida. Hoy en día el géiser proporciona aire puro para el templo y abre y cierra las puertas de las cámaras de aire.

—¡Qué maravilla! —exclamó Helen—. Pero ¿de dónde viene el aire?

—Por supuesto son simples conjeturas —respondió Herkuf—, pero la teoría es que durante una gran erupción, cuando el Tuen-Baka era un volcán activo, toda la cima de la montaña saltó por los aires, y cuando una gran porción de ella cayó de nuevo en el cráter encerró una gran cantidad de aire, bajo gran presión, en un depósito subterráneo.

—¿Y cuando se agote ese depósito? —se interesó la muchacha.

Herkuf se encogió de hombros.

—Horus reclamará el templo. Pero hay una segunda teoría. Es posible que exista bajo el templo un inmenso depósito de los mismos productos químicos que utilizamos en nuestros cascos, y que el goteo del agua del lago en este depósito genere constantemente aire fresco.

—¡Qué gran cantidad de pensamiento, trabajo y vidas debe de haber significado la construcción de esa estructura! —se asombró Helen—. ¿Y con qué fin? ¿Por qué los hombres malgastan así sus energías?

—¿Vuestra raza no construye templos a sus dioses? —preguntó a su vez Herkuf.

XXVII

MAGRA y Gregory se detuvieron en una ladera rocosa sobre Ashair. El ardiente sol los quemaba desde un cielo sin nubes, las amenazadoras paredes del Tuen-Baka se cernían sobre ellos, a sus pies se extendían las tranquilas aguas del sagrado Horus; y a lo lejos la entrada del túnel que conducía al mundo exterior les hacía señas y se burlaba de ambos.

—Bueno, aquí estamos —dijo Gregory—. Ésta debe de ser la entrada secreta del túnel.

—Sí —afirmó Magra—, aquí estamos; pero ¿qué hacemos ahora?

—Después de lo que aquellos pobres diablos nos dijeron —respondió Gregory—, creo que sería una locura perder nuestras vidas inútilmente cayendo en esa trampa.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Magra—. No conseguiríamos nada si lográramos llegar al templo. Sólo nos capturarían y desbarataríamos todos los planes de Tarzán si tiene éxito en lo que intenta hacer.

—Lo que no logro entender —comentó Gregory— es qué se ha hecho de Helen, Brian, d'Arnot y Lavac. ¿Supones que todos se fueron al templo a ayudar a Tarzán?

—Quizá sí, o quizá los hayan capturado de nuevo. Lo único que podemos hacer es esperar. Supongamos que bajamos a Ashair y buscamos un escondrijo. Si estamos entre Ashair y la entrada del túnel, tendrán que pasar por delante de nosotros para salir del valle, pues no hay ninguna otra salida, que yo sepa.

—Creo que tienes razón —coincidió Gregory—, pero me pregunto si no habrá peligro en intentar pasar por Ashair a plena luz del día.

—Tanto como quedarnos aquí en la boca de este pasadizo secreto de su templo. Algún ashariano puede tropezar con nosotros en este lugar en cualquier momento.

—De acuerdo —concluyó Gregory—, vamos a intentarlo. Más arriba, al pie del acantilado hay cantidad de enormes bloques de lava. Pueden

ocultarnos por completo mientras atravesamos la ciudad.

—Vámonos —propuso Magra.

Iniciaron el penoso ascenso hasta el montón de bloques de lava que habían caído de arriba, y aunque el avance era duro, comprobaron que les ocultaban por completo a la ciudad, y al fin bajaron de nuevo cerca del lago, dejando atrás Ashair.

Entre ellos y el lago una colina baja de piedra caliza les impedía ver el agua. Se hallaba junto a la orilla y se extendía a lo largo de unos cuatrocientos metros, descendiendo de forma gradual hasta llegar al nivel de la tierra que lo rodeaba. En su cima crecían algunos arbustos dispersos y unos árboles retorcidos. Una elevación del terreno la ocultaba de Ashair.

—¡Mira! —exclamó Magra, señalando—. ¿No es aquello una cueva?

—Eso parece —contestó Gregory—. Echémosle un vistazo. Si es habitable tendremos suerte, pues podemos ocultarnos en ella y vigilar a los otros desde la cima del otero.

—¿Y la comida? —preguntó Magra.

—Imagino que encontraremos fruta y nueces en alguno de esos árboles más grandes que hay justo bajo la colina —respondió Gregory—, y con un poco de fortuna hasta es posible que podamos pescar algún pez de vez en cuando.

Mientras hablaban se acercaron a la entrada de la cueva, que, desde fuera, parecía satisfacer por completo sus necesidades, pero se adentraron con cautela. En un corto trecho sólo era visible el interior a la escasa luz que penetraba por la abertura, y más allá no se distinguía nada.

—Creo que iré a explorar un poco antes de instalarnos —opinó Gregory.

—Iré contigo.

La cueva se estrechaba y se convertía en un oscuro corredor que siguieron a tientas, casi en total oscuridad; pero al doblar un agudo recodo había más luz, y después entraron en una gran caverna en la que el sol se derramaba a través de una grieta en el techo. La caverna era grande y extrañamente hermosa. Había estalactitas de diversos tonos que colgaban del techo y paredes, mientras estalagmitas de extrañas formas cubrían gran parte del suelo. La erosión había forjado asombrosas figuras de piedra caliza que se elevaban como creaciones de algún loco escultor entre las estalagmitas de colores.

—¡Qué espectáculo tan magnífico! —exclamó Magra.

—¡Es maravilloso, y qué colores tan hermosos! —coincidió Gregory—. Pero creo que deberíamos explorar un poco más para asegurarnos de que es un lugar seguro donde escondernos.

—Sí —dijo Magra—, tienes razón. Veo una hendidura al fondo de la caverna que puede conducirnos a otro sitio. Echémosle un vistazo.

Descubrieron que la abertura conducía a otro corredor, oscuro y tortuoso; y mientras avanzaban a tientas Magra se estremeció.

—Hay algo extraño en este lugar —susurró ella.

—Tonterías —la tranquilizó Gregory—. Sólo es porque no hay luz. A las mujeres no os gusta la oscuridad.

—¿A ti sí?

—Bueno, no, pero el que un lugar esté oscuro no significa que sea peligroso.

—Pero tengo la sensación —insistió ella— de que nos están observando ojos que no vemos.

—Bah, eso no es más que tu imaginación, mi niña —se rió Gregory—. Tienes los nervios de punta, y no me extraña, después de todo lo que has pasado. Lo sorprendente es que no hayamos sufrido una crisis nerviosa.

—No creo que sea mi imaginación —insistió Magra—. Te digo que percibo que no estamos solos. Hay algo cerca de nosotros. Algo nos está observando. Volvamos atrás y salgamos de este horrible lugar. Es malo, lo sé.

—Trata de calmarte, querida —quiso tranquilizarla Gregory—; no hay nadie cerca, y de todos modos, si este lugar es malo, hemos de saberlo.

—Supongo que tienes razón —reconoció Magra—, pero sigo aterrada, y, como sabes, no es fácil asustarme. Ahí hay otro hueco en la pared. Puede que sea otro corredor. ¿Cuál será mejor que tomemos?

—Creo que será mejor que sigamos éste —respondió Gregory—. Parece ser el corredor principal. Si empezamos a dar vueltas, podemos perdernos. He oído hablar de gente que se ha perdido en cuevas en Kentucky o Virginia, o algún otro lugar, y jamás los han encontrado.

En aquel preciso instante una mano agarró a Magra por detrás y la hizo pasar por la abertura por delante de la cual acababan de cruzar. Gregory oyó un chillido penetrante detrás de él y se giró en redondo. Para su horror, descubrió que se hallaba solo. Magra había desaparecido. La llamó a gritos, pero no obtuvo respuesta; entonces se volvió para retroceder e ir en su busca. Cuando lo hizo, otra mano salió de una oquedad del otro lado del

corredor y le agarró. Él forcejeó, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y fue arrastrado a la oscuridad de un corredor lateral.

También Magra había peleado para liberarse, y también había sido inútil. La poderosa criatura que la había agarrado la arrastró por el oscuro pasillo en silencio. Ella no sabía si se encontraba en las garras de un hombre o de una bestia. Tras su experiencia con Ungo, era natural que tuviera dudas.

El corredor no era largo y desembocaba en una segunda gran caverna. Entonces comprobó que su capturador era una figura con túnica blanca y la cara cubierta con una capucha. Vio las manos desnudas, y supo que no era ningún simio lo que la había apresado sino un hombre. Había otros varios como él en la caverna, en cuyo centro manaba una charca.

En el otro extremo de la caverna se alzaba un trono sobre una tarima, y ante el trono, un altar, mientras que directamente detrás se abría un hueco, toscamente arqueado, que daba al lago, que se hallaba casi al mismo nivel que el suelo de la caverna. Ésta era hermosa, pero la escena en conjunto tenía un aspecto extraño debido a la presencia de aquellas siniestras y silenciosas figuras con túnica blanca que permanecían en pie, mirándola fijamente con unos ojos entrevistos a través de unas rendijas de sus capuchas.

Magra apenas había captado la escena cuando vio que Gregory era arrastrado dentro igual que ella hacía unos instantes. Se miraron con resignación y Gregory meneó la cabeza.

—Me parece que esto es el fin —observé—. Parece el Ku Klux Klan. Tenías razón. Alguien nos estaba observando.

—Me pregunto quiénes son —añadió ella— y qué quieren de nosotros. ¡Dios mío! ¿No nos han pasado suficientes cosas ya?

—No me extraña que el Tuen-Baka sea tabú y Ashair esté prohibido. Si alguna vez salgo de aquí, desde luego que para mí será tabú.

—Si alguna vez salimos —repitió ella con aire triste.

—Salimos de Thobos —le recordó él.

—Sí, lo sé, pero no tenemos a Tarzán ni a Thetan. Ahora estamos solos e indefensos.

—Quizá no pretendan hacernos daño —insinuó él—. Si al menos conociera su lenguaje les preguntaría. Tienen un lenguaje. No han parado de susurrar entre ellos desde que nos han hecho entrar aquí.

—Prueba con el suajili —sugirió Magra—. Todos los que hemos

encontrado en este maldito país lo hablan.

—Mi suajili es un poco pobre —avisó él—, pero si entienden suajili tal vez capten algo. —Se volvió hacia la figura con túnica blanca que tenía más cerca y carraspeó—. ¿Por qué nos habéis traído aquí? —preguntó—. ¿Qué vais a hacer con nosotros? No os hemos hecho nada.

—Habéis osado entrar en el templo del verdadero dios —respondió el hombre—. ¿Quiénes sois para atreveros a entrar en el sagrado templo de Chon?

—Son secuaces de Atka —opinó otro.

—O espías del falso Brulor —sugirió un tercero.

—No somos nada de eso —replicó Magra—. Sólo somos extranjeros que nos hemos perdido. Lo único que queremos es encontrar la forma de salir del Tuen-Baka.

—Entonces, ¿por qué habéis venido aquí?

—Buscábamos un lugar donde escondernos hasta que pudiéramos salir —respondió la muchacha.

—Probablemente mientes. Os retendremos aquí hasta que el verdadero dios regrese; entonces conoceréis vuestro destino y la forma en que moriréis.

XXVIII

TRAS descansar un poco, Herkuf, Helen y Tarzán fueron a buscar el bote que Herkuf había escondido y con el que pretendían regresar al templo de Brulor para tratar de rescatar a d'Arnot, Brian y Lavac. La cala en la que estaba hundido no se hallaba a gran distancia de la cueva que habían elegido, y como casi toda la distancia discurría a través de terreno boscoso, no tenían miedo de ser descubiertos por los ocupantes de ninguna de las galeras asharianas que de vez en cuando pasaban al alcance de su vista desde la orilla, patrullando el extremo inferior del Horus en una búsqueda eterna de sus legendarios enemigos de Thobos.

Cuando llegaron a la cala, Herkuf separó los arbustos y buscó en el agua poco profunda.

—Es este sitio —masculló para sí—. Sé que es este sitio. No puedo estar equivocado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tarzán—. ¿No lo encuentras?

—Es este sitio —repitió Herkuf—, pero el bote no está aquí. Aunque lo escondí bien, alguien lo encontró. Ahora nuestros planes se han desbaratado. ¿Qué vamos a hacer?

—¿No podemos rodear a pie el extremo del lago y entrar en el agua cerca del templo desde la orilla ashariana? —preguntó Helen.

—El acantilado en el extremo inferior del lago es imposible de escalar —respondió Herkuf—. Si fuéramos por Thobos, sin duda nos capturarían, y aunque en otro tiempo fui sacerdote de Chon en Thobos, nadie me conoce ya y nos encarcelarían.

—Quizá podríamos construir una balsa —sugirió la muchacha.

Herkuf meneó la cabeza.

—No tenemos herramientas —objetó—, y aunque las tuviéramos, jamás nos atreveríamos a intentarlo, ya que los asharianos seguro que nos descubrirían.

—Entonces, ¿hemos de darnos por vencidos? —protestó Helen—. Oh,

no podemos hacer eso y dejar morir a Paul, a Brian y a Lavac.

—Hay un modo —intervino Tarzán.

—¿Cuál es? —preguntó Herkuf.

—Cuando sea de noche, nadaré hasta Ashair y robaré un bote del muelle.

—Es imposible —replicó Herkuf—. Ya viste con qué tuvimos que pelear cuando cruzamos anoche. No llegarías ni a la mitad nadando por la superficie. Será mejor que demos media vuelta.

—Anoche sólo cruzamos porque tuvimos muchísima suerte —le recordó Tarzán—. Puede que en otra ocasión no tengamos tanta, y si tuviéramos éxito, seguiríamos sin tener un bote para regresar a Thobos o escapar por el túnel. Esta noche cruzaré el lago a nado.

—No lo hagas, Tarzán, por favor —rogó Helen—. Perderás tu vida inútilmente.

—No tengo intención de perder mi vida para nada —replicó él—. Tengo mi cuchillo.

Regresaron a la cueva para esperar a que anocheciera, y como les resultó imposible disuadir a Tarzán de su plan, Herkuf y Helen por fin cedieron, desesperados; cuando cayó la noche, se quedaron en la orilla y le observaron penetrar en las oscuras aguas de Horus. Aguzando la vista le vieron avanzar hasta que desapareció en la oscuridad, y aun entonces permanecieron donde estaban, mirando fijamente el negro vacío de las negras aguas.

Tarzán había recorrido aproximadamente la mitad de la distancia que le separaba de la costa ashariana sin tropezar con ningún peligro, cuando vio que de pronto se encendía una antorcha en la proa de una galera a poca distancia. La observó, y cuando alteró su curso y se dirigió hacia él, se dio cuenta de que le habían descubierto. Ser capturado ahora por una galera ashariana significaría sin duda la muerte no sólo para él sino para los hombres por los que estaba arriesgando su vida, y por tanto enseguida comprendió la única oportunidad que tenía de eludirlos. Se zambulló y se alejó nadando, tratando de escapar del círculo de luz de su antorcha, y, al mirar atrás, tuvo la sensación de que podría lograrlo, pues la luz parecía retroceder, pero cuando emergió a la superficie para tomar aire antes de volver a zambullirse, distinguió una forma en sombras que se acercaba a él y supo que por fin había ocurrido lo que Helen y Herkuf tanto habían temido. Recordó las palabras con que los había tranquilizado: «Tengo mi

cuchillo», y esbozó una semisonrisa cuando lo sacó.

En la distante muralla de Ashair, un centinela vio el resplandor de la antorcha en el lago y llamó a un oficial.

—Una galera de Thobos —le informó—, pues esta noche no han salido galeras asharianas.

El oficial hizo gestos de asentimiento.

—Me pregunto por qué se han arriesgado a encender una luz —se extrañó—. Siempre van a hurtadillas por la noche, sin antorchas. Bien, estamos de suerte, esta noche tendremos un premio y alguna víctima más para Atka y Brulor.

Cuando el gran tiburón se giró para capturar a Tarzán, éste hundió su cuchillo en el vientre del animal y lo abrió varios centímetros. Mortalmente herido, el gran animal se sacudió, agonizante, tiñendo el agua de rojo con su sangre y creando una gran conmoción en la superficie del lago, una conmoción que llamó la atención de los que iban en la galera.

El hombre mono, esquivando la cola que se sacudía como un látigo y las furiosas fauces del tiburón, vio ahora otras grandes formas que convergían hacia ellos, silenciosas, siniestros tigres de las profundidades atraídos al principio, como su compañero, por la luz de la antorcha de la proa de la galera, pero ahora por la sangre del tiburón herido. Criaturas terribles que se acercaban para matar.

Tarzán, con los pulmones a punto de reventar, nadó hacia la superficie para coger aire, convencido de que el tiburón herido ocuparía la atención de los otros. Sabía, por la claridad del agua, que se asomaría cerca de la galera, pero tenía que elegir entre eso o morir ahogado; no había alternativa.

Cuando afloró a la superficie del agua se hallaba cerca del costado de la nave, y los guerreros le cogieron y le subieron por la borda. Aquí finalizaban todos los planes que él y Herkuf habían trazado, pues caer en manos de los asharianos era el equivalente a firmar una sentencia de muerte, pero cuando miró a sus captores reconoció las negras plumas de Thobos y oyó una voz familiar que le llamaba por sus nombre. Era Thetan.

—Pasábamos con sigilo por delante de Ashair sin luces —explicó— para capturar algunos esclavos; pero ¿qué diablos hacías ahí en medio de Horus?

—Nadaba hacia Ashair para robar un bote —respondió el hombre mono.

—¿Estás loco? —preguntó Thetan—. Ningún hombre puede esperar sobrevivir a esas aguas. Están llenas de comedores de carne.

—Ya lo he visto, pero creo que habría conseguido llegar. Debía de encontrarme a medio camino. No era mi vida la que corría peligro. Thetan, sino la de mis amigos que están prisioneros en Ashair. Debo llegar a Ashair y conseguir un bote.

Thetan se quedó pensativo unos instantes; luego dijo:

—Yo te llevaré. Puedo dejarte en la orilla bajo la ciudad, pero te aconsejo que te olvides de todo ello. No puedes entrar en Ashair sin que te descubran, y será tu fin.

—No quiero ir a la orilla —replicó Tarzán—. Tengo dos compañeros al otro lado del lago. Si nos llevas a los tres a un punto cualquiera sobre el templo de Brulor, no tendremos que ir a la costa y robar un barco.

—¿De qué te servirá eso? —preguntó Thetan.

—Tenemos trajes y cascos acuáticos. Vamos a entrar en el templo para sacar de allí a nuestros amigos, y tengo que llevar a Brulor y al Padre de los Diamantes a Herat para que libere a Magra ya Gregory.

—Ya han escapado —le informó Thetan— y Herat está furioso. —Nos comentó que él los había ayudado, ya que había otros guerreros thobotianos escuchando.

—No importa mucho —aclaró Tarzán—. No podemos escapar del Tuen-Baka sin la ayuda de Herat. Necesitaremos una galera y provisiones. Si le llevo a Brulor y el Padre de los Diamantes, nos dará lo que necesitamos. Estoy seguro.

—Sí —coincidió Thetan—, pero nunca llevarás a Brulor y el Padre de los Diamantes a Herat. ¿Qué posibilidades tienes, prácticamente sin ayuda, de hacer lo que hemos estado intentando durante años?

Tarzán se encogió de hombros.

—Aun así, debo intentarlo —dijo—. ¿Me ayudarás? —Si no puedo disuadirte, te ayudaré. ¿Dónde están tus amigos?

Tarzán señaló en dirección a la cueva donde había dejado a Helen y a Herkuf, la antorcha se estaba extinguiendo y la proa de la galera giró hacia la orilla.

Desde el muelle de Ashair seis galeras zarparon sin luces en la oscuridad de la noche a la caza de su presa, la cual ya no divisaban pues la antorcha se había apagado, y mientras remaban se abrieron en abanico, unas río arriba, otras río abajo, para cubrir la máxima cantidad de terreno

en su búsqueda.

La línea de la costa que se extendía al frente de la galera que llevaba a Tarzán era una silueta larga y negra sobre el oscuro firmamento. No se veían señales de tierra, y el litoral era apenas una línea recta y sombría sin protuberancias ni entradas. Sólo tenían una mínima posibilidad de llegar al lugar donde aguardaban Helen y Herkuf. Cuando estuvieron bastante cerca de la costa, Tarzán llamó a Herkuf en voz baja, y de inmediato le llegó una respuesta desde la derecha. Unos minutos después la quilla de la galera tocó grava a pocos metros de la orilla, y Tarzán bajó de un salto y caminó hasta donde se encontraban Helen y Herkuf. Quedaron atónitos al verle llegar tan pronto; en realidad, atónitos porque había llegado simplemente, pues habían observado la galera con la antorcha encendida y creían que le habían capturado los asharianos.

Explicó con brevedad lo ocurrido y, tras decirle a Herkuf que le siguiera con los trajes y cascos acuáticos y las armas, se echó a Helen al hombro y regresó a la galera, que volvió la proa hacia Ashair en cuanto Herkuf también se halló a bordo. Tarzán, Helen y Herkuf de inmediato se pusieron sus trajes acuáticos, pero no los cascos, de momento, para poder hablar.

La galera se deslizó en silencio para penetrar en el lago, hundiendo sin apenas hacer ruido los remos treinta esclavos bien entrenados, que habían aprendido por experiencia la necesidad del sigilo al pasar por las aguas inferiores del lago Horus, donde acaso navegaran galeras asharianas aguardándoles; galeras asharianas y guerreros asharianos que podrían enviarles al fondo encadenados a sus bancadas.

Hacia la mitad del lago de pronto se encendió una antorcha a su derecha; luego otra a la izquierda, yen rápida sucesión otras cuatro, formando un semicírculo hacia el centro del cual se dirigían ellos. Con la luz de las antorchas, un fuerte grito de guerra ashariano quebró la mortal quietud de la noche, y las galeras asharianas avanzaron para rodear la de Thetan.

Nada excepto la huida inmediata podía salvar a los thobotianos, y cuando la proa de la galera giró con rapidez hacia el extremo inferior del lago en un esfuerzo por eludir las fauces del círculo de galeras enemigas que se cerraba, Tarzán llamó a Helen y a Herkuf para que se pusieran el casco mientras él se ajustaba el suyo; luego, tomó a Helen de la mano, hizo señas a Herkuf de que le siguiera y saltó por la borda con la muchacha,

mientras Thetan instaba a sus esclavos para que fueran a mayor velocidad.

XXIX

COGIDOS de la mano, Tarzán y Helen se hundieron suavemente en la oscuridad del fondo del lago. Si Herkuf se encontraba cerca de ellos, eran incapaces de verle, y por tanto Tarzán decidió esperar a que llegara el nuevo día que levantaría el negro velo de los misterios de las profundidades de Horus, ya que seguir sin Herkuf podría condenar con facilidad la aventura al fracaso. Tarzán era consciente de que acaso jamás le encontraran, pero no podía más que aguardar y mantener las esperanzas.

Para Helen Gregory fue una experiencia horripilante y doblemente dificil por el recuerdo de sus anteriores vivencias en aquel mundo silencioso y lleno de horrores. Apenas vistas, enormes formas se deslizaban por el bosque de extrañas plantas grandes como árboles que ondulaban su oscuro follaje a ambos lados. Por unos momentos, la muchacha esperó que algún espantoso monstruo los atacara, pero la noche transcurrió y amaneció sin que hubieran sido amenazados ni una sola vez. Le parecía un milagro, pero quizá la explicación residía en el hecho de que habían permanecido sentados en silencio en el fondo de grava. Si se hubieran movido tal vez hubiera sido diferente.

Cuando la luz del nuevo día se filtró hasta ellos, Tarzán miró alrededor en busca de Herkuf, pero no se encontraba a la vista. El hombre mono, de mala gana, echó a andar para cruzar el río en dirección al templo de Brulor. Qué podría conseguir sin ayuda no lo sabía, ya que parte del plan consistía en entrar en el templo durante un período de meditación y liberar a los prisioneros; pero de los tres, sólo Herkuf estaba familiarizado con el mecanismo que hacía funcionar las puertas que accedían a la cámara de aire y la vaciaban y volvían a llenar; sólo Herkuf sabía la hora exacta de los períodos de meditación.

Incapaz de comunicarse con Tarzán, Helen le seguía, ajena a sus nuevos planes, pero más segura de su fe en él de lo que él mismo estaba en esta aventura particular, en la que cada una de las condiciones eran tan

diferentes de todo cuanto estaba acostumbrado a encontrar en las junglas familiares que tan bien conocía.

Sin embargo, apenas habían recorrido una corta distancia en la dirección en la que Tarzán creía que se encontraba el templo, cuando tropezaron con Herkuf. También él había esperado a que se hiciera de día, suponiendo que Tarzán habría hecho lo mismo y que, tras saltar por la borda casi de forma simultánea, no podían haber quedado muy separados. Con sentimientos de gran alivio se vieron reunidos.

A partir de ese momento Herkuf tomó el mando y Tarzán y Helen le siguieron, iniciando el pesado y peligroso trayecto hacia Ashair, todos ellos ahora sumamente animados tras aquellas largas horas de duda e incertidumbre.

No habían llegado muy lejos cuando tropezaron con una gran galera que había naufragado, parcialmente incrustada en la arena. Hacía años que estaba allí, a juzgar por el tamaño de la vegetación marina que había brotado en sus duelas, envolviendo los esqueletos de los esclavos que aún permanecían atados a las oxidadas cadenas.

Herkuf experimentó una considerable excitación, y, haciéndoles señas de que esperaran, penetró en el interior de la embarcación, de la que poco después salió con un espléndido cofre incrustado de piedras preciosas. Era evidente que le embargaba la emoción, pero el incómodo casco sólo le permitía expresarlo agitando el cofre ante sus caras y danzando con alegría. Qué había recuperado no podían adivinarlo, a menos que se tratara de que el cofre contenía un tesoro de valor fabuloso.

Al fin, y sin más aventuras, se hallaron cerca del templo de Brulor, y hacia allí se dirigieron con cautela, buscando el refugio de los árboles y plantas que crecían en los jardines de los ptomos, pasando con precaución de uno a otro, asegurándose cada vez de que ningún ptomo estaba a la vista, pues sabían que en cualquier momento podría salir uno de la cámara de aire sin que ellos lo vieran. Al acercarse al templo, encontraron un lugar donde esconderse de los jardines y la puerta de la cámara de aire. Allí debían aguardar hasta que Herkuf les hiciera señas de que había llegado el momento en que podían entrar sin peligro en el templo. Cuánto rato estarían ocultos podían calcularlo, aunque con poca exactitud. Cerca de ellos se encontraba una ventana a través de la cual era posible mirar el interior del templo si se hubieran atrevido, pero mientras hubiera luz fuera no debían arriesgarse, y por eso esperaron: cansados, hambrientos y

sedientos; esperaron a que cayera la noche.

En el interior del templo los prisioneros enjaulados masticaban el pescado crudo que constituía su cena. Atan Thome aumentaba con grandiosidad sus planes para cuando entrara en posesión del Padre de los Diamantes y deslumbrara al mundo con su riqueza. Lal Taask, ceñudo, le maldecía. Akamen reflexionaba en silencio sobre su libertad perdida y su perdido sueño de poder. Brian y d'Arnot hablaban en tono bajo. Lavac se paseaba por su jaula como un oso polar cautivo.

—Creo que tu amigo, Tarzán, ha huido y nos ha dejado —observó Brian.

—Lo crees porque no le conoces tan bien como yo —replicó d'Arnot—. Mientras él y yo estemos vivos intentará rescatarnos.

—Tendrá que ser un superhombre para hacerlo —señaló Brian.

—Él lo es…, eso y más. Puede que fracase, por supuesto, pero estará más cerca de lograrlo que ningún otro hombre.

—Bueno, de todos modos, liberó a Helen de aquella cámara de tortura en la que la encerraron —admitió Brian—. ¡Cuánto le dolió al viejo Brulor! Claro que en realidad no ha tenido tiempo de llevarla a un lugar seguro y venir a por nosotros; pero cada minuto que pasa aquí es como una hora, y por eso da la impresión de que hace mucho tiempo que se marchó. ¿Sabías que iba a marcharse?

—Sí, me lo dijo, pero no me enteré de cuándo se fugaron él y Herkuf. Estaba dormido. Estoy seguro de que a ella la han sacado, de lo contrario habría vuelto a por nosotros.

—A menos que le mataran —sugirió Brian—. Bueno, sabemos que a ella la rescató. Por eso estaba tan furioso Brulor.

—Me refiero a sacarla del lago, a un lugar seguro. A veces pienso que me volveré loco si no sé nada de Helen.

—Ya tenemos a un loco aquí —recordó Brian, señalando con la cabeza hacia Atan Thome—. No podríamos soportar a otro. En fin, espera a llevar aquí el tiempo que llevo yo; entonces tendrás realmente una excusa para perder la chaveta.

—Mira, se van todos de la sala del trono —observó d'Arnot—. Ha llegado el período de meditación. Me pregunto sobre qué meditan.

—¡Meditar, demonios! —exclamó Brian—. Pregunta a las doncellas.

Fuera del templo el cansado trío aguardaba. Desde la noche anterior no habían tomado ni comida ni agua, ni habían pronunciado una sola palabra;

ahora Herkuf avanzó con cautela hasta un lugar frente a la ventana, pero no demasiado cerca de ella. Era de noche y había poco peligro de que le vieran desde dentro. La sala del trono se hallaba vacía salvo por los prisioneros. Regresó junto a Tarzán y Helen y les hizo señas con la cabeza para informarles que todo estaba en orden; luego dejó el cofre a los pies de Helen y le indicó que se quedara donde estaba. Se sintió muy sola cuando Tarzán y Herkuf la dejaron.

Éste era el momento que habían estado esperando los dos hombres. ¿Qué los retenía? Siguiendo el plan que habían trazado con esmero y todo detalle, los dos hombres clavaron un tridente cada uno en un pez; a continuación, con su presa retorciéndose, se dirigieron a la cámara de aire. Sólo tardaron unos instantes en cruzarla y estar en el corredor que llevaba a la habitación de los ptomos.

Ante ellos se encontraba otra puerta que se abría a un pasadizo que conducía a la sala del trono, evitando la habitación de los ptomos. Herkuf intentó abrirla, pero sin fortuna. Sintió un escalofrío. No podían hacer otra cosa más que pasar por la habitación donde los ptomos estarían durmiendo. Rezaron para que así fuera. Herkuf abrió con cautela la puerta de la habitación y miró dentro; luego hizo señas a Tarzán de que le siguiera.

Todo el éxito de su aventura dependía de que llegaran a la sala del trono sin problemas. Casi lo habían logrado, cuando un ptomo se despertó, se incorporó y los miró. Con sus peces en los tridentes, los dos hombres siguieron su camino sin darle importancia. El adormilado ptomo, apenas despierto, pensó que eran de los suyos y se echó a dormir de nuevo. Así pues, llegaron sanos y salvos a la sala del trono, mientras fuera Helen aguardaba en la soledad de las negras aguas. Se sentía casi contenta, tan segura estaba de que Tarzán y Herkuf lograrían liberar a d'Arnot, Brian y Lavac; pero no reparó en la presencia de una figura que llevaba un traje acuático blanco y que nadaba en su dirección desde arriba y por detrás. Fuera lo que fuera, era evidente que la había descubierto y nadaba directamente hacia ella.

Tarzán y Herkuf corrieron apresurados rumbo a las jaulas, arrojando los peces al suelo. Los excitados prisioneros los observaban, pues nunca habían visto que los ptomos se comportaran así. Sólo d'Arnot adivinó quiénes eran. Agarrando los barrotes con sus fuertes manos Tarzán fue liberándolos uno tras otro, mientras les indicaba con un gesto que se mantuvieran en silencio; luego se quitó el casco y mandó a d'Arnot, Brian

y Lavac que se pusieran los tres trajes acuáticos que Herkuf llevaba.

—El resto —continuó— podéis escapar por el pasadizo secreto que hayal final del largo corredor. ¿Alguno de vosotros sabe dónde encontrarlo y abrirlo?

—Yo lo sé —respondió Akamen.

—Yo también —dijo Atan Thome—. Me lo enseñó Akamen. —Mientras hablaba se dirigió a toda prisa al altar y cogió el cofre que contenía el Padre de los Diamantes, el maldito cofre que había provocado tantas calamidades.

Cuando Helen notó que una mano la cogía por detrás, se volvió hacia la extraña figura vestida de blanco que estaba frente a ella y la imagen de un final feliz de su aventura desapareció. Una vez más se vio sumida en las profundidades de la desesperación. Trató de deshacerse de la mano que la sujetaba, pero fue incapaz de escapar. Se daba cuenta de que ahora no debían llevársela, pues podría poner en peligro la vida y la libertad de todos sus compañeros; sabía que la buscarían y que el retraso quizá resultase fatal para ellos. De pronto la invadió una gran furia y, girándose en redondo, intentó clavar su tridente en el corazón de su captor. Pero la criatura que la sujetaba estaba alerta y era fuerte. Le arrebató el tridente de las manos y lo arrojó a un lado; luego la cogió por una muñeca y nadó con ella hacia la superficie del lago. La muchacha siguió forcejeando, pero fue inútil. ¿A qué nuevo e imprevisible destino la estaban arrastrando? ¿Quién, ahora, podría encontrarla o salvarla?

Entre tanto, en la sala del trono del templo, Tarzán y Herkuf comprobaron cómo todos los esfuerzos que habían hecho, todos los riesgos que habían corrido y todos los planes que habían trazado quedaban reducidos a nada por la estúpida avaricia de tres hombres, pues cuando Atan Thome se apoderó del cofre, Lal Taask y Brian Gregory saltaron sobre él y el trío estaba peleando por aquel gran tesoro por el que habían arriesgado su vida. Al ver el cofre en manos de otro, Brian había olvidado por completo sus buenos propósitos y la codicia le dominó excluyendo todo lo demás.

Tarzán corrió hacia ellos para separarlos, pero ellos creyeron que también quería el cofre; la pelea se extendió a toda la sala del trono en un esfuerzo por esquivarle, y entonces ocurrió lo que Tarzán había temido: se abrió de golpe una puerta y una horda de ptomos entró en tropel en la estancia. No llevaban los molestos trajes y cascos acuáticos, pero sí

blandían tridentes y cuchillos. Tarzán, Herkuf y los prisioneros liberados se posicionaron para recibirles. Brian y Lal Taask, al darse cuenta de que era cuestión de vida o muerte, abandonaron de momento el cofre para ayudar en el intento por repeler a los ptomos; pero Atan Thome se aferró con desesperación a su tesoro y, escabulléndose con sigilo por detrás de los demás, se encaminó hacia el corredor en cuyo extremo se hallaba la entrada al pasadizo secreto que conducía a la rocosa colina que dominaba Ashair.

Le tocó a Tarzán llevar el peso de la batalla con los ptomos. A su lado, sólo Herkuf iba armado, y los otros peleaban con los puños, pero con tanta desesperación que los ptomos retrocedieron, mientras Tarzán los pinchaba con su tridente y los arrojaba entre sus compañeros.

Cuando se estaba desarrollando esta escena, entró Brulor, con el rostro enrojecido y temblando de rabia; entonces, por encima de los gritos y maldiciones de los hombres que peleaban, se alzó su potente voz mientras permanecía en pie detrás del altar vacío.

—¡Maldición! —grité—. ¡Maldición para los profanadores del templo! ¡Muerte para ellos! ¡Muerte para el que ha robado el cofre del Padre de los Diamantes! ¡Convocad a los guerreros de Ashair para vengar el sacrilegio!

Herkuf vio su Némesis indefenso ante sí, y el odio contenido de tantos años le dio valor. Saltó a la tarima y Brulor retrocedió, pidiendo a voces ayuda, pero los ptomos que seguían vivos estaban demasiado ocupados ahora, pues todos los prisioneros que resistían se habían armado con los tridentes y los cuchillos de los ptomos que habían caído.

—¡Muere, impostor! —exclamó Herkuf—. Durante años he vivido con la esperanza de que llegara este momento. Deja que acudan los guerreros de Ashair, pues ahora puedo morir feliz. El verdadero dios será vengado y el daño que me hiciste lo borrará tu sangre.

Brulor cayó de rodillas y suplicó misericordia, pero no había misericordia en el corazón de Herkuf cuando alzó su tridente y lo clavó con ambas manos en el corazón del aterrado hombre que se arrastraba ante él. Así murió Brulor, el falso dios.

Un jadeante ptomo había acudido tambaleante a presencia de Atka, sentada entre sus nobles en mitad de un espléndido banquete.

—¿Qué significa esto? —preguntó la reina.

—Oh, Atka —gimió el sacerdote inferior—. Los prisioneros han sido liberados y están matando a los ptomos. Envía enseguida a muchos guerreros o todos morirán.

Atka no podía concebir que algo semejante estuviera ocurriendo en la sala del trono del templo de Brulor; sin embargo, entendió que aquel hombre hablaba en serio, así que dio órdenes para que se enviaran guerreros de inmediato al lugar de los disturbios.

—Pronto pondrán orden —aseguró, y volvió a su banquete.

Cuando hubo caído el último ptomo. Tarzán vio que Akamen estaba muerto y que Taask y Thome habían desaparecido con el cofre.

—Dejémosles marchar —consideró—. El Padre de los Diamantes trae mala suerte.

—Yo no —se quejó Brian—. No les dejaré marchar. ¿Por qué suponéis que he soportado este infierno? Ahora que tengo la oportunidad de obtener mi recompensa, cuando otros la roban, tú dices: «Dejémosles marchar».

Tarzán se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —se resignó; luego se giró hacia los otros—. Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que envíen contra nosotros a un buen número de guerreros.

Ahora los cuatro vestían sus trajes acuáticos y se estaban ajustando los cascos cuando se dirigieron hacia el corredor que conducía a la cámara de agua. Brian había llegado al final de la sala del trono. Fue el primero en darse cuenta de que los guerreros de Ashair ya estaban sobre ellos. Arrojándose al suelo, se fingió muerto mientras los guerreros se precipitaban en el recinto sin hacerle caso.

Cuando los demás los vieron, creyeron que estaban perdidos, pero Herkuf les hizo señas de que le siguieran, mientras él se apresuraba en dirección a la cámara de aire. Tarzán no tenía ni idea de lo que Herkuf pretendía hacer. Sólo sabía que no dispondrían de tiempo para pasar por la cámara de aire antes de que los guerreros llegaran a ella e invirtieran las válvulas; en este caso quedarían atrapados como ratas en una ratonera. No tenía intención de provocar tal situación. Pelearía. Tal vez podría retrasar a los guerreros el tiempo suficiente para que los demás escaparan. Eso fue lo que pensó, así que se volvió a la puerta que llevaba a la sala del trono y tomó posición. Los otros miraron atrás y repararon en lo que hacía. D’Arnot ocupó su lugar a su lado, desconociendo la intención del hombre mono de que siguiera adelante. Herkuf corrió deprisa hacia la cámara de aire. Lavac podía haberle seguido para salvarse, pero lo que hizo fue situarse junto a d’Arnot para hacer frente a una muerte segura.

Mientras Herkuf se dirigía veloz hacia la cámara de aire, los guerreros

vacilaron en la sala del trono, espantados por el sangriento espectáculo que vieron sus atónitos ojos y confusos por el hecho de que los tres que se enfrentaban a ellos tuvieran el aspecto de ptomos del templo; pero al fin, al no divisar a ningún otro enemigo, el oficial a cargo de los guerreros de Atka dio la orden de seguir adelante; mientras, fuera de su vista, Herkuf trabajaba febrilmente con los controles de la cámara de aire, haciendo girar las manivelas de la válvula y tirando de palancas.

Gritando, los guerreros cruzaron la sala del trono haciendo lo que consideraban un último esfuerzo ante una ventaja abrumadora; esperaban una fácil victoria. No eran los únicos en creerlo así, pues los tres hombres que les hacían frente pensaban lo mismo.

Cuando los guerreros los rodearon, Tarzán se puso a luchar con el cabecilla en un duelo entre lanza y tridente, mientras d'Arnot y Lavac permanecían de pie a ambos lados, decididos, al igual que el hombre mono, a vender caras sus vidas; y mientras así peleaban, un repentino torrente de agua entró por la puerta detrás de ellos.

Herkuf había pensado y actuado con rapidez frente a la emergencia con que se habían tropezado, aprovechando el medio con el que él y sus compañeros tenían oportunidad de salvarse de la venganza de los guerreros. Abriendo las puertas de la cámara de aire, había dejado que las aguas de Horus inundaran el templo.

A salvo con su traje acuático, Tarzán, d'Arnot y Lavac observaron como el torrente de agua hacía retroceder a sus enemigos, mientras, maldiciendo y lanzando gritos, los guerreros de Ashair intentaban subirse unos encima de los otros en un aterrado intento por escapar de la muerte a la que Herkuf los había condenado al vaciar el sagrado Horus; pero nadie escapó cuando el agua llenó la sala del trono y ascendió por las cámaras superiores del templo. Se trataba de una visión espantosa de la que los tres se alejaron con gusto a una señal de Tarzán, a quien le siguieron hacia la cámara de aire, tras la cual habían dejado a Helen esperando en el jardín de los ptomos.

XXX

HELEN fue arrastrada hacia la superficie de las aguas de Horus por la fantasmagórica figura hasta que, al fin, llegaron al escarpado acantilado, cuya cima forma la línea de la costa cerca de Ashair. Aquí la criatura empujó a su cautiva a la boca de una oscura caverna, una cueva horrorosa que atemorizó a la muchacha.

Magra y Gregory habían estado cautivos en la caverna una noche y un día, a la espera del retorno del verdadero dios, Chon, que tenía que decidir su sino. No les habían tratado mal, incluso habían recibido comida, pero siempre tenían la sensación de que algo los amenazaba. Se percibía en el aire, en la extraña vestimenta de sus captores, en sus susurros y en sus silencios. Ella afectaba a Magra y a Gregory de forma similar, dejándolos tristes y abatidos.

Estaban sentados junto a la charca del centro de la caverna casi exactamente veinticuatro horas después de su captura, agazapadas a su alrededor las figuras de blanco, cuando de pronto se quebró la quietud de la superficie del agua y aparecieron dos extraños cascos de buceo, uno blanco y el otro negro.

—El verdadero dios ha regresado —anunció en voz alta uno de los sacerdotes—. Ahora los extraños serán juzgados y castigados.

Cuando las dos figuras salieron de la charca y se desprendieron del casco, Magra y Gregory ahogaron un grito de asombro.

—¡Helen! —exclamó este último—. Gracias a Dios que aún vives. Te daba por muerta.

—¡Padre! —gimió la muchacha—. ¿Qué haces aquí? Tarzán nos dijo que tú y Magra estabais prisioneros en Thobos.

—Nos escapamos —explicó Magra—, pero quizás habríamos estado mejor allí. Sólo Dios sabe lo que aquí nos espera.

La figura de blanco que había emergido con Helen resultó ser, cuando se quitó el casco, un anciano con una abundante barba blanca. Miró a Helen

con asombro.

—¡Una muchacha! —exclamó—. ¿Desde cuándo el falso Brulor tiene ptomos chicas?

—No soy ningún ptomo —declaró Helen—. Era prisionera de Brulor y adopté este método para escapar.

—Tal vez miente —sugirió un sacerdote.

—Si son enemigos —comentó el anciano—, lo sabré cuando consulte al oráculo en las entrañas del hombre. Si no son enemigos, las muchachas serán mis doncellas, pero si lo son, morirán como el hombre, en el altar del verdadero dios Chon y el perdido Padre de los Diamantes.

—Y si descubrís que no somos enemigos —preguntó Magra—, ¿de qué os servirá este hombre, al que ya habréis matado? Os digo que somos amigos, no pretendemos haceros ningún daño. ¿Quiénes sois para decir que no lo somos? ¿Quiénes sois para matar a este buen hombre? —La voz le vibraba de justa ira.

—¡Cállate, mujer! —ordenó un sacerdote—. Estás hablando con Chon, el verdadero dios.

—Si en verdad fuera algún dios de cualquier clase —espetó Magra—, sabría que no somos enemigos. No haría cortar en canal a un hombre inocente para hacerle preguntas a sus entrañas.

—No lo entiendes —dijo Chon en tono indulgente—. Si este hombre es inocente y ha dicho la verdad, no morirá cuando le extraiga las entrañas. Si muere, eso demostrará que es culpable.

Magra dio un golpe con el pie.

—No eres ningún dios —gritó—. Sólo eres un viejo perverso y sádico.

Varios sacerdotes se pusieron en pie de inmediato en gesto amenazador, pero Chon los detuvo con un gesto.

—No le hagáis daño —pidió—; no sabe lo que dice. Cuando le hayamos enseñado a conocer la verdad, se arrepentirá. Estoy seguro de que será una buena doncella, pues posee lealtad y es muy valiente. Tratadles bien a todos mientras estén entre nosotros esperando la hora de la inquisición.

Atan Thome huía por el pasadizo secreto del templo de Brulor, apretando el preciado cofre contra su pecho; y detrás de él iba Lal Taask, con la mente encendida con lo que ahora era la única obsesión de su vida: matar a su antiguo amo. Su deseo de poseer el gran diamante contenido en

el cofre era secundario. Delante oía los gritos y parloteos del hombre enloquecido, algo que aún inflamaba más su rabia. Y detrás de ellos los perseguía Brian Gregory, olvidados sus buenos propósitos ahora que el Padre de los Diamantes parecía estar casi al alcance de su mano. No ignoraba que acaso tuviera que asesinar para obtenerlo, pero esto no le detenía en lo más mínimo, pues su avaricia, como la de muchos hombres, rozaba casi la locura.

Atan Thome salió al aire libre y huyó por la rocosa ladera. Cuando Lal Taask llegó al exterior, vio a su presa apenas cien metros más adelante. Otros ojos los vigilaban a ambos, los ojos de Ungo, el gran simio macho, que, con sus compañeros, buscaba lagartos entre las grandes rocas de más arriba. Al ver a los dos hombres, al vociferante Atan Thome, se puso nervioso. Recordó que Tarzán le había dicho que no debía atacar a los hombres a menos que le atacaran, pero no le había prohibido unirse a sus juegos, y aquello a Ungo le parecía un juego. Los simios también se perseguían así unos a otros para jugar. Por supuesto, Ungo era un poco mayor para jugar, ya que era un viejo macho corpulento y hosco, pero conservaba la capacidad de imitación y deseaba hacer lo que los tarmangani hacían. Sus compañeros tenían la misma necesidad de imitar.

Cuando Brian Gregory salió de la boca del pasadizo secreto, observó a los grandes simios chillando excitados, bajando la colina dando saltos hacia Atan Thome y Lal Taask, que perseguía a su antiguo amo. Vio como los hombres se detenían, se volvían y huían luego aterrorizados de las poderosas bestias-hombres que les atacaban.

De momento. Lal Taask descartó toda idea de venganza, ya que la primera ley de la Naturaleza le dominó y dirigió; pero Atan Thome se aferraba tenazmente a su preciado cofre. Ungo estaba encantado con este nuevo juego y avanzaba dando saltos detrás de Thome, que lanzaba gritos y corría a toda velocidad pero al que con facilidad alcanzó. El hombre, creyendo que había llegado la hora de su muerte, intentó golpear al simio con una mano para apartarlo mientras con la otra aferraba con fuerza el cofre; éste no lo soltaría por nada: antes moriría. Sin embargo, matar no estaba en la mente del antropoide. Lo que le interesaba era el juego, así que le arrebató el cofre al hombre que no cesaba de chillar con la sencillez con que un hombre le quita la esposa a otro en Hollywood, y se marchó dando saltos, suponiendo que alguien le perseguiría y que el juego proseguiría.

Lal Taask, que huía a la carrera, miró por encima del hombro para ver

destruido de manera irremediable su sueño de riquezas, no quedándole nada en la vida más que su odio hacia Atan Thome y su deseo de venganza. Furioso, lleno de rencor y avaricia, corrió hacia Thome para poner en práctica su venganza final, empleando las manos nada más, sobre aquel demente que no paraba de gritar. Lal Taask estrangulaba y golpeaba a Atan Thome cuando Brian Gregory llegó junto a ellos y apartó al enfurecido indio de su víctima.

—¿En qué estáis pensando, necios? —les increpé—. Estáis haciendo tanto ruido que atraeréis a todos los guerreros de Ashair. Debería mataros a los dos, pero en este momento tenemos que olvidar todo eso y permanecer unidos para escapar, pues nunca volveremos a ver ese cofre.

Lal Taask reconocía que Gregory tenía razón, pero Atan Thome no entendía nada. Sólo podía pensar en el Padre de los Diamantes que había perdido y, empujado por un nuevo impulso maníaco, de pronto se apartó de Brian y se fue corriendo, sin dejar de gritar, en la dirección por la que había desaparecido el cofre. Lal Taask iba a salir tras él, con una maldición en los labios, pero Brian le puso una mano en el brazo para detenerle.

—Déjale marchar —aconsejó—. Jamás le arrebatará el cofre a Ungo, y probablemente morirá. ¡Ese maldito cofre! Cuántos han sufrido y muerto por él, y ese pobre tipo se ha vuelto loco.

—Quizás es el más afortunado —sugirió Lal Taask.

—Ojalá nunca hubiera oído hablar de ese diamante —prosiguió Brian —. He perdido a mi padre ya mi hermana, y probablemente todos sus amigos han muerto por culpa de mi codicia. Hace un momento aún hubiera arriesgado mi vida por él, pero ver a ese idiota parloteando me ha hecho recuperar la sensatez. Ya no lo quiero; no soy supersticioso, pero creo que está maldito.

—Tal vez tengas razón —reflexionó Lal Taask—. No me interesaba tanto el cofre como matar a ese pobre loco, pero los dioses han dispuesto otra cosa. Tendré que contentarme.

Como es propio de los simios, Ungo pronto se cansó de su nuevo juguete y arrojó el cofre con descuido al suelo, volviendo sus pensamientos al asunto de los lagartos y otros productos alimenticios. Estaba a punto de guiar a su tribu en busca de sustento, cuando unos fuertes gritos llamaron su atención. Se puso en guardia al instante, mirando cómo se acercaba el loco de Thome. Bestias nerviosas e irritables, no sabían si huir o atacar, ya que el hombre se precipitó entre ellos y se arrojó al suelo, aferrando el

cofre y apretándolo contra su pecho. Permanecieron un momento donde estaban, en apariencia sin decidirse, resplandecientes sus ojos enrojecidos; luego se alejaron con lentitud, sin que el pobre loco se diera cuenta de sus amenazadores gruñidos.

—¡Es mío! ¡Es mío! —chillaba—. ¡Soy rico! ¡No hay nadie en el mundo tan rico como yo!

Los grandes simios descendieron pesadamente la colina, con su humor alterado por los gritos y parloteos de Thome, hasta el punto de que Ungo a punto estuvo de dar media vuelta y hacerle callar para siempre. En aquel preciso momento vislumbró a Brian y a Lal Taask y trasladó su ira de Thome a ellos. Eran tarmangani y de pronto Ungo sintió deseos de matar a todos los tarmangani.

Atraídos por los gruñidos de los antropoides, los dos hombres levantaron la mirada y vieron la manada que descendía la colina en su dirección y con intención de atacarlos.

—Esas bestias significan problemas —avisó Brian—. Es hora de que salgamos de aquí.

—Hay una cueva —dijo Lal Taask, señalando hacia el acantilado—. Si llegamos allí antes que ellos tal vez podamos escondernos. Existe la posibilidad de que tengan miedo de entrar en un agujero tan oscuro.

Corriendo a toda velocidad, los hombres llegaron a la cueva mucho antes de que los simios pudieran alcanzarlos. El interior no estaba oscuro por completo y comprobaron que la cueva se extendía más allá de lo que alcanzaba su vista.

—Será mejor que nos adentremos cuanto podamos —señaló Brian—. Nos hallaremos en un buen apuro si entran y nos siguen; pero quizá si al principio no nos ven, abandonen la persecución.

—Puede que sea un callejón sin salida —añadió Lal Taask—, pero es nuestra única oportunidad; sin duda nos habrían atacado si nos hubiéramos quedado fuera.

Siguieron un oscuro corredor que terminaba de pronto en una magnífica gruta, cuyo esplendor casi los dejó sin aliento.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Brian—. ¿Alguna vez has visto algo tan espléndido?

—Es magnífico —coincidió Taask—, pero, no es por nada, recuerda que los simios nos persiguen. Les he oído gruñir.

—Veo otra cueva en el otro lado de esta caverna —propuso Brian—.

Probemos ésa.

—No hay nada más que probar —replicó Lal Taask.

Cuando los dos hombres desaparecieron en la oscura abertura del fondo de la caverna, Ungo y sus compañeros entraban en la cámara que acababan de abandonar, sin que su magnificencia los impresionara y aún con la idea que de momento los dominaba: la persecución. Una alimaña, un escarabajo o un murciélago podía distraer su atención y lanzarlos a una nueva aventura, pues no eran capaces de perseguir mucho rato un solo objetivo; pero no había nada de esto y, por tanto, registraron la gruta para encontrar a su presa. Dieron la vuelta al lugar, mirando detrás de las estalagmitas, olisqueando aquí y allá, perdiendo mucho tiempo mientras los dos hombres avanzaban por un nuevo corredor que se adentraba más en el acantilado.

XXXI

TARZÁN, d'Arnot, Herkuf y Lavac se apresuraron a cruzar la cámara de aire y salir al fondo del lago hasta el sitio donde habían dejado a Helen para que esperara su regreso; pero la muchacha no se encontraba allí, aunque el cofre de Herkuf estaba intacto en el lugar donde lo había escondido. No encontraron ninguna pista de su paradero, y los hombres estaban desconcertados respecto a la dirección en la que debían buscar. No se atrevían a separarse, y por tanto siguieron a Tarzán de un lado a otro por el jardín de los ptomos buscando algún indicio de la muchacha desaparecida. Mientras se ocupaban en esta tarea, llamaron la atención del hombre mono varios grandes animales marinos que se acercaban cuya parte superior guardaba un gran parecido con la cabeza y el cuello de un caballo. Eran seis y pronto se hizo evidente su intención de atacar. Herkuf sabía que eran en extremo peligrosos, y los otros enseguida se dieron cuenta de ello, pues tenían el tamaño de un hombre y cada uno iba armado con un largo y afilado cuerno que le crecía hacia arriba desde los extremos inferiores del hocico.

Dos de ellos atacaron a Tarzán, y cada uno de los demás a los otros tres hombres, mientras el sexto daba vueltas a su alrededor como si esperara una abertura a través de la cual pudiera pillar desprevenido a su oponente. Tarzán logró despachar a los que le habían atacado, y d'Arnot no parecía estar encontrando grandes dificultades con el suyo. Lavac lo tenía más dificil, pero cuando vio que el sexto caballo marino se deslizaba por detrás de d'Arnot para empalarle con su cuerno, se volvió para rescatar a su compañero, exponiéndose así a ser atacado por el caballo marino con el que estaba peleando.

Fue un acto de heroísmo por parte de aquel hombre que tan mal se había portado con d'Arnot, un acto que lo compensaba todo pero que costó una valiente vida, pues el caballo marino que había abandonado para acudir a rescatar a d'Arnot le clavó su potente cuerno entre sus hombros. Así

murió el teniente Jacques Lavac.

Cuando Tarzán hundió su tridente en el corazón de un segundo oponente, las bestias restantes se alejaron nadando, derrotadas. D'Arnot se hincó de rodillas junto a Lavac y le examinó lo mejor que pudo; luego se levantó e hizo gestos de negación con la cabeza. Los otros comprendieron, y con pesar los tres se volvieron y reanudaron su infructuosa batida, preguntándose cuál podría ser el siguiente en morir en aquella tierra de peligro y muerte repentinos.

Al fin, acordaron por señas abandonar la búsqueda, pues incluso d'Arnot estaba ahora seguro de que Helen había muerto, y, siguiendo a Herkuf, que se había llevado el cofre, iniciaron el empinado ascenso hasta la orilla del lago, emergiendo al fin a poca distancia a los pies de Ashair.

D'Arnot tenía el corazón partido; Herkuf estaba lleno de renovadas esperanzas, pues sabía lo que contenía el cofre y lo que significaba para él, sólo Tarzán de los Monos permanecía impasible.

—Brulor ha muerto —dijo— y nos han robado el Padre de los Diamantes. Debo regresar a Thobos como prometí a Herat.

—No será necesario, si deseas permanecer aquí y buscar a tus otros amigos —se ofreció Herkuf—. Yo se lo explicaré todo a Herat, y por lo que has hecho para devolverle esto te concederá cualquier favor. —Dio unos golpecitos a la tapa del cofre.

—¿Qué es eso? —preguntó d'Arnot.

—Aquí está el verdadero Padre de los Diamantes —respondió Herkuf—. Hace muchos años, Chon, el verdadero dios, efectuaba su gira anual por el sagrado Horus en una gran galera. Y era costumbre que llevara consigo el Padre de los Diamantes. La reina Atka, celosa de Herat, atacó y hundió la nave, y Chon se ahogó mientras que a mí me hicieron prisionero. Como recordarás, Tarzán, cuando encontramos la galera hundida en el fondo de Horus la reconocí y recuperé el cofre que hacía tantos años yacía allí. Ahora estoy seguro de que si devuelvo a Thobos el Padre de los Diamantes, Herat nos agraciará con todo lo que le pidamos, pues sin el Padre de los Diamantes Thobos ha estado privado de su dios todos estos años.

—Llevad tú y Herkuf el cofre a Herat —indicó d'Arnot a Tarzán—. Yo no puedo marcharme de aquí. Puede que Helen esté viva y llegase a la orilla. Por alguna razón, no puedo creer que haya muerto.

—Lleva el cofre a Herat, Herkuf —ordenó Tarzán—. Yo me quedaré aquí con d'Arnot. Dile a Herat que regresaré a Thobos si lo desea. De

hecho, he de volver de cualquier modo. Tendremos que disponer de una galera para salir del Tuen-Baka.

Herkuf no tardó en llegar a Thobos, ni se retrasó Herat en concederle audiencia cuando el rey se enteró de que afirmaba ser el sacerdote perdido tanto tiempo atrás. Herkuf, y que se hallaba en posesión del Padre de los Diamantes; así pues, no pasó mucho rato tras su llegada a las puertas de la ciudad hasta que Herkuf se encontró en presencia del rey.

—Aquí, oh Herat, está el sagrado cofre con el Padre de los Diamantes. De no haber sido por ese hombre. Tarzán, jamás habría sido recuperado. Sé que él y sus amigos corren un grave peligro, pues se hallan cerca de Ashair. ¿No enviarás galeras y guerreros para rescatarlos?

—Con esto —exclamó Herat tocando el cofre— nuestras fuerzas no pueden perder, pues volveremos a tener al dios a nuestro lado. —Se volvió a uno de sus ayudantes—. Que preparen y doten de hombres todas las galeras de guerra. Atacaremos Ashair enseguida; y al fin los seguidores del verdadero dios. Chon, dominaremos, y los traidores y los malvados serán destruidos. Lo único que nos falta para nuestro triunfo completo es la presencia del santo Chon en carne y hueso.

—Estará con nosotros en espíritu —le recordó Herkuf.

Así el rey Herat partió de Thobos con muchas galeras de guerra, para vengar el mal que Atka había hecho a su dios y para socorrer a los extranjeros que habían sido fundamentales para recuperar al verdadero Padre de los Diamantes del fondo del Sagrado Horus, y la reina Mentheb y sus damas los despidieron con la mano desde el muelle y les desearon buena suerte.

El verdadero dios, Chon, y sus sacerdotes se hallaban reunidos en el templo de la caverna en la orilla de Horus. Los tres prisioneros estaban bajo el altar delante del trono. A una palabra de Chon, varios sacerdotes agarraron a Gregory, le despojaron de su ropa y le pusieron boca arriba sobre el altar. Chon se levantó del trono y se puso a su lado.

—¡Que hable el oráculo con las entrañas de este hombre! —bramó. Se interrumpió y los sacerdotes entonaron un extraño canto, mientras Helen y Magra miraban la escena, horrorizadas e indefensas.

—¡No! ¡No! —gritó Helen—. ¡No lo hagas! Mi padre no te ha hecho ningún daño.

—¿Por qué está en el prohibido Tuen-Baka? —preguntó Chon.

—Ya te lo he dicho una y otra vez: sólo vinimos aquí en busca de mi hermano, que se perdió.

—¿Por qué estaba aquí tu hermano?

—Vino en una expedición científica de exploración —explicó la muchacha.

Chon meneó la cabeza.

—Todo el que entra en el prohibido Tuen-Baka desde el mundo exterior debe morir —replicó—. Pero sabemos por qué vinieron en realidad. Sólo vinieron a buscar el Padre de los Diamantes. Para nosotros es el emblema de la divinidad; para ellos es un objeto de valor incalculable que no tiene precio. Harían cualquier cosa por poseerlo. Destruirían nuestros templos, nos asesinarían a todos. El hecho de que nunca hayan logrado obtenerlo no disminuye su culpabilidad.

—Mi padre no habría hecho esas cosas. Sólo quería recuperar a su hijo. No le importa vuestro diamante.

—No hay ningún diamante en ningún sitio donde nadie pueda robarlo —aseguró Chon—, pues el Padre de los Diamantes yace en el fondo de Horus para siempre. Si me equivoco al pensar que vinisteis con el fin exclusivo de robarlo, os dejaré libres. Yo sólo soy un dios.

—Pero estás equivocado —insistió Helen—. ¿No te lo crees? Si matas a mi padre… bueno, ¿de qué te servirá descubrir después que estabas equivocado?

—Acaso digas la verdad —declaró Chon—, pero acaso mientas. El oráculo no mentirá. El oráculo hablará con las entrañas de este hombre. ¡Sacerdotes del verdadero dios, preparad el sacrificio!

Mientras los sacerdotes extendían a Gregory sobre el altar y le rociaban con un liquido, los otros iniciaron un solemne cántico, y Helen extendió los brazos hacia Chon.

—¡Oh, por favor! —rogó—. Si tenéis que sacrificar a alguien, sacrificadme a mí, no a mi padre.

—¡Silencio! —ordenó Chon—. Si has mentido, también te llegará tu hora. Pronto lo sabremos.

Cuando Herkuf hubo partido, Tarzán y d’Arnot emprendieron el camino de vuelta hacia Ashair. No tenían ningún plan ni muchas esperanzas. Si Helen vivía, tal vez se encontrara en Ashair. Si estaba muerta, a d’Arnot no le importaba su propio destino. En cuanto a Tarzán,

rara vez le preocupaba algo más que el momento presente. De pronto se puso alerta. Señaló hacia un acantilado que quedaba al frente.

—Uno de los simios de Ungo acaba de entrar en aquella cueva —comentó—. Echemos un vistazo. Los mangani no suelen interesarse por las cuevas. A lo mejor algo inusual haya impulsado a éste a entrar; veamos qué ha sido.

—Oh, ¿para qué vamos a preocuparnos? —se quejó d'Arnot—. No nos interesan los simios.

—A mí me interesa todo —replicó el hombre mono.

Brian y Taask recorrieron a trompicones el oscuro corredor y llegaron de repente al templo en el que se estaba desarrollando la escena del inminente sacrificio de Gregory. Al verlos, Chon, el verdadero dios, retrocedió, bajando la mano que sostenía el cuchillo.

—¡En nombre de Isis! —exclamó—. ¿Quién osa interrumpirme?

—¡Brian! —gritó Helen.

—¡Helen! —El hombre hizo ademán de cruzar la estancia hacia su hermana, pero media docena de sacerdotes se apresuraron a acercarse a él y le cogieron, mientras otros interceptaron a Helen cuando intentó correr para reunirse con él.

—¿Pero quiénes son estos hombres? —preguntó Chon.

—Uno es mi hermano —respondió Helen—. Oh, Brian, diles que no queremos su diamante.

—Ahorra tu aliento, mortal —atajó Chon—. ¡Sólo el oráculo dice la verdad! ¡Adelante con el sacrificio!

—¡Maravilloso! ¡Espléndido! —exclamó d'Arnot cuando él y Tarzán entraron en la caverna exterior del templo de Chon.

—Sí —admitió el hombre mono—, pero ¿dónde está el mangani que hemos visto entrar? Huelo a muchos de ellos. Acaban de estar en esta cueva. Me pregunto por qué.

—¿No tienes alma? —le reprochó d'Arnot.

—No sé nada de eso —sonrió Tarzán—, pero tengo cerebro. Vamos, sigamos a esos simios. También percibo un rastro de olor de hombres. El olor de los simios es tan fuerte que casi tapa el otro.

—Yo no huelo nada —manifestó d'Arnot, y siguió a Tarzán hacia la abertura del fondo de la caverna.

Chon estaba furioso.

—¡No quiero más interrupciones! —amenazó—. Hay que hacer muchas preguntas al oráculo. Que haya silencio también; si el oráculo tiene que ser oído, el hombre ha de ser abierto en silencio. —Tres veces alzó y bajó el cuchillo del sacrificio sobre el postrado Gregory—. ¡Habla, oráculo, que se sepa la verdad!

Cuando puso la punta del cuchillo en la extremidad inferior del abdomen de la víctima, los grandes simios, con Ungo a la cabeza, irrumpieron en tropel en la caverna, y una vez más el rito del sacrificio humano fue interrumpido, mientras Chon y sus sacerdotes veían, con toda probabilidad por primera vez, a estas peludas bestias-hombre.

Ver a tantos tarmangani y las extrañas vestiduras de los sacerdotes confundió e irritó aún más a los simios, con la consecuencia de que atacaron sin ser provocados, olvidando el mandato de Tarzán.

Los sorprendidos sacerdotes que habían estado sujetando a Gregory le soltaron y se apartaron del altar para quedarse apoyados en él en un estado que rozaba el colapso. Chon alzó la voz con impotentes maldiciones y órdenes, mientras todos los demás intentaban pelear con los simios.

Zu-tho y Ga-un descubrieron a las dos muchachas y Zu-tho recordó que Ungo había huido con una hembra tarmangani, de modo que, impulsado por su deseo de imitación, cogió a Magra; y Ga-un, siguiendo a su compañero, cogió a Helen. Luego los dos buscaron una forma de salir de la caverna con sus trofeos. Como estaban confundidos, se aventuraron a tomar un corredor diferente de aquél por el que habían entrado, un corredor que ascendía en fuerte pendiente hacia un nivel superior.

Antes de que nadie hubiera resultado gravemente herido por los simios, una voz autoritaria resonó procedente de la parte posterior de la caverna.

—¡*Dan-do*, mangani! —ordenó en una lengua que ningún humano conocía, y los grandes simios se giraron en redondo y vieron a Tarzán de pie a la entrada de la caverna. Incluso Chon dejó de maldecir.

Tarzán examinó a los que estaban reunidos en el templo.

—Estamos todos excepto Helen, Magra y Davac —observó—, y Lavac está muerto.

—Las chicas estaban aquí hace un minuto —explicó alarmado Gregory mientras se ponía apresuradamente la ropa sin que Chon ni sus sacerdotes le interrumpieran.

—Deben de haberse escondido en alguna parte cuando han llegado los

simios —sugirió Brian.

—¡Helen estaba aquí! —exclamó d'Arnot con voz entrecortada—. ¿No está muerta?

—Estaba aquí —le aseguró Gregory.

Brian llamó a las muchachas en voz alta, pero no obtuvo respuesta. Chon, por su parte, estaba intentando recuperar la serenidad.

Zu-tho y Ga-un arrastraron a sus cautivas por un empinado y corto corredor que terminaba en una tercera caverna con una abertura arqueada que dominaba el lago Horus desde muy arriba. Zu-tho sujetaba a Magra por el pelo, mientras Ga-un tiraba de Helen por un tobillo. Los simios se pararon en mitad de la caverna y miraron alrededor. No sabían qué hacer con sus trofeos ahora que los tenían. Soltaron a las chicas y parlotearon entre sí, y mientras parloteaban, Helen y Magra retrocedieron con lentitud, alejándose de ellos en dirección a la abertura que daba al lago.

—Son las hembras de Tarzán —recordó Zu-tho—. Ungo y Tarzán nos matarán.

—Mira su piel sin pelo y su boca pequeña —indicó Ga-un—. Son espantosas y no buenas. Si las matamos y las arrojamos al agua, Tarzán y Ungo nunca sabrán que las hemos cogido.

Zu-tho pensó que era una buena idea, así que se dirigió hacia las muchachas y Ga-un le siguió.

—¡Yo mato! —rugió Zu-tho en el lenguaje de los grandes simios.

—¡Yo mato! —gruñó asimismo Ga-un.

—Me parece que las bestias van a matarnos —dijo Magra.

—Casi lo espero —repuso Helen.

—Nosotras elegiremos nuestra propia muerte —declaró Magra—. ¡Sígueme!

Mientras hablaba, Magra se volvió y corrió hacia la abertura que daba al lago, y Helen la siguió. Zu-tho y Ga-un se precipitaron a agarrarlas, pero llegaron tarde y las muchachas saltaron al vacío sobre las aguas del sagrado Horus, que quedaba muy abajo, ante la mirada atónita de unos guerreros asharianos que iban en una galera.

XXXII

EN EL templo de la caverna, Chon por fin había recuperado el control de sus destrozados nervios. Podía volver a maldecir y lo hizo.

—¡Malditos todos los que profanan el templo de Chon, el verdadero dios! —gritó.

—¡Chon! —se sorprendió Tarzán—. Pero si Chon está muerto.

—Chon no está muerto —replicó el dios—. ¡Yo soy Chon!

—Chon se ahogó cuando su galera se hundió, hace muchos años —insistió el hombre mono.

—¿Qué sabes tú de todo esto? —preguntó Chon.

—Sé lo que Herkuf me contó —respondió Tarzán—, y él era un sacerdote de Chon.

—¡Herkuf! —exclamó Chon—. ¿Está vivo?

—Sí, Chon: ahora va camino de Thobos con el cofre del Padre de los Diamantes que encontramos en vuestra galera sumergida en el fondo de Horus.

—¡Demos gracias a Isis! —alabó Chon—. Cuando las galeras de Atka nos atacaron —explicó—, me puse el traje y casco acuáticos y salté por la borda. Así escapé, y al final encontré esta caverna. Aquí he vivido durante muchos años, esperando mi oportunidad de capturar ptomos del templo del falso Brulor, ptomos que en el fondo aún creían en el verdadero dios. Si has dicho la verdad, todos seréis liberados con mi bendición.

—En primer lugar —consideró Tarzán—, debemos encontrar a las muchachas. D'Arnot, tú ven conmigo. Ungo, trae a los mangani. El resto buscad en el corredor principal.

Y así, los supervivientes partieron en busca de las muchachas desaparecidas, mientras Chon y sus sacerdotes entonaban una plegaria por haber recuperado el Padre de los Diamantes.

Cuando los asharianos vieron a las chicas saltar al agua, el oficial que estaba a cargo de la galera ordenó que variaran el rumbo, y rápidamente

remaron en su dirección. Helen y Magra la vieron venir e intentaron encontrar un lugar donde pudieran alcanzar la orilla y escapar, pues sabían que en la galera sólo podía haber enemigas; pero el escarpado acantilado que se alzaba junto al lago en ese punto hacía imposible la huida. La galera las alcanzó y pronto fueron subidas a la embarcación.

—¡Por Brulor! —exclamó uno de los asharianos—. Ésta es la mujer que asesinó a Zytheb, el Guardián de las Llaves del Templo. Atka nos recompensará por esto, pues fue sin duda ella quien ideó la inundación del templo y que todos se ahogaran dentro.

Magra miró a Helen.

—¿Qué más nos puede ocurrir? —preguntó con hastío.

—Éste debe de ser el fin absoluto —respondió Helen—, y espero que lo sea. Estoy demasiado cansada.

Cuando por fin llegaron a la ciudad y fueron llevadas a presencia de Atka, la reina las miró enfurecida y señaló a Helen.

—Por tu culpa —gritó— el templo se inundó y todos los sacerdotes y doncellas se ahogaron. No se me ocurre ningún castigo adecuado a tu crimen, pero lo encontraré. ¡Lleváoslas!

En la mazmorra en la que las encadenaron permanecieron sentadas, mirándose con aire desesperanzado.

—Me pregunto cuánto tardará en ocurrírsele un castigo adecuado para mi delito —ironizó Helen—. Qué pena que no pueda llamar a un consultorio.

Magra sonrió.

—Me alegro de que aún seas capaz de bromear —agradeció—. Así es más fácil soportar esto.

—¿Por qué no bromear mientras podamos? —preguntó Helen—. Pronto estaremos muertas, y la muerte no es ninguna broma.

El loco Thome vagaba sin rumbo cerca de las orillas de Horus, parloteando sin cesar sobre las cosas que su gran riqueza le permitiría adquirir en los antros de Europa. No tenía idea de dónde estaba Europa ni de cómo llegar a ella. Sólo recordaba que era un lugar donde uno podía satisfacer todos sus apetitos. Estaba tan imbuido en este enloquecido sueño que no vio que se acercaba Taask.

El indio había estado buscando a Helen y se había separado de Gregory y Brian, cuando de pronto tropezó con Atan Thome y vio el cofre en sus

manos. Al instante alejó de su mente todo pensamiento salvo uno: apoderarse del maldito objeto que contenía el valiosísimo diamante. Se acercó con sigilo a Thome y saltó sobre él. Rodaron por el suelo, mordiéndose, dándose patadas y clavándose las uñas. Taask era más joven y más fuerte, y pronto arrancó el cofre de las manos de Atan Thome, y tras ponerse en pie de un salto echó a correr con él.

Lanzando gritos a todo pulmón, el enloquecido hombre cogió una roca y fue tras él. Los ojos y el corazón de Atan Thome eran los de un asesino mientras perseguía a su antiguo criado por el rocoso terreno sobre Ashair. Al ver que no podía alcanzar a Lal Taask, Atan Thome le lanzó la piedra, y por casualidad dio de lleno en la cabeza al hombre que huía, haciéndole caer al suelo, con lo que su loco perseguidor pronto le atrapó. Thome recuperó la roca y golpeó con todas sus fuerzas el cráneo de Lal Taask hasta que éste no fue más que una masa de sesos y huesos astillados; luego apretó el cofre contra su pecho y desafiando al mundo con sus alaridos se marchó a todo correr.

Siguiendo el rastro del olor de las dos muchachas, Tarzán y d'Arnot se encontraron en una tercera caverna del templo, frente a dos simios machos.

—¿Dónde están las hembras? —preguntó Tarzán.

Zu-tho señaló hacia el lago.

—Han saltado al agua —explicó.

Tarzán miró y vio la galera ashariana remando en dirección a la ciudad; entonces él y d'Arnot regresaron a la sala del trono y relataron lo que había ocurrido.

—Voy a llevarme a los simios a Ashair —dijo—. Con su ayuda es posible que pueda sacar de allí a las chicas.

—Mis sacerdotes te acompañarán —añadió Chon, y el grupo pronto salió del templo, los hombres armados con tridentes y cuchillos, los simios con sus terribles colmillos y sus fuertes músculos.

Un excitado guerrero entró con precipitación a la sala del trono de Atka y se arrodilló ante ella.

—¡Oh, reina! —informó alarmado—. Se acerca una gran flota de galeras de guerra procedente de Thobos.

Atka se volvió a uno de sus ayudantes.

—Ordena que salga la flota completa —mandó—. Hoy destruiremos el

poder de Thobos para siempre.

Mientras la horda de asharianos embarcaba en el muelle. Tarzán de los Monos miraba abajo desde la ladera de la montaña y los observaba; más a lo lejos, acercándose a Ashair, divisó la flota de guerra de Herat que se aproximaba.

—Ahora es el momento —anunció a sus variopintos seguidores— habrá menos guerreros con los que enfrentarnos.

—No podemos fracasar —aseguró un sacerdote— pues Chon nos ha bendecido.

Unos minutos más tarde el Señor de la Jungla condujo a su pequeña banda junto a la muralla de la Ciudad Prohibida. Era una aventura arriesgada, apenas una vana esperanza para lograr la salvación de Helen y Magra de la muerte o de un destino aún más terrible. ¿Cuál sería el resultado: el éxito o el fracaso?

Cuando las dos flotas se encontraron en medio de los gritos de guerra de los combatientes de ambos bandos, no hubo cuartel para nadie, pues cada ejército estaba convencido de que sería una batalla a vida o muerte que determinaría para siempre qué ciudad iba a gobernar el valle del Tuen-Baka. Y mientras esta sangrienta batalla se estaba librando en el sagrado Horus, otra lucha tenía lugar ante las puertas del palacio de Atka, donde Tarzán intentaba conducir a su pequeña banda a presencia de la reina. Buscaba a Atka, pues sabía que con Atka en su poder podría obligar a los asharianos a liberar a sus prisioneras…, si aún vivían.

Por fin vencieron la resistencia en las puertas y Tarzán se abrió paso a la cabeza de su grupo hasta la sala del trono de la reina.

—He venido a por las dos mujeres —exigió—. Si las liberas y me las entregas, nos marcharemos; si te niegas, nos marcharemos pero te llevaremos con nosotros.

Atka permaneció sentada en silencio unos minutos, con los ojos fijos en Tarzán. Temblaba un poco y parecía estar realizando un esfuerzo para controlar sus emociones. Al fin habló.

—Has ganado —admitió—. Las mujeres te serán entregadas enseguida.

Cuando Tarzán y su triunfante banda sacaba a las muchachas de Ashair. Magra se agarró a su brazo.

—Oh. Tarzán —suspiró—. Sabía que vendrías. Mi amor me decía que lo harías.

El hombre mono meneó la cabeza con impaciencia.

—No me gusta esta conversación —repuso—; no es para nosotros. Eso déjaselo a Helen y a Paul.

Herat, victorioso, entró en Ashair, el primer rey de Thobos que ponía los pies en la Ciudad Prohibida. Desde la abertura de la caverna de Chon, que dominaba el lago, Chon había contemplado cómo la flota ashariana quedaba destrozada y a la victoriosa flota thobotiana dirigirse hacia Ashair; cuando Tarzán y su grupo regresaron y el hombre mono le informó del éxito de la expedición de Herat, pidió a Chon que enviara un mensajero a Ashair para convocar a Herat, en nombre del verdadero dios, al templo.

Cuando concluyeron los saludos entre Herat y Chon, el verdadero dios bendijo a todo el grupo, reconociendo el mérito de los extranjeros en la recuperación del Padre de los Diamantes para el templo de Chon y la reunión del rey y el verdadero dios; entonces Herat, para demostrar su propio agradecimiento, se ofreció a entregar ropa y provisiones al grupo de Gregory y a proporcionarles galeras para salir del Tuen-Baka. Al fin sus problemas parecían haber terminado.

—Estamos juntos y a salvo —agradeció Gregory—, y más que a nadie, te lo debemos a ti, Tarzán. ¿Cómo podremos pagártelo?

Gregory fue interrumpido por unos gritos enloquecidos, cuando dos guerreros de Herat que habían estado entre la guardia salieron a la entrada exterior de la caverna y luego regresaron al templo llevando a Atan Thome a rastras.

—Este hombre posee un cofre —informó uno de los guerreros— que según dice contiene el Padre de los Diamantes.

—El verdadero Padre de los Diamantes, que Herkuf acaba de traerme de Thobos —explicó Chon—, descansa en su cofre ante el altar delante de mí. No puede haber dos. Echemos un vistazo a lo que ese hombre guarda en su cofre.

—¡No! —chilló Atan Thome—. ¡No lo abras! Es mío y esperaba abrirlo en París. ¡Con él compraré todo París y seré rey de Francia!

—¡Silencio, mortal! —ordenó Chon; entonces, con gran lentitud, abrió el cofre, mientras el tembloroso Thome miraba fijamente con ojos de loco el contenido: un trocito de carbón.

Al verlo, al comprender lo que era, Atan Thome lanzó un aullido, se llevó la mano al corazón y cayó muerto al pie del altar del verdadero dios.

—Por este falso y maldito objeto —observó Brian Gregory— todos hemos sufrido y muchos han muerto; sin embargo, la ironía es que se trata, en verdad, del Padre de los Diamantes.

—Los hombres son bestias extrañas —sentenció Tarzán.



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el seudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el seudónimo.

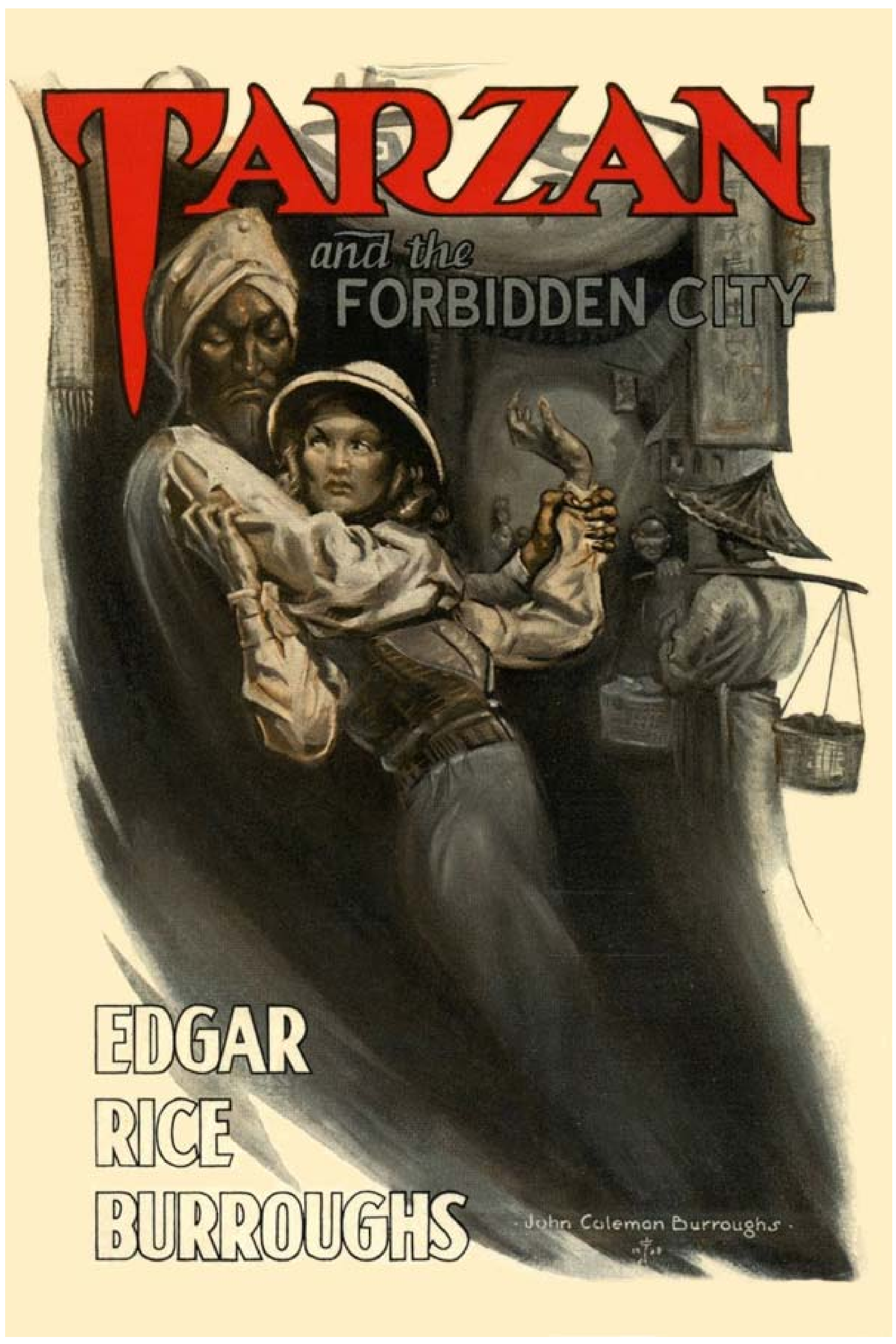
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.


TARZAN
and the
FORBIDDEN CITY
EDGAR
RICE
BURROUGHS
John Coleman Burroughs

Cubierta original 1.ª, edición EE.UU., 1938, John Coleman Burroughs

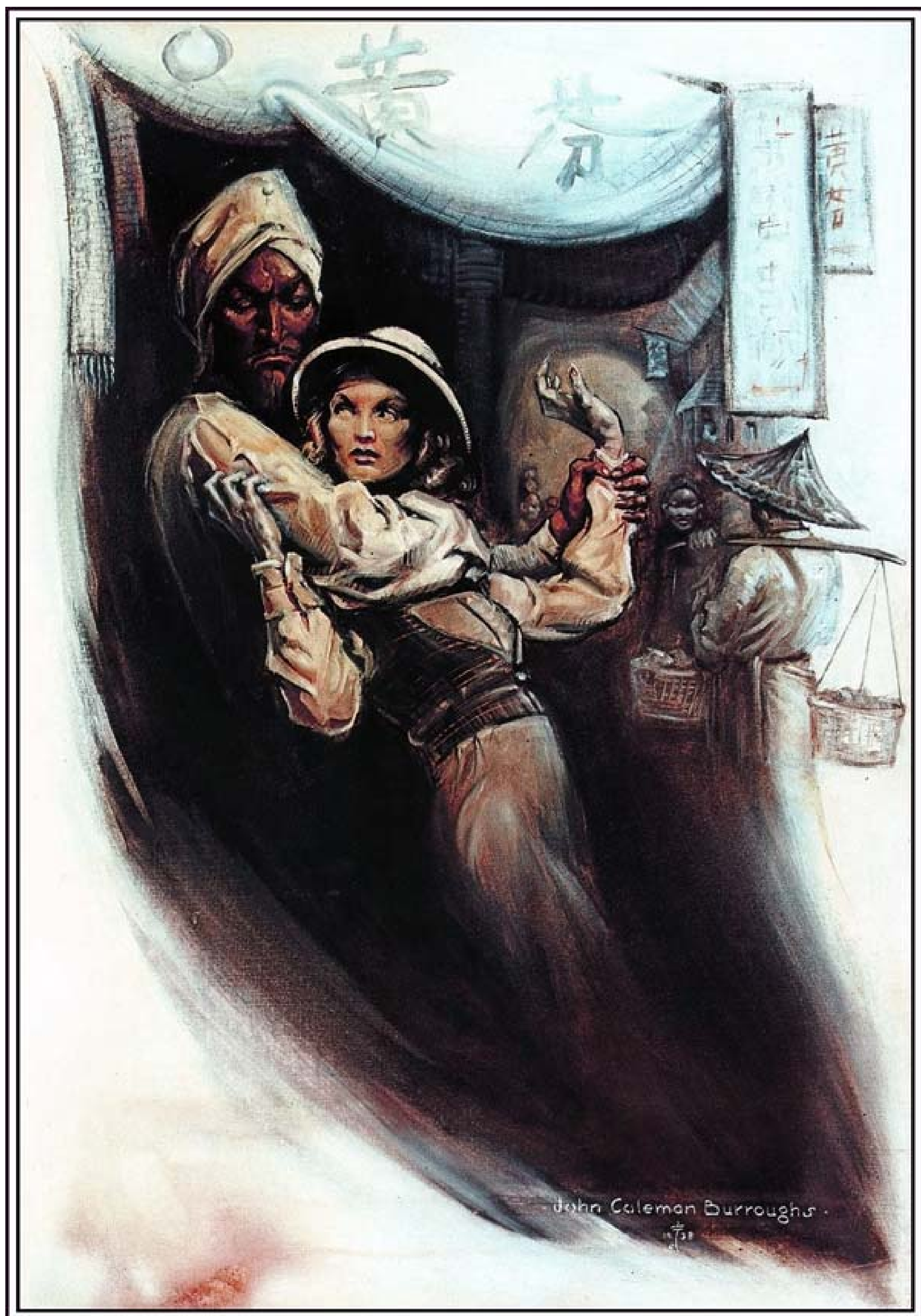


Ilustración original de John Coleman Burroughs